

Emilia Pardo Bazán

Al pie de la
Torre Eiffel



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

AL PIE DE LA TORRE EIFFEL

EMILIA PARDO BAZÁN

**PUBLICADO: 1889
FUENTE: BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA**

ÍNDICE

Cubierta

Portada

Preliminares

Al pie de la torre Eiffel

CARTA PRIMERA. ¡FRANCIA! AQUEL PARÍS...

CARTA II. EL ASPIRANTE A DICTADOR.—LA BASTILLA

CARTA III. EN BURDEOS. — ¡DICHOSO CRIMEN!—

RECUERDO Á BARCELONA.

CARTA IV. UN BIZANTINO MODERNO

CARTA V. PARÍS NECESITA REY.—TRIUNFO DEL PUEBLO

CARTA VI. LA INAUGURACIÓN

CARTA VII. LOS GONCOURT

CARTA VIII. ALTRUISMO Y CHUANERIA

CARTA IX. UN ESPAÑOL DE PURA RAZA

CARTA X. CACHARROS, MUEBLES, ENCAJES, JOTAS

CARTA XI. BAYONETAS, CAÑONES. — LA EXPOSICIÓN POR

FUERA

CARTA XII. NUESTRA PINTURA

CARTA XIII. COCHEROS Y REPRESIÓN

CARTA XIV. GENTE MENUDA—UNA ESTROFA Á ZORRILLA

CARTA XV. DIGRESIÓN LAS FUENTES LUMINOSAS.—GRECIA

CARTA XVI. RUSIA—INDIA

CARTA XVII. LOS TICKETS—IMPRESIONES

[CARTA XVIII. SE ACABÓ LA HUELGA—EL DISCÍPULO](#)
[CARTA XIX. PRO PATRIA](#)

[Acerca de esta edición](#)

[Enlaces relacionados](#)

CARTA PRIMERA

¡FRANCIA! AQUEL PARÍS....

Madrid 7 de Abril.

Si yo no conociese á fondo, casi palmo á palmo, la gran capital de Francia, ¡qué emoción experimentarí en estos instantes al encontrarme, como quien dice, puesto el pie en el estribo para salir hacia ella, con objeto de escribir cuanto en mi opinión merezca ser referido del magno acontecimiento de la Exposición Universal de 1889!

Quien nunca vió á París, sueña con emprender el camino hacia la metrópoli moderna por excelencia, á la cual ni catástrofes militares y políticas, ni la decadencia general de los Estados latinos, han conseguido robar el prestigio y la mágica aureola que atrae al viajero como canto misterioso de sirenas. Para el mozo sano y fuerte, París es el placer y el goce vedado y picante; para el valetudinario, la salud conseguida por el directorio del gran médico especialista; para la dama elegante, la consulta al oráculo de la moda; para los que amamos las letras y el arte, es el alambique donde se refina y destila la quinta esencia del pensamiento moderno, sea él lo que sea, la Meca donde habitan los santones de la novela y del drama, Daudet, Zola, Goncourt, Dumas, Sardon, Augier; el horno donde se cuecen las reputaciones... y, por último, para los políticos, es el laboratorio donde se fabrican las bombas

explosibles, el taller donde se cargan con dinamita los cartuchos y los petardos que han de estallar alarmando y consternando á Europa entera.... París (lo único que vive en toda Francia), permanece siempre, y más visto desde lejos, la *ciudad madre* que cantó Víctor Hugo; fuego sombrío ó pura estrella, araña que supo tejer la inmensa tela en que las naciones vienen á enredarse; fuente de continuo atestada de urnas que esperan el agua vivificadora, donde las generaciones acuden á apagar su sed de Idea. No digo que esto de *vivificadora* lo tome yo al pie de la letra; responda de ello Hugo.

Años después de muerto el excelso poeta, y á tiempo que su fama empieza á palidecer bajo el implacable sol de la crítica, todavía conmueve, en vísperas de un viaje á París, leer aquel fragmento de sus *Voces interiores*, donde expresa con tal energía el papel providencial de París en los destinos europeos. «Cuando París,» dice, «pone manos á la obra, arrebatá á los demás pueblos (por felices y valientes que sean) sus leyes, sus costumbres, sus dioses; y en el candente yunque de colosal taller, funde, transforma y renueva esa ciencia universal que robó á la humanidad.»

«Luego, después de tan gigantesca labor, devuelve á los pueblos atónitos sus cetros, sus coronas, sus sistemas y preocupaciones, torcidos y abollados ya por las manos vigorosas de París, ¡Ah! París es—sin saberlo—el depósito de las fasces como de los incensarios; cada mañana eleva una estatua, cada noche apaga un sol; con la idea, con la espada, con la realidad, con el sueño, reconstruye, clava y erige la escala que une al cielo con la tierra, y edifica—en este escéptico siglo—una Babel para todo hombre y un Panteón para todo númen. Ciudad envuelta en una tormenta continua, que día y noche despierta á la vasta Europa al tañido de la campana y al redoble del tambor, y que noche y día zumba á su oído como enjambre de abejas en el bosque. ¿Y qué sería del rumor del mundo el día en que tú ¡oh París! enmudecieras?»

* * *

Nunca mejor ocasión de repetir estas estrofas del ilustre anciano que hoy, pues parecen hechas expresamente para saludar la apertura del gran Certamen internacional que al tañido de la campana despierta á toda Europa, y para servir de himno á la Babel

contemporánea, el coloso de las torres, la descomunal fábrica Eiffel. Tampoco encontraremos mejor coyuntura de meditar en las frases que Víctor Hugo consagra á la futura destrucción de París: á esa época venidera en que el Sena correrá silencioso y pálido entre olvidados y solitarios escombros, y en que de todo el esplendor de la antigua Lutecia quedarán sólo dos torres de granito construidas por Carlomagno y un pilar de bronce erigido por Napoleón. En efecto, si París dista mucho de haber llegado al caso de inspirar canciones del género de la malamente atribuída á Rioja sobre las ruinas de Itálica, es indudable que su estrella se oscurece desde la caída del Imperio, proscripción de la estirpe napoleónica y triunfo de Prusia.

Al comparar los resultados internacionales de la primer Exposición Universal francesa y de la que hoy se anuncia, vemos clarísima la verdad de esta observación. Nótese cuál fué la actitud de las naciones al recibir el convite para tomar parte en la liza, Alemania, desde lo alto de sus victorias, y mostrando su perseverancia en la línea de conducta política que se ha trazado, contesta muy clarito á la nota de Flourens que no le es posible acudir, y que ni oficial ni extraoficialmente estará representada en el Certamen. Austria-Hungría, con menos sequedad, pues siempre se ha preciado de cortés, pero con igual escrúpulo, declara que si facilitará á sus industriales y artistas medios de acudir y lucirse, no puede tener representación oficial. Italia, con su coquetona impudencia de *bella mendica*, sonriendo, alega que es muy pobre, y que mediante razones económicas, no le es factible estar representada tampoco. Inglaterra, correcta y prudente según costumbre, aduce la fecha del Centenario que ha de conmemorar la Exposición para abstenerse: mas como al fin es el país de la actividad y la iniciativa individuales, el lord Alcalde no vacila en aceptar la presidencia del *Comité de la Exposición*, y la industria inglesa pide en el Campo de Marte, para su instalación, la friolera de doce mil quinientos metros de área. Rusia misma, la gran simpatizadora, la aliada resuelta de Francia, no se determina á comprometerse enviando un comisario oficial; y si privadamente se mueve y coopera todo lo posible llevando al Certamen el atractivo de su arte oriental, de sus curiosas costumbres y sus típicos productos, delante de gente no permite

rozar el armiño del imperial manto con la escarapela tricolor del *sans culotte* parisiense. ¿Y España?

* * *

España merece párrafo aparte. Si consideramos á Francia, se nos presentan dos problemas, el industrial y el político: el primero es de datos claros y fácil solución. Con ningún estado de Europa realiza España mayor cantidad de transacciones que con el francés; con ninguno está en más inmediato contacto, ni tiene mayor interés en conocer sus medios de adelanto y perfeccionamiento industrial, para establecer hasta donde quepa una competencia lícita, que nos emancipe de muchas tutelas y redima en parte el formidable censo de cerca de trescientos millones de pesetas anuales que pagamos á la nación vecina por importación de artículos que aquí no sabemos aún fabricar, ó á los cuales no hemos acertado á imprimir sello propio y gracia moderna. Nosotros, que dominábamos en mejores tiempos el arte de la cerámica, prescindimos de nuestra loza de Triana y encargamos vajillas á Limoges y á Sèvres; nosotros, que poseímos el secreto de las más ricas sederías, despreciamos el damasco de Valencia por el paño de Lyon; nosotros, que en forjar y cincelar el hierro eclipsábamos á los florentinos, adornamos nuestras casas con bronces y níqueles franceses; nosotros, que cebamos en Galicia los más sabrosos capones y en Aspe el pavo más delicioso del mundo, dejamos salir de España todos los años ¡cuatro millones de pesetas! gastados en *pulardas* del Mans, en patos gordos, faisanes y gansos. Pero así y todo, Francia nos ofrece más de lo que nos lleva, tomando nuestros caldos, desde el añejo Valdepeñas al dorado Jerez, los minerales de nuestras sierras, el corcho de nuestros alcornocales, el aceite de nuestros olivos, la suave lana de nuestros borregos. De modo que no es Francia para nosotros una enemiga industrial; quien lo será en breve, y terrible, si Dios no lo remedía, es Alemania, que nos exporta poquísimos y á bajo y ruinoso arancel—escasamente doce millones anuales,—y nos saca noventa y cinco por bujerías de cuarto orden, de lo más inferior que puede verse en nuestros bazares y en nuestras tiendas de bisutería y quincalla. ¿Qué ha de esperar España, en punto á ventajas comerciales, de una nación populosa y vasta, amiga de empinar el codo y donde, sin embargo, sólo se consumen nuestros

vinos por valor de dos millones quinientas mil pesetas? Nuestros vinos, esos néctares amasados con fuego del cielo, perfumados con fragancia de azahar, tintados con oro derretido, tan diferentes de los aceitosos jugos de las viñas del Rhin, los cuales, á guisa de muchacha clorótica que se pinta las mejillas, necesitan que el color del cristal les disimule la palidez.

Industrialmente, no cabe duda, estamos al lado de Francia más bien que al de Alemania, y las complacencias de nuestro Gobierno con el del Canciller en la cuestión de aranceles, no nos han reconciliado con el país de los juguetes de plomo y los alcoholes amílicos. Pero políticamente... ya es harina de otro costal.

* * *

Políticamente, Francia es nuestra eterna adversaria, y raya en niñería candorosa figurarse que una tendencia histórica demostrada por la acción de muchos siglos, va á suprimirse ó modificarse merced á dos ó tres poesías y artículos sentimentales y á una supuesta confraternidad de los pueblos latinos. Mil veces he sostenido esta discusión con mi eminente amigo Emilio Castelar, quien, según entiendo, habla, piensa, y obra en semejante asunto con arreglo á su temperamento artístico y á su interés político del momento, más bien que guiado por aquel profundo sentido de la historia que en otras ocasiones manifestó. Conviene advertir que la frase *pueblos latinos* es muy elástica, y si todos la usamos para expresar un concepto lato, ideológico, en lo que toca á la soñada alianza política de España con los franceses no podemos aplicarla, ni tiene razón de ser. España lleva en las venas más sangre fínnica, fenicia, celta, semítica ó goda, que romana pura: España, por simpatía de raza, hubiera estado mejor al lado de Aníbal que al de Escipión, y era más cartaginesa que latina mil veces: España tiene mayor afinidad con Francia por el lado céltico que por el latino, el cual en ambas naciones representa la conquista y la opresión extranjera. Y huyendo de remontarnos á edades tan lejanas y á tan nebulosos períodos, viniendo á lo reciente, á la parte que podemos llamar positiva de la historia, que comprende desde el Renacimiento acá, siempre Francia ha sido la piedra en que tropezamos, la fosa en que caímos, la enemiga declarada ó embozada, y en este último caso más funesta, que acechó nuestras desventuras para

explotarlas, que observó nuestros lados débiles para herirlos, y que nos quitó con pérfida habilidad, como el que realiza un acto premeditado y un plan maduramente concebido, la hegemonía de los pueblos que por no llamar latinos, llamare romanizados. Mediante los manejos de Francia perdimos un riquísimo florón de nuestra corona, Portugal, y hubiéramos perdido otros dos no menos ricos, Cataluña y Navarra, si seguimos chupándonos el dedo. Por Francia, nos hubiésemos quedado hasta sin hechura propia, sin nombre ni nacionalidad á principios de este siglo; y la espantosa energía que desplegamos contra la invasión, prueba cumplidamente que en el fondo de nuestra conciencia existía el convencimiento de que al rechazar á los franceses rechazábamos á nuestros constantes, inevitables y peores contrarios. Ni esta suprema explosión de odio se ha extinguido por entero después de setenta y siete años. Aún en las masías de Cataluña el nombre de francés suena de siniestro modo, y aún en las bodegas de Castilla os enseñarán con orgullo la inmensa cuba de vino cuyo mérito y paladar consiste en *tener francés*, es decir, en que en su fondo yace el esqueleto del granadero de la vieja Guardia, chapuzado allí por el más feroz y certero patriotismo.

* * *

No obstante este sentimiento, ya tradicional, en España existe hoy una corriente de simpatía hacia Francia, que nace de los partidos liberales avanzados, los cuales ven en la nación vecina el antemural del infeliz sistema que tan malparados nos tiene, y la única carta favorable al advenimiento de una solución republicana en nuestro país. La República, no obstante el terreno que lleva perdido por la conciliadora y transigente conducta de la Regencia, sería inminente aquí si Francia preponderase en Europa. Sábenlo bien los republicanos de todos colores, y no perdonan ocasión de inclinarnos á la peligrosa aventura de una alianza interpirenaica. La amistad del rey Alfonso con la familia imperial de Berlín: su uniforme de hulano; la grosera silba que aguantó al pasar por París; la manifestación realmente popular y calurosa con que le acogió á su regrese el pueblo de Madrid, siempre aborrecedor de cuanto á francés trascienda; la buena armonía entre Cánovas y Bismarck: el incidente de las Carolinas, que provocó en las masas una reacción en sentido

opuesto, es decir, contra Alemania, empujándolas al extremo de hollar y pisotear el escudo del Imperio germánico; todos estos episodios, que no ha olvidado nadie y que revisten tan significativo carácter, delatan la lucha secreta entre los conservadores, inclinados á la política alemana, y los liberales, que tienen con Francia una especie de tácito compromiso.

Así es que al ponerse sobre el tapete la cuestión de Exposición Universal, si el Gobierno no se atrevió á singularizar se adoptando una actitud que desdijese de la de las grandes potencias, en cambio la mayoría liberal indicó explícitamente tendencias muy favorables á Francia, y á despecho de nuestra penuria votóse un crédito de los millones de reales para auxiliar á las Cámaras de Comercio que han de representarnos, si no oficial, oficiosamente, en París. Castelar y Martos se señalaron en esta campaña, y mi desconfianza ó *escama* perpetua respecto á los franceses no ha de impedirme decir que hicieron bien, pues tratándose de Exposiciones y no mediando causas especiales como las que dictan el proceder de Alemania, la mejor política es presentarse bien y lucidamente, hacer airosa figura.

De todo lo indicado resulta que, en general, las naciones se han mostrado con Francia reservadas y frías, concediéndole tan sólo lo que dentro del derecho internacional no podían negarle. La misma Bélgica, especie de retoño, rabo ó prolongación del Estado francés, con el cual lleva excelentes relaciones y sostiene el comercio mas activo, no se atrevió á salirse del campo de la neutralidad, y trató de quedar bien echando un requiebro á la bandera francesa, á la cual llamó *arco iris del progreso*. Holanda imitó la conducta del país belga; Suecia torció el gesto; Rumanía, por no ser menos, tampoco quiso enviar representación oficial; y ¿que más? hasta China se mostró para Francia remilgada y desdeñosa. El activo de adhesiones explícitas quedóse reducido á los Estados jóvenes, impúberes casi, como Grecia, Servia, Mónaco; jóvenes algunos de puro viejos, y otros resueltamente viejos ya y sin esperanzas de renovación—por ejemplo, Marruecos y Egipto:—al revolucionario Japón, que no pierde coyuntura de asomarse á Europa, y á todas las Repúblicas de la América meridional. La del Norte no ha sido tan franca: á despecho de su papel de centinela avanzado, manifestó

una diplomática reserva, á fin de no desafinar en el manoseado *concierto* de las naciones.

* * *

Es evidente el carácter político de tan marcada abstención. A la Francia monárquica ó imperial, nadie la desairaba. Francia no ha sabido ó no ha podido curarse de sus aficiones de propagandista, ni renunciar oportunamente á su oficio de mecha encendida y aplicada sin cesar al barril de pólvora de las revoluciones. Un siglo va á cumplirse desde que á los gritos de una multitud ebria de placer, derribó la vieja y sombría Bastilla: un siglo lleva demoliendo, y no se ha cansado de demoler todavía. Parécele que no agitó lo suficiente al mundo; aún se estremecen sus entrañas con movimientos convulsivos, y al pronunciar las palabras de «paz, trabajo y concordia,» duda de sí y no se cree apta para realizar plenamente tan halagüeña divisa. Este lema es pura fórmula mercantil. Nada violento persiste, y así como España, para respirar y vivir, tuvo que renunciar á sus pronunciamientos y sus guerras civiles, Francia necesita dejarse de revoluciones, que hartas hizo, y á bastantes dió ocasión y bandera. La actitud de las potencias se funda en la fecha del Centenario que la Exposición conmemora, la demolición de la Bastilla: para unas habrá sido motivo, para otras pretexto; para todas razón, y razón fuerte. Viene muy á pelo recordar aquí otros versos de Víctor Hugo, una estrofa de los *Cantos del crepúsculo*. «¡Oh Dios!»—exclama el vate.—«Si tus alas cobijan á la nación francesa, no permitas, Señor, estas perennes luchas, este levantar y derrocar de tronos, estas tristes libertades, hoy concedidas y suprimidas mañana; este negro torrente de leyes, pasiones, ideas, que se derrama en desatadas olas; estos tribunos que no se reúnen sino para oponer á los abusos de granito constituciones de yeso; este flujo y reflujo incesante: esta guerra más honda y sombría cada vez, del Gobierno contra los partidos y de los partidos contra el Gobierno.» ¿No parece que Víctor Hugo presintió el estado de incertidumbre y angustia política que precede á la apertura de un Certamen cuya corona debiera tejerse con las rosas de la alegría y las olivas de la paz?

* * *

De todas maneras, y acaso por lo mismo que Francia se encuentra metida en el atolladero, en la Exposición tendrá fijos los ojos el mundo; ¡y quien sabe si al cerrarse el concurso, el país republicano y revolucionario por excelencia, que os en el fondo el más partidario de la autoridad y la jerarquía, obedecerá al dictador, al amo con quien sueña en secreto, como apasionada é indómita chula que suspira por el amante capaz de señorearla y regirla, sin miramiento ni piedad!

¿Quién lo duda? La Exposición *resultará*: París rebotará de gente y harán su agosto los hosteleros, los tenderos, las cortesanas y las modistas. (Ya saldrán á relucir en estas páginas las cuatro importantes clases parisienses, oscuras abejas ó moscas de cloradas y verdes alas, que chupan la sustancia al incauto viajero.) Yo sé que en París todo *resulta*, porque conozco aquella capital. Varios inviernos he pasado en el *cerebro del mundo*, haciendo hasta las cuatro de la tarde la vida del estudiante aplicado, y de cuatro á doce de la noche la del incansable turista y observador, relacionada con las duquesas legitimistas del barrio de San Germán, lo mismo que con la pléyade literaria: novelistas, poetas, dramaturgos y sabios. He arrostrado la crudísima temperatura del Enero parisiense yéndome con mi cartera de apuntes bajo el brazo á pisar la nieve endurecida de las calles ó á contemplar las estalactitas de hielo que adornaban con mágicos aderezos de ópalo y brillantes las monumentales fuentes del barrio latino y de la plaza de los Inocentes, ó los secos árboles del Jardín de Plantas.

Jamás recuerdo que me arredrase el agua, la nevada ni el granizo; jamás, porque hiciese mal tiempo, dejé de bregar con los libros y los manuscritos en la Biblioteca Nacional de la calle de Richelieu, ni perdí función en la Grande Opera, ni pasé día sin recorrer el tentador y deslumbrante Boulevard.

La ardiente curiosidad que despierta París, pocos la habrán satisfecho con más detenimiento y holgura que yo. Sola y libre, segura de ser respetada como mujer, porque aquél es un país culto, y bastante concedora de la topografía física y moral de los barrios parisienses para no exponerme con frecuencia á ser robada ó asesinada miserablemente en algún rincón de la inmensa capital, la he recorrido sin perdonar callejuela, y he realizado—hecha

excepción de algunos lugares que mi decoro me vedaba—aquel famoso periplo de la heroína de la extraña etopea de Péladan, titulada *Curiosa*.

He comido en todos los restaurantes, desde los que dan la sopa económica por diez céntimos hasta el café Riche y el Inglés, donde el langostino se paga á peso de oro y un racimillo de uvas cuesta un duro. He probado el Johannisberg de treinta años y la agria *piquette* de las freidurías á orillas del Sena, he comprado fresas en Enero, molones en Junio, castañas asadas á los saboyanos que las venden en la calle, y patatas fritas, que me entregaban envueltas en su cucurucho y que despreocupadamente me zampaba por el Boulevard adelante. He visto fabricar el turrón ó *nougat* me he enterado de cómo se acaramelan las violetas dobles, de cómo se falsifica el Champagne y de cómo se fabrican artificialmente las trufas. He visitado el *ventre de París*, según le llama Zola, ó sean los mercados, sin que me lo estorbase el insufrible olor de los quesos, ni el tufo poderoso de los mariscos. He visto desempaquetar, de entre témpanos de nieve, los esterletes del Volga; he compartido el cocido de garbanzos y el bacalao á la vizcaína que comen en París los naranjeros de Murcia, encargados de abastecer de *narranca* á las fruterías parisienses; he observado cómo volvían del campo los carricoches de las verdulerías, atestados de aquellas zanahorias con que aplacó su hambre el infeliz anarquista héroe de la novela de Zola; me he enterado de cómo viajan los gansos de Estrasburgo, con su infarto en el hígado y sus ojos atravesados por cruel punzón; conozco las cocinas italianas, con sus frascos de Chianti y sus *ravioli*; las cervecerías alemanas donde se ostenta un salchichón más grueso que el tronco de un mediano roble; las fondas rusas, en que abren el apetito la sardina curada y el caviar; las tiendas españolas en que se compra legítima *Mansanilla*...; en fin, me sé de memoria la bucólica parisiense, y creo que es uno de los ramos más interesantes que pueden estudiarse en París y una de las cuestiones más vitales para el francés contemporáneo.

* * *

Pues ¿y las tiendas? El anuncio, el modo de engalanar el escaparate, á fin de que atraiga los ojos y entreabra el bolsillo; la tentación hábil, insidiosa, continua, que llega á convencerle á uno

de que necesita con urgencia un objeto en que no pensaba cinco minutos antes, ni en su vida ha echado de menos; la maña del vendedor; sus palabritas de miel; sus agasajos; la tupida red de seda en que envuelvo a!, marchante; la seducción que ejerce sobre sus sentidos y hasta sobre su conciencia... es otro capítulo que mi sexo me obliga á conocer perfectamente y que, adicionado con las visitas al taller de las modistas y modistos más favorecidos del público derrochador, podría inspirarme un tratado edificante y moral, en que demostrase el tremendo papel que desempeña en la moderna sociedad esa pícara hoja de parra que nuestros progenitores, en el feliz Edén, obtenían sin más trabajo que extender la diestra hacia las enredaderas y los floridos arbustos.

* * *

Otra de mis excursiones predilectas era á los Museos. Los domingos, como no se podía trabajar en la Biblioteca, refugiábame en el Louvre, el Luxemburgo ó Cluny, y me pasaba horas y horas embobecida mirando cuadros, estatuas, esmaltes, lozas, casullas viejas, joyas de orfebrería, retablos ó hierros primorosos; solamente prescindía de estas dominicales artísticas cuando iba á entretener la mañana en el famoso *desván* de Edmundo de Goncourt, mi viejo maestro y amigo. No se quedarán los lectores sin que les dibuje la silueta del insigne autor de *Chérie Les frères Zemganno? Germinie Lacerteux, Sœur Philomène*, obras que de tal modo han influído en el desarrollo de las letras y artes contemporáneas. Silueta tan familiar para mí, como lo son las preciosidades que encierra su casa de Auteuil, museo en miniatura, enriquecido con las más raras muestras del estilo japonés y del rococó del siglo XVIII.

De buena gana les diría algo del despacho y casa de Zola y Daudet; pero los conozco menos y no quisiera incurrir en errores. Zola y Daudet, en el modo de alojarse, son, comparados á Goncourt, un par de *burgueses* vulgarísimos. El temperamento fino y selecto, el *gentilhombre* de las modernas francesas, es Goncourt, sin disputa. Los otros llevan la poesía épica y lírica á la novela, y al vivir real la prosa.

Acaso con esbozos de gabinetes cuajados de antigüedades y riquezas, alternará alguna descripción de lugares tan *non sanctos*, como los tabernáculos y aguardenterías donde la policía va á echar

sus redes, pescando siempre buen golpe de malhechores, criminales y frutos de guillotina. Hasta esos infiernos de la gran ciudad he descendido, no, impulsada por aventuras filantrópicas ó romancescas, cual la heroína de los *Misterios* de Eugenio Sué, ni siquiera para referírsele á ningún periódico, sino por mera y sencilla curiosidad, la cual estuvo á punto de costarme cara, pues olvidando mi cautela habitual, entré sola en cierto tugurio, ó, mejor dicho, ladronera, de donde salí por milagro con bolsa y con vida. Creo que la sangre fría fué lo que me salvó entonces.

Volveré de buen grado, si se tercia, á esos inmundos pero típicos y pintorescos *buchinches* de París, aunque apuesto que el transcurso de los años y el movimiento de la Exposición no los habrán modificado poco ni mucho. De fijo que ninguna mano profana ha borrado los extraños frescos que adornaban las paredes del *Chateau Rouge*, y que en el *Assemmoir* del *Père Lunette* campea, á guisa de muestra, el mismo par de descomunales anteojos, Ocúrrele á París, que el fondo ó subsuelo de la civilización apenas varía, y los intrincados laberintos donde se desarrollan las industrias inverosímiles, donde se cobijan el crimen, la miseria y el vicio, son hoy poco más ó menos lo mismo que cuando los describieron los novelistas románticos, los Sué y los Feval, que no pecaban de inexactos, aunque no se detenían ni ahondaban tanto como los modernos. El Temple es en la actualidad como Pablo Feval lo dibujó.

Hemos nombrado la guillotina. Ciertas ideas humanitarias que el tiempo va modificando, me vedaron asistir á una ejecución capital, aunque la curiosidad me espoleaba mucho. Lo que tan poco pude conseguir, ni sé que efecto produciría sobre mis nervios, es presenciar uno de esos lúgubres estudios que hoy se realizan sobre las cabezas de los sentenciados á muerte, después de la ejecución de la pena. Espectáculo macabro y horrendo si los hay, pero que por una vez no me disgustaría, aunque me crispase, ya que soy bastante dueña de mi sistema nervioso; y no es frívolo afán de diversión lo que me incita á darme cuenta de todo, sino una especie de deber profesional, inherente á mis tareas de novelista y á mi condición de pensadora (de filósofa no me atrevo á decir, ni caeré en la ridiculez de pretender tan alto nombre). Si durante mi

residencia en París me fuese hacedero ver inyectar la cabeza de un decapitado, no perderé esta singular y trágica función. Pero imagino que el buceo de la Exposición no permitirá distracciones fúnebres, y que el Gobierno hará lo posible por evitarlas ejecuciones mientras se celebre la fiesta de la Industria.

Y lo aplaudo.

* * *

En Madrid todavía no se dispone la gente á visitar la Exposición; pero así que la primavera asome, empezará el movimiento. El viajero que más abunda en la coronada villa es el que calcula económicamente la salida veraniega, y resuelve pasar en París quince días, sin conocer palabra del idioma, ni jota de las costumbres, ni haber realizado nunca otra excursión más que la clásica del Sardinero ó la obligada de la Concha. Así, desde que pasa la frontera y se ve entre desconocidos y extranjería, todo le sorprende, todo le escama, todo le amontona, todo le subleva. La cortesía, francesa le parece baja adulación: la útil ley, irritante traba: el abuso que con él comete un hostelero ó un fondista, se lo achaca á la nación en conjunto. Ve que por un vaso de agua (con azúcar y azahar) le cobran un franco, y supone que en París la vida es imposible, y que el agua del Sena cuesta más que el vino de Arganda. Le empuja el gentío, y reniega de las Exposiciones, diciendo que son un caos, un desbarajuste y un infierno.

Los monumentos, que ve de mogollón y sin inteligencia, se le barajan en la memoria, y al cabo de un mes ya no sabe si Nuestra Señora es un cuartel de inválidos, ni si la tumba de Napoleón está ó no está en la Santa Capilla. El cansancio físico, el mal humor que engendran las continuas sangrías á la bolsa, el mareo de las multitudes, el sentirse gota de agua perdida en un océano, la irritación de hablar una lengua que nadie entiende y de oír hablar otra ininteligible, todo hace del cándido turista de ida y vuelta la persona más desdichada y rabiosa del mundo. Generalmente, á los que van á París muy resueltos á divertirse tres semanas, les he oído maldecir del viaje, y de la diversión, y de los franceses, y hasta del gran bellaco que inventó las Exposiciones,

¡Cuánto inconveniente, cuánta desilusión, cuanto desengaño!

En casa, antes de cerrar la maleta, habían hecho su presupuestito: tanto para el billete, tanto para comer en el camino, tanto para el hospedaje en París; cuánto para propinas, cuánto para café; eche usted diez duros para imprevistos; ¡ea! y añadamos... ¡psch! quince duritos para llevarle unas finezas á la familia y á los amigos de confianza. Total, unas seiscientas ú ochocientas pesetejas... bueno, mil á lo sumo.

¡Inocentes proyectistas! Ya veo el susto que les aguarda. En la frontera, quebranto del cambio; pierde el dinero español; cinco ó seis pesos que se van sin gracia ninguna. En París: la comida por las nubes; la fonda, en el Olimpo: los cafés, remontados; todo por las setenas... Al satisfacer la cuenta del hospedaje, sobre el precio del ajuste diario, una peseta más por luz, una por servicio, media por agua caliente, y los recados á peseta también. En fin, las desagradables sorpresas de toda *adición* (*sustracción* debiera llamarse). Luego el ramo de caprichos y deslices; los cachivaches sueltos que se compran por su excesiva baratura, y después de sumados importan una regular cantidad; las fruslerías de á real, que en conjunto cuestan mucha plata; el retrato económico, el monigote japonés, el álbum con vistas de la Exposición, el prensapapeles con la torre Eiffel, la docena de pañuelos casi regalados... todo va poquito apoco acreciendo la columna de gastos y exprimiendo el portamonedas, al par que exigiendo la compra de una maleta ancha, de una sombrerera más, de un saco y una carterita. El presupuesto módico de las mil pesetas sube, sube como la espuma, no para en mil quinientas, con profundo terror del honrado madrileño.

¡Qué derroche! Para el ciudadano pacífico, acostumbrado á su vida casera, burguesa, angosta, con el plato de arroz al almuerzo y el cemento de garbanzos á la comida, con sus imprevistos previstos más exactamente que anuncian los Observatorios las galernas y los ciclones (treinta céntimos el tranvía, tres pesetas el asiento de los toros, etcétera), aquel sutil y vertiginoso modo de sacar la medula al bolsillo que en París se estila, tiene algo de fatal, de patológico; es como quien siente que se le va la vida por una vena rota, y no acierta á restañar la sangre. En vano escatima, discurre y se ingenia. «Compañero, mañana mucho cuidadito... A tal parte, que está cerca, iremos á pie...ó en ómnibus. Comeremos en un sitio

barato. Nada de compras... juicio, y á ver cómo recorreremos muchas cosas en poco tiempo. Consultar la guía, ir seguido y á patita, que estos simones salen por un ojo de la cara...» Excusado es decir que no se cumple ninguno de estos propósitos de mis madrileños incautos. Yendo á pie se tarda un siglo en llegar á cualquier parte, porque son inmensas las distancias; los ómnibus no hay medio de aprovecharlos, porque siempre van atestados hasta la imperial; en los edificios públicos, si no corre el franco, nada enseñan; hace calor, y no se puede pasar sin un refresco; el cuerpo pide tabaco, y éste (si no ha de ser hierba seca) es carísimo en París; en fin, que mis madrileños susodichos, dándose al diablo, no tendrán más recurso que desliar el bolsete, y otra vez soltar *guita*. Pues ¿qué diré si el propio diablo hace que sean solteros, ó casados, pero alegres, y les mete en el fregado de dejarse envolver por alguna de aquellas ninfas, respecto á las cuales emitió Fray Luis de León su sapientísimo consejo, que creo, si no me engaña la memoria, es como sigue:

«Si acaso te mirare,
los ojos, sabio, cierra; firme atapa
la oreja si llamare:
si prendiere la capa,
huye; que sólo aquel que huye, escapa.»

¡Ah y qué cordial mente voy á reirme cuando encuentre por aquellas calles y aquellas instalaciones de la Exposición á mis vecinos del barrio de Salamanca, que no verán la hora de volver á catar su linfa del Lozoya y su puchero castizo!

* * *

Yo, en cambio, estaré en mi elemento. Acostumbrada á viajar y familiarizada con París por largas residencias, cada cosa se me presentará en su verdadero horizonte, y el París moral e intelectual (el que no se ve con guías ni en un mes), se destacará de nuevo para mí sobre el murmullo ensordecedor del gran Certamen. Lo que en él contemplare con más ilusión será la instalación de la República Argentina en especial, y en general todas las hispanoamericanas. Dentro de ellas no me creeré en el extranjero, porque la América del Sur es para nosotros, en particular para los escritores, una joven y dulce patria: no lo sabré decir con frase lírica,

pero lo siento con intensidad y profundidad. En esos Estados nuevos se cifra el porvenir de la raza española.

Pero ante todo, pensemos en lo material del viaje, en elegir el momento más á propósito para encontrar á París en su plenitud de animación, dejando antes transcurrir este mes de Abril, que se presenta frío, lluvioso é ingrato como si fuese el más inclemente Marzo ó Febrero. Por ahora, es indudable, nadie se arroja á ponerse en camino: el invierno no se ha despedido todavía y nos lanza al rostro puñados de granizo; el teatro Real no ha cerrado sus puertas, y resuenan en su escenario los divinos acentos de la voz de Gayarre, canto de cisne de la temporada teatral que y agoniza; las señoras no sueltan aún los boas, los manguitos y los abrigos de pieles; aún no se come fresilla, ni las lilas desabrochan, ni las acacias dan olor, ni se vende horchata de chufas... De Francia, en vez de acentos de alegría e himnos á la paz, nos llega el eco de las discordias, las quejas y amenazas del ídolo popular, Boulanger, perseguido y obligado á declararse faccioso; los clamores de la Liga de patriotas y el fatídico acento de la prensa, temerosa de que se altere el orden público. Por consiguiente, hay tiempo de arreglar sosegadamente la maleta, de buscar alojamiento en París, y de escribir despacio la carta próxima, á la cual ésta sólo sirve como de sinfonía ó preludio en que, mezclados ó entreverados á capricho, resuenan los motivos principales de la cantata que con sus coros, arias, concertantes y dúos, se cantará después de alzado el telón del gran Certamen, y que siempre será *oda triunfal*.

CARTA II

EL ASPIRANTE Á DICTADOR—LA BASTILLA

Madrid, Abril 21.

Lo que todo el mundo pregunta al tratarse de la Exposición, es lo siguiente: ¿La habrá? ¿Se abrirá en paz? ¿No se cerrará con barricadas? Esta incertidumbre, zozobra y angustia, que refluye en desanimación del público, el cual se muestra rehacio en disponerse á emprender el viaje, para mí constituiría, si la compartiese, un estímulo, pues siempre he soñado con ver á París en uno de esos momentos críticos y supremos—por ejemplo, el de la *Commune*—cuando toda Europa fija sus ávidos ojos en la gran capital y espera con ansiedad el fin de la convulsión que la agita, á ver qué cambios traerá consigo. Dicen los que me oyen expresar este deseo, que peco de imprudente, y que una revolución en París es formidable, pavorosa y peligrosísima. No lo niego, y ya conozco que no se puede tener la curiosidad de Plinio el Anciano y mirar de cerca la erupción de un volcán sin exponerse á quedar sepultado entre las cenizas. Mas tampoco se me negará que las erupciones volcánicas son un espectáculo sublime; y que debe de serlo igualmente una conmoción popular en la capital francesa.

* * *

Lo que temo—desde el punto de vista de la susodicha y condenada curiosidad—es que el volcán parisiense este ya resfriado

y carezca de fuerzas para arrojar un torrente de lava devastadora, pudiendo, á lo sumo, lanzar rojos resplandores y tal cual materia incandescente. El período de las grandes revoluciones pasó; hoy reina cierta sensatez ó escepticismo que detiene los ímpetus de la furia política: Francia puede reunir, como ha reunido, un museo donde se archivan los recuerdos del 93; pero hacer otro 93 total ó parcial...lo considero, á decir verdad, punto menos que imposible.

Ninguna idea radical y de potencia transformadora representa el bulangerismo (el *panaderismo* diríamos, si tradujésemos al pié de la letra en castellano el apellido del célebre presunto dictador). Tiene el General—¿quién lo niega?—sus acérrimos partidarios; y, sin embargo, ¡cuán por bajo queda, en dimensiones y en importancia, no ya del pálido primer Cónsul que llevaba entre los pliegues de su levitón gris á la Victoria, sino del mismo *sobrino de su tío*, ambicioso precoz, que había domesticado al aguilucho para que le siguiese por montes y veredas! Si Boulanger pudiese organizar el famoso *desquite*; arrancar de las uñas de los prusianos á Lorena y Alsacia; devolver á Francia la supremacía militar que llora perdida, y cerrar á un tiempo las heridas del amor propio nacional, Boulanger sería un semidiós. No consiguiendo nada de esto; representando solamente una personalidad y un nombre, á lo sumo la idea de la revisión, lo que creen los más expertos políticos es que Boulanger se quedará en la estacada.

Por otra parte, su reciente odisea, ó mejor dicho, escapatoria, dista mucho de aumentar su prestigio. Las multitudes quieren que sus ídolos estén siempre en tensión heroica, y que el peligro resbale sobre ellos como agua sobre la bien templada hoja de acero. La prudencia humana aconseja portarse como lo hizo el General; pero sus partidarios, que le aclamarían con entusiasmo al verle arrostrar el martirio, no tienen por qué exaltarse al verle pasar la frontera lo mismo que la pasaría un cajero defraudador ó el último de los criminales.

Su proscripción es motivo de regocijo malévolos para los monárquicos, que le dicen: «Tú proscribiste al duque de Aumale; hoy el refugiado en tierra extraña eres tú: no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.» La popularidad que se adquiere lentamente puede perderse en una hora. Hace tiempo que fermenta

el prestigio de Boulanger: cuando estuve por última vez en París (Marzo de 1887), oía constantemente por las calles la vocecilla de los *gavroches* parisienses que silboteaban alguna canción con el estribillo indispensable de *Viv'le général!*... Después de la fuga, ¿seguirán cantando los chicuelos?

* * *

Ea, convengamos en ello: el pase, tal cual lo refieren los periódicos, es algo deslucido para un héroe. Salir furtivamente envuelto en las sombras de la noche, protegido por aquello mismo que le tocaba á él proteger á toda costa, ó sea la mujer amada: recatando la frente, que debe alzarse con orgullo ante los ataques del enemigo, bajo el ala del sombrero de fieltro; tapando la boca con la mano: volviéndose con zozobra á cada instante por ver si le seguían; agazapándose en el fondo de un cochecillo de alquiler; esperando oculto no lejos de la estación, mientras su compañera, más resuelta, compraba naranjas para apagar quizá la sed calenturienta del ambicioso acosado; y, por fin, saltando en el vagón como el náufrago en la barquilla, sin que á pesar de tantas precauciones dejase de seguirle pase á pase, momento por momento, el sabueso ó *detective*, que minutos después de presenciar la salida del tren, daba este aviso al Gobierno: «El General hizo la del humo:» á lo cual respondía el Gobierno: «Enemigo que huye, puente de plata.»

A la verdad, este episodio nada tiene de épico, sino mucho de burgués, y algo y aun algunos de indelicado. Su parte amorosa ó *liosa* me disgusta. Una de dos: ó el General estimaba y quería á la dama con quien (según las revelaciones del polizonte) iba tan á menudo á cierta casa, ó era para él una querida vulgar y despreciable. En el primor case no debió poner en lenguas su honor dejándose salvar por ella; en el segundo, no debió aceptar sus beneficios. Tal vez estas sean metafísicas, y tal vez no peque de rigurosamente exacta la relación de la hégira del General.

De todas suertes, su efecto en la opinión pública puede considerarse desastroso. Sus partidarios políticos defienden ¡claro está! la resolución del jefe, repitiendo que el hombre que consigue reunir un millón de votos no ha de consentir que le echen mano y le cojan en la ratonera como á un reo de delitos comunes. No obstante

—y Boulanger mismo lo ha confesado—muchos amigos suyos, de los mas adictos, desaprueban su conducta.

* * *

La justicia obliga á declarar que tampoco merece plácemes la del Ministerio. sobre que el deber de un Gobierno republicano es abrir pase franco á la opinión pública y respetar la popularidad, no sienta bien llevar á los Tribunales á personas simpáticas como Déroulede, y perseguir á la Liga de los patriotas en concepto de sociedad secreta ó ilegal, después de haberla tolerado tácitamente por espacio de siete años; ni puede eximirse de la nota de inoportuno y desacertado el Gobierno que, en vísperas de una Exposición Universal, cuando sólo deben resonar los himnos de la paz y verse por de quiera la unión y tranquilidad más absolutas, adopta medidas perturbadoras, exaspera los ánimos y encona más las discordias civiles. ¿Es razón que el Senado francés juegue á la Convención revolucionaria declarándose constituído en alta Cámara de justicia para examinar un crimen de Estado, lo mismo que si hoy, á la vuelta de estas imponentes ceremonias, estuviese el hacha del verdugo ó la carreta de la guillotina? ¿Cabén hoy crímenes de Estado? ¿Serán capaces de sentenciar á muerte á Boulanger? Claro que no. Tratase cínicamente de arrastrarle por el fango, por ese fango político del cual, como del fango salubre de los establecimientos balnearios alemanes, sale la gente más vigorosa.

* * *

Los franceses, que suelen acusarnos de fanáticos y supersticiosos á los españoles, han hecho con el general Boulanger (el General le llaman allí á secas) lo que á nosotros no se nos ocurrió hacer con Narváez, Cabrera, Prim ó Espartero: estudiar muy despacio según todas las reglas quirománticas las rayas de, su mano, deduciendo por la longitud y forma de sus dedos, el realce de sus eminencias y valles, la mayor ó menor elevación de los montes de Saturno, Mercurio, Marte y la Luna, el horóscopo y futuros destinos del General y de Francia. A la vista tengo el mapa astrológico profético de la mano del General, publicado por el *Fígaro* en primera plana, todo lleno de signos cabalísticos, y leo que de él se deduce tan claro como la luz del sol (astro de mayor influencia sobre Boulanger) que el año de 1.899, cuando el proscrito de

Bruselas cumpla los sesenta y tres de su edad, sucederá una cosaza tremenda, importantísima, un acontecimiento magno, y Boulanger mandará en la Francia victoriosa, debiendo realizarse en él aquellas predicciones que Marchena fingió haber sido hechas por Catulo y poder aplicarse á Napoleón:

«Mas ya traerán los siglos un héroe más excelso,
Invicto en las batallas y armipotente más:
Será de estirpe Eacida; que sólo el fuerte Aquiles
A tal varón pudiera noble prosapia dar;
Le admirarán los siglos, mientras que nuestros dedos
De las humanas gentes los hados urdirán.
Cruzando los estambres, corred, husos, ligeros:
Del porvenir las telas fatídicas hilad.»

* * *

En materia de predicciones sobre el porvenir de los hombres políticos juzgo más seguras las que se fundan en hechos conocidos ya, y no en vanidades y supercherías astrológicas. Por eso, y porque he admirado siempre el robusto talento de Zola, uno de los pocos grandes hombres, *en un género*, de la Francia contemporánea, me enamórala deliciosa sinceridad, tan original como suya, con que ha respondido á una pregunta sobre las aptitudes del nuevo procurador general de la República, quien ha publicado novelas bajo el seudónimo de *Jules de Glouvet*. Otro que no fuese Zola, daría su opinión, pero atenuándola y dorando un poquito la píldora. El no se anda con repulgos, y contesta (me parece que le estoy viendo hablar, con los ojos guiñados y la boca entre desdeñosa ó irónica): «Lo que escribe el Sr. Glouvet son, puras necedades. Imitación de Jorge Sand, menos el genio, y de Octavio Feuillet, menos el ingenio. Todo ello una serie de invenciones absurdas; la cuerda patriótica á fin de prevenir favorablemente al público; luego un recursito sentimental, y en conjunto un mal melodrama, del género Ennery. Ahora, por lo que toca á lo que pueda valer el señor Glouvet como particular y como magistrado, no digo nada, porque no le conozco.»

Así habla el hombre sincero, brutal si se quiere, pero leal con el público: así debo hablarse: y si en España tuviese alguien el valor necesario para emitir (poseyendo autoridad) juicios da esta índole,

caerían por tierra muchas usurpadas reputaciones que á la sombra de la política se han entronizado en el Olimpo literario. En efecto; aquí es comunísimo que para justificar encumbramientos no fundados en servicios á la patria, se aleguen méritos literarios que son, poco más ó menos, del género de los de Glouvet, tan dura, pero tan valerosamente demolidos por los puños taurinos del implacable y poderoso Emilio Zola,

* * *

Si la Exposición pudiera fracasar, que no lo creo, á nadie tendida que echar la culpa el Estado francés más que á sí mismo, por la serie de torpezas que viene cometiendo, de las cuales la más trascendente fué elegir para este Certamen la fecha del centenario de la toma de la Bastilla. Error de los que no se explican en un pueblo que conozca sus intereses y no aspire á comprometerlos con alardes intempestivos.

Recuérdese lo que fué la toma de la Bastilla, y se verá que no es dable elegir más adecuada alegoría de la Revolución que la caída de aquel sombrío edificio, la Bastilla por antonomasia, el torreón misterioso que desde el siglo XIV dominaba á París como símbolo del poder absoluto de los Reyes, y por extensión, de la arbitrariedad humana. Víctor Hugo, en su novela titulada *Noventa y tres*, pone frente á frente dos emblemas, dos signos visibles del antiguo y del nuevo régimen; una bastilla feudal, formidable, amenazadora, oscura, llena de escaleras secretas, de pasadizos subterráneos, de puertas ocultas en el espesor de las gruesas paredes, con almenas en donde se habían columpiado cadáveres de enemigos, con saeteras por donde bajaba derretido plomo; y para echar abajo esta construcción pavorosa, un sencillo instrumento, tres maderos y una media luna de metal: la guillotina. Pues bien: la bastilla representativa y simbólica, no es la que el poeta sitúa en el fondo de las selvas de Bretaña: es la de París, la fundada en el azaroso y pervertido siglo XIV, por Carlos V; la demolida cuatro siglos más tarde por una multitud resuelta á dejarse hacer pedazos, multitud entre la cual, sudoroso, enronquecido y dispuesto á morir también, iba el célebre esposo de Lucila, Camilo Desmoulins.

Hay que recordar esta página decisiva de la Revolución para comprender su interés y su poesía; que la tiene, y muy grande.

Moralmente fué herido en el corazón el antiguo régimen el día en que se representaron *Las Bodas de Fígaro*, de Beaumarchais, y la nobleza y la corte rieron á carcajadas una amarga sátira contra la sociedad antigua; pero el golpe material que echó á tierra la monarquía, fué la toma de la Bastilla; ningún historiador lo duda.

* * *

¿Qué era la Bastilla? Algo más horrible que el cadalso; que por fin el morir es género de libertad, y en la Bastilla se moría, sí, para la luz, para el trato humano, pero se arrastraba una vida desesperada y fúnebre. Alojábanse allí los reos de Estado en mazmorras circundadas por un muro de seis pies de espesor, y la luz les llegaba por angosto ventanillo, guarnecido de triples y negras rejas; y si abajo, en las prisiones subterráneas, la tristeza de las tinieblas era espantosa, arriba, en los calabozos situados en lo más alto de los torreones, el frío en invierno y el horrible calor en verano todavía llevaban más víctimas al sepulcro. Abajo, el pudridero; arriba, el infierno. Silvio Pellico, comparando los *Plomos* y los *Pozos* de Venecia, afirmó que estos últimos eran menos intolerables. Bebíase en la Bastilla el agua corrompida; se comía un rancho asqueroso, escaso; se dormía en un camastro, cuando no sobre la piedra; se respiraba el ambiente exhalado por las alcantarillas, y en ciertos calabozos el piso estaba encharcado, lleno de limo fétido, poblado de reptiles; de noche, las feroces ratas se entretenían en dar caza á las narices y las orejas de los prisioneros. En este trágico edificio habían gemido y temblado todos los reos políticos y todos los delincuentes del pensamiento: habían cantado salmos los hugonotes, rezado los jansenistas, retorciéndose los convulsionarios de San Medardo, y bostezado de tedio Voltaire. Cuando la Bastilla fué tomada, se encontraron en sus calabozos algunos infelices, ya locos ó imbéciles; en sus negras profundidades, aterradores instrumentos de tortura, y en sus aljibes, esqueletos humanos. Pero los que más horror infundían entre sus medrosos recuerdos, eran los de la *Máscara de hierro* y de *Latude*.

Personifica la *Máscara de hierro* el terror peculiar de la Bastilla, cuyo fundamento es el misterio que conduce á la supresión, á la *nada* moral. ¿Por qué ese enigma histórico infunde, al par que tan ardiente curiosidad, tan punzadora e inextinguible lástima, que aun

hoy, después de dos siglos casi, nos irrita y nos conmueve? Es que la *Máscara de hierro* representa, como he dicho, el carácter propio de la Bastilla, donde se entraba mediante una orden que recibían en blanco los enemigos de la víctima; donde se caía como en un sepulcro, pues ningún eco de lamentos ni de ayes traspasaba el enorme espesor de las murallas; donde se permanecía años y años hasta morir, olvidado de los libres, sin que nadie, desde fuera, contase las jornadas, que pasaban inflexibles y lentas. «Cien mil horas llevo de sufrir, señora,» escribía Latude á la Pompadour desde la Bastilla, cuando le quedaban todavía por sufrir doscientas mil de cautiverio. Los Parlamentos, aunque severos como toda la justicia de entonces, al menos sentenciaban á la faz del sol y ante un pueblo; enviaban á la rueda ó al cadalso; pero no suprimían entre las sombras de la noche, sin eco ni explicación, por medio de un rescripto sordo y mudo como la fatalidad. A los mártires de la Bastilla se les eliminaba del mundo de los vivos y hasta del de los muertos, puesto que se les hacía desaparecer de la memoria humana. Cuando el alcaide de la fortaleza escribía al Ministro acerca de los detenidos, cuidaba de no nombrarles sino con estas ó parecidas frases: «El prisionero de la torre baja... El hombre consabido... El que lleva aquí veinte años...»

* * *

Nadie ha logrado averiguar con exactitud quién fué la *Máscara de hierro*. Descartadas las infinitas invenciones novelescas (entre las cuales descuellan las de Alejandro Dumas), que ha inspirado tan extraño problema, lo cierto es que los historiadores se pierden en conjeturas, sin ver ni rastro de luz que les aproxime al esclarecimiento de la verdad. Resulta innegable que existió un prisionero transferido de la isla de Santa Margarita á la Bastilla, y cuya seguridad importaba tanto, que hasta se pensó en crear para él una mazmorra especial; prisionero que, al tener que ser visto de alguien, cubría su rostro con un antifaz de terciopelo negro que afianzaba un barbuquejo de metal. Con esta máscara comía, cuando había de hacerlo delante de gente; con esta máscara puesta recibía al medico, enseñándole el cuerpo y la lengua, pero jamás el rostro. El alcaide de la fortaleza, que al dirigirse al prisionero lo hacía con la cabeza descubierta y dando señales del respeto más

profundo, tenía siempre á su lado un par de pistolas cargadas, destinadas á levantarle la tapa de los sesos si por espacio de un segundo dejaba caer la máscara negra. En medio de las terribles medidas adoptadas para asegurarse de que nadie vería ni conocería al cautivo, se tenían con él miramientos y consideraciones no tributadas á ningún otro; guarnecían su ropa blanca encajes riquísimos; servíanse á su mesa manjares exquisitos, y la vajilla en que comía era de maciza plata. Un día, en la isla de Santa Margarita, la máscara escribió su nombre en un plato de esta vajilla, con la punta de un cuchillo agudo, y arrojó el plato por la ventana en dirección de una barca que vió amarrada en la margen, no lejos del castillo. Recogiólo el pescador que tripulaba la barca, y lo llevó en seguida al alcaide. «¿Sabes leer?» fué lo primero que le preguntó éste; y después de haber adquirido el convencimiento de que no sabía, le despidió diciendo: «Da gracias á Dios por no saber leer.»

Trasladado á la Bastilla el prisionero, enmascarado siempre, languideció allí catorce años, hasta que un día, sintiéndose indispuerto al acabar de oír misa, falleció á las pocas horas, «sin enfermedad casi,» dice un cronista de la época. Enterrado secretamente y bajo nombre supuesto, al punto se hizo una hoguera con todo cuanto le había pertenecido, ropa, muebles, cama; y sin dilación fué arrancada la cal y levantados los baldosines de su calabozo á fin de evitar que en algún escondrijo hubiese dejado el muerto un papel revelador, un indicio que pudiera servir para el conocimiento de su verdadera personalidad y de su historia. Ocurría esto bajo el reinado de Luís XIV. Pasados muchos años, como se obstinase á Pompadour, aquella favorita omnipotente que fué durante un largo período verdadera reina de Francia, en que le revelase Luis XV, en otras materias tan complaciente, el nombre de la «Máscara de hierro,» el Rey se enojó, adoptó continente regio, y respondió con energía: «No me lo preguntes: es secreto de Estado.» Más adelante, bajo un nuevo Rey, Luis XVI, otra mujer amada, María Antonieta, quiso á su vez profundizar el enigma; pero su esposo guardó la misma reserva, asegurando que ignoraba todo lo relativo al trágico prisionero.

Mas ya no era la Reina sola: era toda Francia la que se sentía enferma de curiosidad, la que quería alzar la máscara fúnebre. Al

caer en manos del pueblo la Bastilla, el primer secreto que quisieron arrebatarse á sus entrañas, fué el del enmascarado: el libro donde se registraba la entrada de los presos fué llevado en triunfo á la Municipalidad y abierto solemnemente; pero al buscar el folio á que correspondía el ingreso de la «Máscara de hierro,» los revolucionarios pudieron convencerse de que, tomada, arrasada, vencida la Bastilla, no entregaba á nadie la clave de su misterio más hondo. ¡La página correspondiente al ingreso de la «Máscara» había sido arrancada y sustituida por otra, cuya letra indicaba procedencia recientísima!

¿Es mucho que, en presencia de tantas precauciones, transmitidas secularmente y comunicadas á una dinastía entera; en vista de tan impenetrable misterio y de tan románticos indicios, los historiadores más enemigos de rendir tributo á la leyenda y de aceptar el elemento novelesco, no se atrevan á tratar de personaje fantástico á la «Máscara de hierro,» ni puedan encontrar pruebas que desvanezcan la suposición, ruinosa para la legitimidad de los Borbones, de que aquel infeliz prisionero era un hermano mayor de Luis XIV, el verdadero rey de Francia, mientras el que llegó á reinar sería fruto de culpables amoríos entre el cardenal Mazarino y Ana de Austria?

* * *

Latude, el otro prisionero célebre de la Bastilla, es lo contrario de la «Máscara de hierro:» si la detención de éste podía relacionarse con algún misterio tan grave que comprometiese para siempre el porvenir y la dignidad de la corona, la prisión del pobre diablo de hijo natural, que entró en los calabozos antes de los *veinticinco* años para salir á los *sesenta*, no obedecía á ningún alto interés del Estado, á ningún delito contra la seguridad pública. Latude no era reo sino de haberle causado unos minutos de susto á la Pompadour con una calaverada de muchacho; calaverada que, si en vez de recaer en la Pompadour, burguesa apocada y miedosa, recayese en alguna altiva princesa de la sangre, le hubiera valido á Latude, en lugar de encierro eterno, las simpatías y el favor que buscaba.

Sobre la vida interesantísima y dramática de Latude podría escribirse un libro titulado (á imitación de cierta novela de Valera) «Inconvenientes de pasarse de listo.» En efecto; el largo martirio de

Latude, sus treinta y cinco años de reclusión—¡estremece el escribirlo!—se originaron de haber aguzado más de lo precise el ingenio y haber tentado á la suerte con golpes atrevidos, de esos que, si salen bien, redondean la fortuna de un hombre, pero que, torcidos por el mal sino, lo hunden para siempre en la adversidad. Oscuro, ingenioso, deseoso de crearse brillante posición, consiguiendo el favor de la querida del Rey, ocurriósele á Latude una idea osada: enviar á la Pompadour cierta cajita explosivo, pero inofensiva; una especie de juguete; y al mismo tiempo dar aviso de que se tramaba un complot contra la Marquesa, y encargarse que abriese con precaución todo cuanto le fuera remitido. Espiado por la policía después de la advertencia, tenido en concepto de peligroso conspirador, el travieso mozo fué arrojado á la Bastilla, de allí á poco á Vincennes. Latude no sólo tenía ingenio, sino resolución y energía: desde Vincennes empezó su luvia contra la adversidad, evadiéndose por primera vez, con tanta audacia como fortuna.

Pero el mismo exceso de su audacia y agudeza volvió á perderle; no escarmentado, creyó todavía que la Pompadour era una mujer superior, y tuvo el rasgo audaz de escribirla, confesando su fuga, revelando sil escondrijo y pidiendo su absolución. La mezquina favorita le hizo coger y sepultar de nuevo en la Bastilla, desde donde realizó Latude aquella célebre segunda evasión que ha dejado memoria eterna en los fastos de las prisiones de Estado. Leyendo la descripción de su calabozo, apenas se concibe que pueda soñarse salir de él; y, sin embargo, Latude y otro infeliz compañero de encierro, víctima también del enojo de la favorita, llevaron á cabo la evasión, después de haber empleado dos años en los preparativos.

* * *

Asombra la fuerza de voluntad que despliega el hombre cuando trata de conservar ó recuperar el más precioso dón del cielo: la dulce libertad. Limando las rejas de una chimenea; ascendiendo por su angosto tubo: colgados á doscientos diez pies de altura sobre un foso lleno de agua helada y cenagosa; pendiente de una débil cuerda, fabricada con sus ropas: extenuados ya de fatiga; teniendo que romper un murallón enorme, los dos cautivos se encontraron libres.

¡Libertad ilusoria! Pocos días tardaron en echarles mano los corchetes, y Latude se vió sepultado otra vez en un calabozo subterráneo, donde, no sabiendo qué hacer, se entretuvo en domesticar ratas, y, privado de papel y tinta, en escribir sobre unas tabletas de miga de pan con su propia sangre. ¡Horrendo suplicio el de aquel hombre activo, emprendedor, fogoso, reducido á semejante existencia! Y, sin embargo, no paró en demente, como su infeliz colega de evasión: salió á flote hasta cuando, para mayor refinamiento de tortura, lo encerraron en la casa de locos y le dieron, como á Job, un estercolero por cama, dejándole allí que literalmente aullase de hambre. Latude debía de poseer complexión de acero.

Una mujer había perdido al desdichado Latude; pero otra, con la fuerza de su compasión, logró al cabo salvarle. Madama Legros, tenderilla parisiense, encontró por casualidad caído en el suelo un escrito, donde Latude refería sus miserias; y como si la Providencia le hubiese revolado súbitamente que tenía una alta misión que cumplir, la valerosa hembra se dedicó, sin darse punto de reposo, á obtener la libertad de aquel hombre, que después de tan horribles trabajos aun creía en la piedad.

Tres años pasó madama Legros implorando á todos los poderosos; luego al Rey, por fin á la reina María Antonieta, en quien aquel llamamiento á la misericordia encontró eco inmediato. A los sesenta años, con el pelo como la nieve, salió Latude de la prisión donde había entrado en la flor de la mocedad; y antes de morir, pudo ver algo que debió de parecerle el acto más esplendoroso de la justicia divina: pudo ver cómo no quedaba piedra sobre piedra de aquella Bastilla, cuyos muros ahogaron sus desesperados gemidos.

Hablando de la heroína de la compasión, madama Legros, dice el historiador Michelet: «Ella tuvo la gloria de derribar moralmente la Bastilla. Fué la débil mano de una mujer la que en realidad arrasó la altiva fortaleza: aquella mano chiquita arrancó los fuertes sillares y las macizas rejas de hierro, y derrocó los negros torreones.»

* * *

¡El 14 de Julio de 1789 puede calificarse de día memorable, no sólo para Francia, sino para toda Europa y para la humanidad. En él se desbordaron, con irresistible empuje, las verdinegras olas de un torrente que ya ningún dique podía contener. Aquella jornada

decisiva fué la que motivó el siguiente diálogo entre Luis XVI y el duque de Liancourt:—«Tenemos, por lo visto, una gran asonada»,—dijo el Rey,—«No, señor; tenemos una revolución»—contestó el magnate.

Preludiaron al gran acontecimiento las arengas de fuego de Camilo Desmoulins, subido á una mesa del café Roy, y la adopción, de la famosa escarapela tricolor, que á modo de flor teñida con los matices de la inocencia, la esperanza y la sangre, había de abrir su cáliz sobre las humeantes ruinas de la horrible fortaleza. El pueblo, un pueblo entero, París en masa, se levanta, bulle y se agita: por todas las calles resuena incesante clamoreo: «¡Armas! ¡armas!» Con este grito se mezcla el toque de rebato en las iglesias, y el redoble afanoso del tambor en las plazas públicas. En treinta y seis horas se forjan cincuenta mil picas. La multitud que se arma, que se provista de pólvora con más empeño que de víveres, que ondula como inmenso océano, no tiene aún plan fijo, ni sabe si mantenerse á la defensiva ó emprender el ataque resueltamente; pero de súbito una chispa misteriosa la enciende, una idea pasa como soplo de aire cálido y enloquecedor sobre las cabezas de los amotinados: no se les ocurre ir al palacio de los Reyes, no; el grito unánime es: «¡A la Bastilla!»

* * *

No era empresa tan fácil tomarla. Aunque escasa en número la guarnición, juntaba municiones y artillería suficientes para detener y destrozár á la muchedumbre armada de picas. Pero ¿quién resiste á París entero, despeñado como furiosa catarata? Los muros de la sombría fortaleza, sepultura de vivos, no eran tan robustos como la voluntad popular. Niños, mujeres, clérigos, estudiantes, obreros, estaban allí para rellenar el foso con sus cadáveres (según decían enérgicamente) y facilitar el asalto. Antes del anocheecer capitulaba la prisión fatídica, y el pueblo, rompiendo las dobles puertas de las mazmorras, sacaba en triunfo á siete espectros humanos, entre ellos dos á quienes la prisión había vuelto locos. A uno de éstos caíale hasta la cintura lengua barba blanca; temblaba su cabeza, y sus ojos visionarios, extraviados, al volver á contemplar el cielo y el aire libre, derramaban lágrimas abundantes. El mísero creía encontrarse aún bajo el reinado de Luis XV. Preguntáronle cómo se

llamaba, y respondió: «Soy el Mayor de la inmensidad.» Después soltó una risa pueril...

* * *

Bastilla, bien estás en el suelo. Fué justo que de tus piedras, tus herrajes y tus plomos, penetrados de sollozos humanos, fabricase la Revolución juguetes para los niños y joyas para adornar la garganta de las mujeres; que sobre el emplazamiento que ocupabas, raso ya y sin escombros, el pueblo colocase una inscripción diciendo: «Aquí se baila.» Pero ¿por qué el recuerdo de un hecho inspirado en el sentimiento más noble de piedad y justicia ha de ir unido á memorias tan sangrientas como las que son afrenta del mismo régimen despótico?

Al ponerse el sol de la jornada del 14 de Julio, por las calles de París oran paseadas en picas varias cabezas: una, la del alcaide de la Bastilla, Delaunay. Las almenas del feudalismo habían caído á tierra; pero en cambio la horca descamisada, la famosa *linterna* de la Grève, colocada sobre la tienda del especiero Delanoue, inauguraba sus funciones odiosas, y en ella se balanceaban tres infelices, á quienes hordas ebrias de furor tiraban de los pies. Arrasada la Bastilla, levantábase el terror del farol y de la guillotina. Pronto el degüello sería institución popular, y la libertad se daría un baño completo de sangre humana; sangre de inocentes, de débiles, de sabios, de honrados, hasta que el último vaso de sangre lo derramase la Poesía, decapitada en la persona de Andrés Chénier.

* * *

He aquí por qué no juzgo acertado elegir para celebrar una Exposición Universal la fecha conmemorativa de estos trágicos y solemnes acaecimientos. Es preciso que las Exposiciones no traigan consigo memorias que á nadie puedan lastimar; que gran parte de la opinión, si es antirrevolucionaria, no tenga ningún pretexto para declararse herida, y que los monarcas no vean en el Certamen de la paz y la industria una consagración de la anarquía y de la demagogia. Lo mismo que les individuos, las naciones necesitan tacto, á fin de no enajenarse voluntades y simpatías; y cuando emprenden una obra de concordia, deben atraer suavemente á unos y otros, no alarmar á ninguno. Ha sido una pifia, dicen los prudentes, la ocurrencia del centenario. Todos vemos la

diferencia entre la fortaleza del París viejo y la torre Eiffel del nuevo: no era necesario ponerlas en violento antagonismo y contraste. Para no despertar enojosas reminiscencias, le bastaría al Gobierno de la República francesa seguir aquella máxima de Víctor Hugo: «Solo estás en la historia ¡oh titán Noventa y tres! En pos de ti no puede venir nada tan grande como tú.» ¿Por qué no dejaron dormir al Titán?

* * *

A fin de terminar con algo que nos desimpresione de la tragedia revolucionaria, apuntare las reflexiones que me sugiere cierta noticia que acabo de recibir de París.

Es noticia de sensación para los españoles: trátase nada menos que del permiso otorgado por el ministro del Interior—ó de Gobernación, como diríamos nosotros—para celebrar en París, durante la Exposición, «verdaderas corridas de toros, idénticas á las que se celebran en España.» ¡Olé ya! es lo único que se le ocurre á un español neto cuando lee tan genuina nueva.

¿De modo que saborearemos en París, en el mismo París de Francia, las clásicas estocadas de *Lagartijo*; los atrevimientos incomparables de *Frascuelo*; las felices y poderosas arremetidas de *Mazzantini*; el fino trasteo de *Guerrita*; el sereno esperar de *Cara-ancha*, y tantas y tantas regaladas emociones como acostumbramos disfrutar en la plaza de Madrid? ¿De modo que presenciaremos el animado *despejo* y veremos salir en doble fila, caminando con gallardo meneo de cintura, cubiertos de seda y oro, á los individuos de las cuadrillas más célebres? ¿De modo que halagará nuestros oídos el toque de clarín, que anuncia la salida de la fiera, y el bramido con que ésta desafía al hombre para comenzar la lidia? ¿De modo que admiraremos la ligereza del banderillero que en giro elegante, como quien prende flores en el pecho de una hermosa, planta dos *aretes* al bruto y le deja atónito? ¿Y contemplaremos al picador resistiendo con fuerte brazo el empuje del loro? ¿Y al espacia arrojando con garboso movimiento la monterilla, después de brindar «por usía y por los forasteros...» que se dirige risueño, impávido, ostentando su indomable corazón, á hundir el brazo armado del relámpago de su delgado espadín, entre la amenazadora cornamenta del jarameño ó del miura?

Poco á poco. No entusiasmarse, ni consentir que hierva la savia española, africana más bien, que en las venas llevamos. En París habrá corridas de todos, es cierto; se alzaré una gran plaza, capaz de treinta mil personas; serán llamados *Mazzantini, Lagartijo, Cara*, todas las eminencias del arte taurómico; se derrochará dinero en trajes, en hacer *color local*, etc.; pero... sólo faltará una cosilla...punto menos que nada...

«No habrá efusión de sangre.»

* * *

¡No habrá efusión de sangre! Esta cláusula, á propósito de corridas de toros, nos parece á los españoles algo análogo á las recetas caseras para imitar, con un asado de conejo, un asado de gallina, ó para hacer un *trufado sin trufas*.

No quisiera pasar plaza de sanguinaria, bien lo sabe Dios; no quisiera—y menos llevando faldas—que se me acusase de tener un corazón de perro, insensible al dolor, ó un espíritu como el de las damas romanas, que se gozaban en la carnicería; pero creo que cada cosa requiere sus requisitos, y que mutilar las corridas de toros (las cuales me atrevería á sostener que no son tan bárbaras ni tan cruentas como en general se asegura); inventar una lidia candorosa y filantrópica, es quitarle ¿ese espectáculo toda su peculiaridad, dejándolo reducido á algo híbrido, sin olor, color ni sabor. Si las corridas de toros repugnan al sentido humanitario del pueblo francés, que las prohíba en absoluto; el consentir un pálido remedo, es peor mil veces.

¿Cómo serán esas corridas? sospecho que los nacidos aquende el Pirineo vamos á reinos mucho con ellas. Resultará algo parecido á la saladísima función realizada por franceses, que describe con tanto chiste Franquelo. Nuestros vecinos

«pensaron que era jaser
un tarrillo de pomá.»

Para dar la señal de la lidia, en vez de los toques de clarín, salieron rascando violines; para trastear al bicho se pusieron guantes, y al fin y al cabo, después de muchos descalabros é intentos inútiles, allí se quedó sano y salvo el toro... «que ya tiene una torá,» añade el autor de la graciosa letrilla.

¿Y el público francés? ¿Qué dirá de nosotros al asistir á nuestra fiesta nacional? ¿Nos pondrá, según costumbre, como chupa de dómine? ¿Tendremos que taparnos los oídos, ó fingir diestramente que no entendemos una palabra de lo que alrededor nuestro se murmure? ¿Les dará por entusiasmarse y por exclamar: *¡salero!* según les decían á las bailadoras y cantadoras flamencas en el EL dorado, hará tres años, cuando ellas ejecutaban su quiebro característico?

CARTA III

EN BURDEOS.—¡DICHOSO CRIMEN!—RECUERDO Á BARCELONA

Burdeos 2 de Mayo.

Para cortar la monotonía de un viaje que he realizado cien veces directamente; por beber y saborear el aire balsámico de estos viñedos, donde la alegre primavera ríe y desabrocha en follaje; por descansar de mis fatigas y saludar á un buen amigo hispanófilo que me ha consagrado en la prensa francesa bastantes artículos, decidí pasar unas horas en Burdeos antes de seguir hacia París, con objeto de asistir á la apertura del gran Certamen.

Es Burdeos inmensa capital de provincia, demasiado vasta para la gente que la habita y que no consigue llenarla, según observó oportunamente Teófilo Gautier, á quien debemos una descripción admirable de la ciudad bordelesa. Yo, que siempre he sido ferviente devota del «estilista impecable,» nunca pase por Burdeos sin acordarme de cómo pintó Gautier las momias de la iglesia de San Miguel,

Diré algo de esta fúnebre curiosidad.

Parece que no lejos de la torre de San Miguel existía un cementerio, cuya tierra poseía la virtud de momificar los cadáveres que en el se enterraban. Al hacer excavaciones y descubrir cuerpos casi intactos, los recogieron en la cripta de la torre, adosándolos

contra la pared; y mediante la propineja indispensable del franco, cualquiera puede regalarse con espectáculo tan macabro y feo. Al ver por primera vez aquella procesión de muertos en horribles ó grotescas posturas, como yo era muy joven y tenía imaginación ardentísima, soñé toda la noche con semejantes visiones del otro mundo, y por poco me enfermo de la impresión. Irritada conmigo misma al reconocerme débil y al encontrarme juguete de mis nervios, resolví dominar el infantil temor, y desde entonces no perdí ocasión de acostumbrarme á ver impávida las cosas espantosas, sepulcrales y terroríficas. Lo he logrado. He mirado sin pestañear los ahogados del depósito secreto de la Morgue, extraídos después de permanecer cinco meses en el fondo del Sena; he penetrado de noche, á la luz de un trémulo farolillo, en el pavoroso cementerio de los Capuchinos, en Roma; he recorrido las salas de enfermos graves del Hôtel-Dieu, y he visto depositar en el ataúd al difunto fallecido de terrible mal contagioso... Soy pues, dueña de mí misma, y ahora podría con seguridad visitar las momias, sin que esta noche diese vueltas en la blanda cama del hotel (las camas francesas, entre paréntesis, son las más deliciosas del mundo). Pero prefiero contemplar la hermosa embocadura del río en los Quinconces; prefiero gozar el despejo de cielo meridional, el bullir de las gentes en el puerto, y, sobre todo, la indefinible sensación, mitad placentera y mitad *saudosa*, del que se encuentra lejos de la patria, sabiendo que puede volver á ella cuando guste; más aun: que volverá en breve plazo.

* * *

Y en verdad, no me pesa haber dejado á Madrid. Queda la capital de España más entregada que nunca á la pasión que la domina, desde hará diez meses: la manía jurídico-policiaco-criminalista, infundida por el deseo de hallar la resolución de un enigma que lleva trazas de no ser nunca descifrado. ¿Quién cometió el asesinato de la calle de Fuencarral? Al pronto, si nos lo preguntase un extranjero, responderíamos que el célebre *crimen* es la cosa más vulgar del mundo, la menos digna de fijar la atención, no ya de las personas ilustradas, pero ni siquiera de la muchedumbre.

Que una señora rica, que vive sola, cometa la imprudencia de traer dinero á casa y de admitir á una criada de antecedentes

sospechosos; que esta criada la despoje y la asesine, y luego queme con pretróleo el cadáver para ocultar las huellas del atentado, es suceso, aunque terrible, tan trivial de suyo, que al parecer no reclama sino ocupar dos días á las comadres del barrio y veinticuatro horas á los noticieros de la prensa. Sin embargo, de este crimen hace casi un año que se habla en la calle, en los salones, en los diarios, en las Cortes, en el Consejo de ministros: luego hay en el *algo* mucho más grave que los hechos aparentes; *algo* tan grave, tan serio, tan trascendental, que si el rumor público lo indica y la maledicencia lo subraya, mi conciencia me obliga á no apuntarlo sino como susurro, sospecha, presunción más ó menos fundada en indicios, no caso demostrado ni evidente.

Obsérvese la fatídica escala que la opinión—*regina del mondo*—ha elevado con peldaños de honras y respetabilidades, desde la mujer de mal vivir amancebada con el Cojo, hasta un importante hombre político, el presidente del Tribunal Supremo: ¡el representante más alto de la justicia en España! Una criada asesina y roba á su señora; hasta aquí no rebasamos del crimen callejero y plebeyo. Pero esta señora tenía un hijo de canallescicos instintos, de estragadas costumbres, de propensiones feroces, siempre mezclado y confundido con la hez del populacho y entregado á escandalosas *juergas*: hijo que, á pesar de ser presunto heredero de una renta de cinco mil duros y descubrir ciertas bastardas ínfulas aristocráticas, que le ganaran el apodo de *el marquesito*, había caído en la abyección de encontrarse procesado y sentenciado por el robo de una capa. El día en que fué apuñalada la madre, el hijo extinguía condena por semejante delito en la Cárcel Modelo: no obstante, desde el primer momento la voz popular, prescindiendo de la criada, ó juzgándola cómplice tan sólo, acusó al hijo del horrendo crimen.

Primer peldaño: de la sirviente al marquesito. El cual, según dejo indicado, extinguía su condena en la prisión celular. La coartada estaba probada, pues Varela no podía encontrarse á un tiempo mismo en el establecimiento penitenciario y en la alcoba inundada de sangre de su madre. ¿Qué importa? gritó la *vox populi*: de la Cárcel Modelo se sale: con recomendaciones, con dinero, con destreza, con influencias poderosas, se sale, sí, y ninguna coartada

más hábil para un asesino que la *coartada oficial*, de que tienen que ser cómplices y encubridores los funcionarios del Estado, que en inocentar al preso libran su pan y su honor. Segundo peldaño: del *marquesito* perdulario á un empleado de bastante categoría: el director de la Cárcel Modelo, acusado de facilitar las escapatorias del supuesto parricida, y de intervenir en el sumario con propósitos encubridores.

Mas que para un funcionario se arriesgue á jugar así su destino y hasta su seguridad personal, preciso es—siguió discurriendo la excitada opinión publica, y siguió repitiendo gran parte de la prensa—que le ampare alguna influencia de primer orden; que se crea sostenido por alguien. Ya sobre la pista de este recelo, los más leves indicios, los más sutiles cabos, sirvieron para devanar madeja intrincadísima, y la sospecha cayó, como negro borrón, sobre frentes muy elevadas, y llegó á lo más encumbrado, á lo más augusto de la magistratura, al presidente del más alto Tribunal de la nación. Tercer peldaño, peldaño gigantesco como los de las Pirámides: del director de la Cárcel Modelo al *Lord Justicia Mayor*, don Eugenio Montero Ríos.

¿Se comprende ahora el extraño interés, la indecible marejada que levanta desde hace diez meses esta causa célebre entre las causas todas? No es el manoseado delito de una sirvienta, combinado entre presidiarios; es una serie de incidentes oscuros, raros, anómalos: y en el modo de interpretarlos, más raro y strafalario que ellos mismos, se revela la poca confianza que inspiran al pueblo español sus instituciones seculares, la que ya todo el mundo llama *justicia histórica*, la organización de los establecimientos penales, y el sistema político á cuyo amparo supone que tamaños abusos pueden ocurrir... Por ese la opinión ha llegado á interesarse en este asunto del *crimen* como no se interesa por cosa alguna. La prensa se ha dividido en dos bandos, llamados de *insensatos* y *sensatos*; los primeros se han declarado parte en el proceso, estableciendo la *acción popular*, porque los *insensatos* afirman las salidas de Varela de la cárcel, y su culpabilidad y la complicidad del director, y ven en la muerte de doña Luciana Borcino un parricidio nefando, fundándose en que quien hace tiempo abofeteó, hirió, maltrató y probó á abrasar con petróleo á su

madre, y le deseó la muerte en voz alta, no se habrá descuidado en herirla cuando tuvo favorable ocasión.

Los *sensatos* opinan que la única culpable es la criada, con auxilio de alguna gente de mal vivir. Y entre las dudas de unos, las desorientaciones de otros, las declaraciones de cientos de testigos (entre los cuales figura desde el asqueroso rufián hasta la aristocrática dama), las hipótesis cada día diferentes y las caprichosas y variadas versiones que da la ya célebre Higinia, de tal manera está enredado el ovillo, que me parece muy difícil para el Tribunal emitir un fallo que no descontente y haga murmurar á media España.

¿Que cuál es mi opinión privada en este asunto intrincadísimo? Ninguna como juez, ninguna como polizonte; á bien que no soy ni lo uno ni lo otro. Como novelista, y dentro de la lógica de la novela experimental, yo sin declararme *insensata* ni *sensata*, veo en el carácter y costumbres del hijo de la víctima algo que le ennegrece y acusa.

Quien abofetea á su madre hasta arrancarla los dientes; quien esgrime contra ella la navaja y sepulta el hierro en las entrañas donde fué concebido, podrá (mediante el absurdo de las circunstancias fortuitas) no haber sido parricida material: moralmente lo es, y me inspira el horror consecuente al más nefando de los crímenes, á aquél que las leyes de Moisés y Solón no castigan, porque no admiten ni que pueda existir; á aquél que más ultraja las sacras leyes de la naturaleza. Pero repito que si esto pienso *como novelista*, como magistrado sólo pensaría que el crimen ha de estar más claro que la luz el el sol para que la justicia, humana pueda castigarlo sin recelo.

* * *

¡Y ahora caigo! Yo que me felicito de haber dejado á Madrid por no o ir hablar del famoso crimen y su juicio oral (único asunto de las discusiones en círculos y cafés, sin que pueda eclipsarle el Congreso católico); yo que respiro ávidamente la brisa que sube de las márgenes del Garona, sólo por verme libre de preguntas acerca de la señora de Borcino, Millán Astray, Montero Ríos (da la casualidad de que todas las personas cuyos nombres figuran en esta notable causa, menos Higinia, son gallegas como yo), estoy

hace media hora tratando también del resobado y antipático *crimen*, lo mismo que si no solicitase mi atención otro asunto universal alegre, civilizador: la Exposición que va á abrirse, y que ya nos llama.

* * *

Si este acontecimiento europeo pudiera despertarme reminiscencias de la patria, serían, por natural concatenación de ideas, las de la Exposición de Barcelona, que se abrió pronto hará un año. Por esta misma época, hará once meses y unos días, preparaba yo mis baúles y tomaba billete para asistir á la inauguración del certamen barcinonense, que en su terreno y bien considerado todo, no tuvo que envidiar á ninguno de los magnos certámenes europeos, por lo cual los españoles debemos profunda gratitud á la nobilísima, valerosa y excelsa región catalana, que hace del trabajo un lábaro, de la industria un poema y de la civilización una realidad.

¡Oh Cataluña! ¡Oh artística y grandiosa Barcelona! Desde tierra extraña os saludo con más amor, con más entusiasmo aún que lo haría desde el suelo de la patria. Yo fuí á la Exposición barcelonesa, no como corresponsal encargado de dar cuenta de las magnificencias del certamen, sino como libre y curiosa turista. Las crónicas de la romería vaticana, que el público acogió con tan alagueño interés cuando vieron la luz en *El Imparcial* aquellas crónicas escritas á lo mejor en el rincón de una estación de ferrocarril, en la mesa de un café, en el salón público de un hotel, entre el bullicio de las conversaciones y los acordes del piano; unas veces con frío, otras con sueño, otras con apetito de despachar el almuerzo ó de salir á beber la taza de café turco; otras en un estado de cansancio moral mayor aún que el material, porque era la fatiga abrumadora de la admiración y el vértigo del asombro, producido por las maravillas del Vaticano ó los esplendores de Florencia; aquellas crónicas, repito, en que unas veces aleteaba el inmaterial misticismo y otras se quejaba el organismo fatigado y rendido á tantas molestias, me habían dejado exhausta y deseosa de un viaje de pereza y descuido, en que fuese enteramente dueña de mis acciones y de mis impresiones, en que las guardase y archivase para mí con exclusivismo egoísta, y en que no me las estropease

poco ni mucho el propósito de narrarlas y la necesidad de no dar reposo á la pluma,

Así es que mi visita á la Exposición de Barcelona me dejó gratísimo recuerdo.

El tiempo era radiante, primaveral, no excesivamente caluroso; pero todos los efluvios y aromas del despertar de la naturaleza vivificaban el ambiente, y puedo decirse que en él bullían átomos de luz y de olor de flores entretejidos. El cielo de Cataluña es turquí, de ese matiz que llaman los portugueses *azul ferrete*; ninguna nube altera su pureza, y las olas del Mediterráneo que bailan sus costas, copian en su superficie de líquido zafiro tan divino color. El paisaje, parecidísimo al de Italia, *al* de la Italia del Norte: la retama ó *ginesta* deja caer sobre la tierra el diluvio de sus pétalos de oro, de embriagador aroma: el gran pino quitasol dibuja sobre el límpido firmamento su majestuosa silueta: por poco más, creeríamos que, en vez de hallarnos en la campiña del Llobregat, estamos en Recanati, en la patria de Leopardi, á poca distancia de Ancona, y que esa *ginesta* es la misma que el egregio poeta cantó.

De Barcelona, lo que me cautivó más fueron aquellas cercanías, que insisto—y ojalá se convenzan de ello los aficionados á viajar—se hombrean con las de Florencia, de Milán, de París, porque reúnen la exuberancia de la naturaleza meridional al ornato que presta la mano del hombre, sembrando aquí y allí quintas, *torres*, palacios, casitas, *cottages*, hoteles, merenderos, kioscos y hosterías. Para que nada falte á tan bello cuadro, la tradición y el recuerdo tienen ya una abadía, ya una iglesia gótica; al modo que, en salón alhajado suntuosamente al gusto moderno, luce una pieza de plata bizantina ó un rico mueble varagueño. Así, en las inmediaciones de la ciudad condal, la poética abadía de Pedralves. El que quiera soñar, reconstruir la Edad Media de Cataluña y Aragón con todo su prestigio histórico, religioso, artístico y guerrero, váyase al pie de aquel edificio ojival, misteriosamente triste, á la hora en que la luz de la luna alumbra las molduras de sus ventanas y el calado hueco de sus rosetones. Después, si la ingenuidad de la leyenda y del pasado le enamora como á mí entre en cualquiera de aquellas hosterías que rodean el monasterio y pida que le sirvan el

plato clásico, *mató de monxa*, que tiene la forma y la suave oscilación de un seno de mujer.

¿Pues qué diré de la ascensión á Vallvidrera, con su grandioso panorama de montañas y la alpestre diafanidad de sus azulados horizontes? ¿Qué del delicioso paseo á Arenys de Mar, cuyo recuerdo es para mí inseparable de un fortísimo perfume de azucenas, pues los jardincitos de las humildes casas pescadoras de aquel pueblo están llenos de ellas? ¿Qué del camino de Villanueva y Geltrú, el más pintoresco del mundo, salpicado de túneles y acariciado á cada momento por las azules olas, pues el ferrocarril serpentea por la costa, y á veces los railes tocan la arena de la playa ó la cresta del peñasco? ¿Qué de la mágica perspectiva de Monserrate, palacio de hadas salido de las entrañas de la tierra, y cuya rara arquitectura no es inferior, como curiosidad, á la célebre gruta de Fingal y á otros milagros de la naturaleza, que tanto encarecen los viajeros?

* * *

Y Barcelona misma. Esta ciudad es la más hermosa de España, y sin duda el día que consiga extenderse del Llobregat á Besós, podrá competir con las mejores de Europa y América. ¿En cuál otra ciudad de mi patria podía celebrarse una Exposición Universal? Seamos francos: calle Madrid; ríndase Bilbao: en ninguna. Ella es la única donde el espíritu comercial y cierto simpático cosmopolitismo hicieron posible esta solemnidad moderna. Con mucha razón lo afirma uno de nuestros más discretos escritores, mi amigo Pepe Ixart, que ha consagrado al Certamen Barcelonés muy lindos estudios. «Mientras nuestras viejas capitales de provincia—dice Ixart—están vueltas de espaldas al mundo, mirando á la corte, Barcelona se vuelve al Pirineo, y por encima de él atisba á Europa. Casi todos los progresos materiales que ésta nos trajo, entraron en España por aquí. Francia, particularmente, ejerce directo influjo en nuestra ciudad, y los barceloneses se hallan quizá en mayor contacto con ella que con el resto de la Península, gracias á sus frecuentes viajes y á su activa correspondencia, ¡Esa España, la clásica España que imaginan aún hoy algunos, ya austera y activa, hidalga y devota como el viejo castellano, ya chispeante y alegre, con su falda de colorines y la repiqueada pandereta en alto como

una *flamenca*, es casi ajena á nosotros! Cuando llega el extranjero, se asombra de encontrarse en una ciudad que recuerda todavía el último departamento francés; cuando el barcelonés se corre hacia el Mediodía, advierte que la verdadera España está fuera de su casa; á la puerta, sí, pero fuera. Sólo al pasar el Ebro comprendí lo que era realmente la nación española, y sólo al llegar á Madrid convencíme de que aquella era su verdadera capital, la vieja corte de la España de los libros. Barcelona, que dejaba á mi espalda, apareció en mi recuerdo como algo distinto, algo continental y no peninsular, con sus negras chimeneas de suburbio inglés, con sus *restaurants* y sus librerías de bulevar parisiense; con sus jarcias y velas sobre un mar de puerto italiano. ¡En este marco, sólo en éste, encuadra una Exposición cosmopolita, que parecería desentonada y sobrepuesta mancha en cualquier otro paisaje típico de nuestra nación.»

* * *

He citado este fragmento del precioso libro de Pepe Ixart, *El año pasado* (que me traje como viático durante el camino), porque él condensa perfectamente los recuerdos de la Exposición de Barcelona, que hoy acuden á mi memoria en tropel. Es muy cierto: sólo Barcelona pudo en España realizar esfuerzo tan colosal, poniéndose con él á la altura de las primeras naciones europeas: y ese mar de puerto italiano de que habla Pepe Ixart, ese mar arrullador, mar de sirenas, ha prestado á la Exposición universal española un realce de magnificencia que tiene que faltar en la francesa, por muy superior que en otros terrenos se presente.

¿Quién puede olvidar aquella grandiosa solemnidad de las escuadras extranjeras, que fué como la apoteosis del certamen aquellos soberbios navíos de todas las naciones civilizadas, envueltos, como los santos en rompimientos de gloria, en la aureola de humo de sus estruendosos cañonazos, empavesados y adornados como novia el día de sus desposorios, con millares de gallardetes y flámulas, con la tripulación posada en las vergas, á modo de bandada de aves de fantástico plumaje? El azul espléndido del firmamento, reflejado en la superficie del mar, que brillaba como empavonada placa metálica; el regocijo de la engalanada multitud que cubría la extensa línea de los muelles y se tendía y

desparramaba hasta trepar por la majestuosa falda del Monjuich; el sublime tronar del cañón, ruido cuya fuerza estética sólo comprenden los que le oyeron retumbar en días de batalla ó en horas solemnes para un pueblo; los hurras con que la marinería saludaba el pase de la Reina... todo formaba un conjunto tan grandioso y de tan teatral pompa, que la Exposición francesa, con su inmensa balumba de construcciones, pabellones y palacios; con haber renovado la leyenda oriental de la torre de Babel, no ofrecerá espectáculo semejante. El fué á un tiempo mismo coronación de Barcelona como emperatriz de la cultura moderna en España, y tributo de cordialidad y simpatía ofrecido á nuestra patria por las naciones extranjeras. El sonoro estampido de los cañones italianos, rusos, austriacos, alemanes, parecía decir á España: «Ya ha pasado para ti la época de las luchas fratricidas, del motín diario y de la convulsión estéril y perpetua. Entrás en la vía del trabajo y de la sana actividad. Animo, España; acuérdate de lo que fuiste, y prepárate á redorar los castillos, los leones y las barras de tu viejo escudo.» Yo lo confieso: en aquellos instantes (á pesar de mi invencible afición á las cosas del pasado, á la España clásica, con todo su atraso y toda su herrumbre de fiereza é ignorancia) sentí una alegría misteriosa. Nada escribí sobre el certamen español, porque, lo repito, iba como *dilettante*, como viajera perezosa, á gozar un mes de libertad y de recreo estético y ensoñador; pero hoy, que ya faltan pocas horas para la apertura de la Exposición francesa, séame lícito consagrar un *memento* á Barcelona y ufanarme con esta gloria de la patria, no suficientemente ensalzada, á mi ver, si se considera bien lo que significa.

CARTA IV

UN BIZANTINO MODERNO

Burdeos 4 de Mayo.

Aquí en Burdeos ¡claro está! no se piensa ni se vivo más que para la Exposición. De España, por ahora, es contada la gente que se ha decidido á emprender la jornada; todo el mundo lo deja, ó para los meses de riguroso verano, en que los viajes se imponen, y en que á la «vuelta» por la Exposición se asocia la excursioncita balnearia, ó para el otoño, época en que bien puede asegurarse que se encontrará París inundado de extranjeros, de los más ilustres. Pero si en España reina aún desanimación, y el convencimiento de que las Exposiciones no están nunca completas ni visibles hasta dos meses después de su inauguración oficial, en Francia los trenes van atestados de viajeros, los hoteles rebosan gente, y hasta en el mercado de caldos se notan los efectos de la apertura.

Por lo mismo que las potencias extranjeras acentúan el retraimiento, llegando al extremo de no consentir que asistan ni sus plenipotenciarios á la ceremonia oficial de la inauguración, los franceses hacen punto de honra nacional el éxito, «Sólo nosotros—dicen—somos capaces en Europa de intentar semejante empresa sin estrellarnos. Vea usted lo que resultaron las Exposiciones de Inglaterra, Alemania, Italia y Austria. Esos países, créalo usted, no están en condiciones de recibir huéspedes. Francia ha celebrado, en treinta y tres años, cuatro Exposiciones, y ya está tan avezada y ducha, que á cada una nueva que intente le saldrá mejor. Luego,

Francia tiene ideas geniales, como sólo ella puede tenerlas. ¿A que no se le ocurre á otro país la torre Eiffel? ¿Qué símbolo más adecuado del infinito anhelo del Progreso que esa catedral gótica del pensamiento contemporáneo, majestuosa aguja que asciende hacia la región de las nubes sin romper la ideal armonía de sus líneas de hierro?»

Decíame todo esto, con el énfasis propio del idioma francés, mi amigo el hispanófilo, que, aunque legitimista como buen bordelés, es muy patriota, y está que no cabe en su pellejo con la Exposición; y me hablaba así á tiempo que su criada, con aire atónito y algo receloso, dejaba sobre la mesa donde comíamos una fuente llena... ¿de qué? de garbanzos.

Se deshacía la pobre sirvienta en explicaciones y excusas. «Estos diablos de *pois chiches* pensé que nunca los vería cocidos. Yo no se las aguas que les he mudado, ni el tiempo que llevan de hervir; y así y todo están como piedras. No comprendo qué gusto le sacan los españoles à *ce vilain légume*.» Y yo me reía á socapa pensando en que mi amigo me daba como obsequio el plato nacional español. «¡Pues si precisamente—advertí—vengo de comerme media fanega de garbanzos madrileños, y estoy deseosa de cocinas exóticas! ¿Por qué no me ha dado usted *bouillabaisse* esa célebre *bouillabaisse* que aquí debe de guisarse punto menos delicadamente que en Provenza? Yo tengo el paladar cosmopolita y curioso.»

Cuando hubimos agotado la conversación, de la Exposición y de los problemas políticos que entraña, casi á un tiempo mismo, y como impulsados por ese oculto resorte que dirige nuestro pensamiento hacia el centro de nuestras aficiones, pronunciamos: «¿Y Barbey d'Aurevilly?

* * *

—¡Ah! exclamó mi amigo. Entre el ruido atronador de la Exposición, la noticia de la muerte de uno de los primeros escritores de este siglo pasará casi inadvertida. Barbey ya lo sabe usted, tenía devotos, y hasta fanáticos, pero no había conseguido la popularidad resonante de Víctor Hugo, cuyo nombre fué como el lábaro de una generación entera, y cuyas otras adquirieron carácter universal. Y, sin embargo, Barbey es infinitamente más moderno, más *actual* que

Hugo, quien después de todo, á partir del año 60 ó cosa así, ya no representa, sino una formula caduca, usada, falsa: el romanticismo. Pero ahora caigo; usted será enemiga mortal, acérrima, del extraordinario Barbey. Porque no le perdonará usted un libro entero que publicó contra las escritoras, sin exceptuar ni á las más ilustres; un libro escrito con ácido nítrico, con quina, con bilis, con vitriolo y con todos los líquidos corrosivos de la farmacopea literaria.

—Está usted equivocado, respondí. ¡Pues si precisamente yo soy gran admiradora de Barbey y conozco ese libro de los *Bas bleus* al dedillo! Es más: he sido presentada á Barbey hará cuatro años, y empecé por decirle: «Mire usted que soy un *bas bleu* como otro cualquiera; se lo advierto para que no me reciba con una benevolencia que ha negado á mis ilustres predecesores.—Señora (respondióme el extraordinario viejo), usted es católica; me han hablado de cierto libro de usted sobre San Francisco de Asís, en que hay cosas dignas de Santa Teresa y de la Eymerich, las dos mujeres para mí más divinas escribiendo; sea usted bienvenida á mi modesta casa.»

—Reconozco á Barbey, afirmó mí amigo. Es muy suyo ese modo de expresarse. Sólo han encontrado gracia ante sus ojos las escritoras de cierto carácter místico: era una de sus inveteradas manías intelectuales. Pero aunque usted haya tenido, merced á su San Francisco, la suerte de caerle bien, ¿no encuentra usted que estuvo injusto con Jorge Sand?

—Injustísimo. Digo más: estuvo indelicado, absurdo y feroz. Jorge Sand merecía todo su respeto y admiración en cuanto escritor; y en cuanto mujer, eran sus defectos de aquellos que ningún hombre que se estima y que no peca de fariseo, traslada jamás al papel que ha de imprimirse; ni, en suma, puedo aprobarse jamás que se abuse de la vida íntima y privada para dar pasto á la sátira literaria. Por ese camino torcido y escabroso, más todo le queda en los pies y en la ropa al insultador que al insultado. No somos jueces de la conducta ajena, y el mencionarla, siquiera sea de refilón, cuando lo que se discute es el mérito artístico, es, ó mezquindad de miras, ó aborrecible tartufismo.

—¡Pues apenas se alborotaría Barbey, que la daba de tan caballero antiguo y hombre de las épocas feudales, si le oyese á

usted emitir opinión tan severa sobre su proceder con Jorge Sand!

—¡Qué quiere usted, amigo mío! No siempre somos lo que nos proponemos ser, y el poder llamarse caballero no consiste en sentarse en un sitial blasonado con «dos barbos de plata sobre fondo azur.»

—Veo, dijo mi francés con desaliento y cierta pena, que no les dirá usted cosas nada benévolas á sus lectores acerca de nuestro escritor decadentista.

—Sí que les diré, repliqué con viveza. Yo soy más equitativa que el ilustre muerto, aunque este haya sido para mí hiperbólico; y no confundo las censuras del orden puramente moral con otras que, en mi entender, son las únicas que pueden dirigirse á un escritor en concepto de tal: las que se relacionan con deficiencia de aptitudes. Barbey tenía un inmenso talento; mucha gracia, hasta cuando desbarraba; era un maestro novelista, un estilista prodigioso; ha inspirado una dirección nueva y especial de las letras contemporáneas: tiene más discípulos (y mejores) que Zola y que Daudet: ya ve usted si son motivos para que yo le consagre á Barbey extensa y honorífica mención.»

En cumplimiento de mi promesa, diré que Barbey ha puesto de moda un género suyo, propiamente suyo, que Zola llama el *catolicismo histérico*) y yo definiría el *satanismo católico*. En efecto; sí á alguna herejía se inclinase Barbey—bretón creyente y aun supersticioso—sería al maniqueísmo; un concepto del mundo y de la vida que, lejos de considerar al mal como elemento negativo, le concede realidad absoluta y una intervención continuada en los sucesos del mundo y en el corazón del hombre; una religión, en suma, que adora á los númenes, el Diablo-Dios. Esta extravagante manera de pensar abre un abismo entre la filosofía de Barbey d'Aurevilly y el materialismo determinista de Zola, y constituye la verdadera originalidad de Barbey, quien ha formado escuela. Sus huellas las siguieron todos los decadentistas, ó *deliquescentes* que se reúnen en la famosa cervecería del Gato Negro; discípulo de Barbey es el gran poeta Verlaine, y discípulo y admirador furioso, el notabilísimo Péladan, autor de *La decadencia latina*.

Los libros de crítica de Barbey apasionados, virulentos, sañudos, sin valor como documento y sin gran fondo de doctrina estética, son

poco leídos, y lo serán menos cada día; pero al recontar el activo de la verdadera gloria literaria desde la segunda mitad del siglo, desde Balzac—que es indiscutiblemente la novela,—entre las novelas privilegiadas, dignas de pasar á la edad futura y permanecer como texto y modelo siempre vivo, siempre interesante, se incluirán dos ó tres de Barbey d’Aurevilly.

En este maestro el estilo tiene algo de la elegancia rebuscada con que cincelaron los artistas florentinos sus bronces inmortales. No peca de exuberancia colorista, al modo de Zola; no posee la sensibilidad y la gracia tierna y femenil de Alfonso Daudet: pero en cambio revela una vibración nerviosa, un brillo que á veces deslumbra como relámpago que despidiese acerado puñal, cuya empuñadura incrustan rubíes, corales y esmeraldas. Algunos cuentos cortos de Barbey, incluídos en *Las diabólicas*, son joyas, obras maestras, la perfección misma del género. Pongo por ejemplo *La cortina roja*, que produce una impresión tan honda y trágica, que es difícil olvidarla nunca. ¿Pues qué diré de la novela titulada *El caballero des Touches*? La maestría de la narración no puede ir más allá que en aquellas páginas palpitantes de interés dramático y profundo, al par que sombrío y real; pues Barbey, que supera á Dumas en el arte de tener al lector pendiente del desenlace de un libro, consigue este resultado sin sacrificar la verdad, sin prescindir de la observación más profunda y certera. El *sobrenaturalismo* en Barbey es comunicativo; obra sobre la imaginación con tal fuerza, que cuando refiere un milagro, una visión, un caso extraño, como el de la heroína del *Prêtre marié*, no sonrío el lector: mal de su grado, tiembla.

Barbey, en costumbres y en carácter, era tan raro y original como escribiendo. Su aspecto y modo de presentarse concordaban perfectamente con el género de sus obras. Es de advertir que ha muerto muy anciano, y que casi frisaba en los ochenta cuando tuve ocasión de conocerlo. Pues bien; á esta edad venerable, de chocheos, alifafes y catarros, Barbey conservaba el tipo, los gustos y las pretensiones de un *dandy* de la época de Brummel; es más, aspiraba á asumir en nuestra edad—cada vez menos propicia á los *dandies*—la representación de esta extinguida clase, y ser el último *dandy*.

Alardeaba de galante: al revés que Víctor Hugo—el cual había adoptado la actitud de un Anciano de los tiempos,—hacía le poquísima gracia que se le tratase de abuelo y de patriarca: llevaba el bigote reteñido, el pelo ídem y en trova como en los albores del romanticismo, el pantalón de jareta y franja á guisa de lechuguino el año 1830, la chorrera de encaje, la corbata atada al descuido, el guante claro y á veces el junquillito de pomo de oro. Sus aficiones católico-monárquicas se revolaban hasta en el barrio que eligiera para residir: el de San Germán, cuyas duquesas elegantes y altivas había descrito con rasgos imborrables en sus novelas y cuentos. Allí vivía solitario, animoso, gozando de perfecta salud y con sus facultades intelectuales incólumes hasta la última hora; trabajando como un benedictino y sin soltar la pluma, que mojaba por turno en tres tinteros, donde había tinta roja en uno, azul en otro, en otro negra, ¡Curioso simbolismo de aquel estilo, ya lúgubre y trágico, ya aristocrático y desdeñoso, ya erótico hasta el delirio!

Si Barbey resucitara, no diría que este *has bleu* intenta vengar en su persona agravios colectivos. ¡Paz á la memoria del escritor excelso, y un recuerdo al viejecito singular, cuyos libros tienen la misma vitalidad que su autor poseía!...

Mañana saldré de Burdeos hacia París, á fin de presenciar la ceremonia de la apertura. Sólo de oír nombrar tanta galería de hierro, tanta maquinaria, tanta electricidad, tanto ascensor vertical y oblicuo, tanta, palanca y tanto endiablado invento como ostenta el Campo de Marte, parece que me entra jaqueca. ¿Qué será cuando los vea funcionar? Me refugiare en los jardines, en los cuadros, en las estatuas, en el eterno asilo de las almas ensoñadoras: la Naturaleza y el Arte. No quiero morir aplastada por el coloso de hierro de la Industria,

CARTA V

PARIS NECESITA REY.—TRIUNFO DEL PUEBLO

París, Mayo 7.

Después de haber dormido de un tirón catorce horas y consagrado pocas menos al tocador y al descanse, empiezo á reponerme de la fatiga física y moral que la apertura de la Exposición causaría, no á mí, pero á la persona de más resistencia. No he querido perder ripio de la fiesta oficial, de las iluminaciones, del incomparable espectáculo ofrecido, no solamente á una vasta capital, pero al mundo entero; empeñéme en agotar las distracciones del 5 y 6 de Mayo, y hé aquí por qué el 7 estoy—ó estaba, pues ya me siento algo mejor—molida como cibera.

Para empezar por el principio, digo que llegué á París en la madrugada del 4, en un tren atestado de gente; imagino que la llevaba hasta dentro de los furgones. En Francia, por lo regular, los viajeros de primera clase disfrutan de bastante desahogo, pues el francés, más tacaño que el español, suele contentarse con billete de segunda; pero de esta vez, primera, segunda, tercera, y repito que hasta los vagones de mercancías, iban relleniéndose, mientras en cada estación algo importante nos agregaban coches y más coches. Nuestro tren se asemejaba á inmensa serpiente boa que poco á poco se desenroscase y creciese. «Fortuna—pensaba yo—que estamos en tierra francesa. Allá en mi querida é incorregible patria, esto se habría convertido ya en *tren botijo* ¡y en lugar de los ocho asientos de cada departamento, iríamos aquí trece ó catorce

personas hacinadas, molestándonos, y por consiguiente aborreciéndonos de todo corazón.»

En los *buffets* de las estaciones ya se dejaba sentir la carestía de los momentos críticos. El café *completo* que solía costar, á lo sumo, franco y medio, lo pagamos casi doble. ¿Qué tendrá que ver—discurría yo—la Exposición de París con la leche de las vacas de Tours? Problemas de crematística.

Al avistar desde la ventanilla del vagón el hormiguero de los faroles de París, próximos ya á palidecer á los primeros destellos de la claridad matutina, busqué instintivamente—y bien segura de la inutilidad de mi búsqueda—los rayos que despiden los proyectores del faro Eiffel, radiante pupila de luz abierta sobre la gran Lutecia. Pero el cíclope dormía aún: y sólo velaba la nebulosa del alumbrado, titilando como cansada de su larga vigilia.

* * *

Mi primer sorpresa al salir del hotel, después de ese tocado afanoso y rápido propio de la mañana del desembarque, cuando hierve la sangre en impaciencia y en alborozo, fué notar el aspecto mas que nunca coquetón, limpio, refulgente, de las tiendas y de las calles, ya extraordinariamente animadas é hirviendo en una multitud cosmopolita. Siempre he tenido á París en concepto de la ciudad más pulcra del orbe, sin exceptuar á Florencia; en París se lavan diariamente las fachadas de las casas y las maderas de las ventanas, se enceran los pisos, se barren primorosamente las calles, se exige á los dependientes de tienda, sirvientes y hasta obreros un aseo personal de que prescinde mucha gente rica española; pero actualmente, con motivo de la Exposición, París ha echado el resto: no se ve una mota de polvo; la pintura despide el fresco brillo del barniz; los bronces relucen; los cristales se clarean, diáfanos como el aire mismo; los escaparates son un canastillo de flores, y hasta las flores, en que parece no cabe aliño, escogidas por manos hábiles, agrupadas artísticamente, ceñidas con lazos de cinta pomposa, levemente salpicadas de gotitas de agua, tiene la nitidez virginal de flores de cerámica. Un haz de *muguet* lirio del valle ó con *valaria* (que todos estos nombres recibe tan encantadora flor), me entretuvo un rato, dudando si sería natural ó de porcelana de Sajonia.

Los amigos franceses á quienes he saludado en este primer día de París, están—salta á los ojos—enajenados de júbilo y orgullo por la solemnidad de mañana. «La Exposición vence, la Exposición resulta,» afirman hasta los monárquicos. «Comprendemos que la fecha de apertura ha sido un desacierto; nos explicamos la actitud de las potencias; y sin embargo, nos embarga justa satisfacción, porque el extranjero, que pudo vencernos en el terreno de la fuerza, no logrará nunca arrebatarnos las cualidades en que nuestra verdadera superioridad se funda: el ingenio, la habilidad, el dón de gentes, la facultad de atraer, cuando nos place, á Europa entera,» Hay parisienses que se desahogan burlándose de la apertura de otra Exposición flamante: la Exposicioncilla berlinesa de aparatos de salvamento, inaugurada por el Emperador en persona, con gran prosepopeya, y comparada por los periódicos alemanes á la parisiense. Seamos justos: yo no acostumbro inclinarme del lado de Francia; pero es un tantico desairado para los alemanes ese de abrir ahora una Exposición de poco pelo y atribuirle importancia á la apertura. No concibo competir sin aplastar.

Hoy por hoy, París no sueña sino en el éxito del Certamen, que halaga á todo francés como si de cosa propia se tratara. Los monárquicos, si al principio torcieron el gesto á una fiesta que conmemora los albores de la Revolución y la declaración de los derechos del hombre, se esponjan al ver que el desquite nacional adquiere forma de concurso pacífico de la industria. Los *panaderistas*, si claman y vociferan contra la expatriación de su jefe y la causa que se le sigue, no se atreven tampoco á desafinar en el concierto; y el resto de Francia—el negociante, el artesano, el industrial, el hostelero, gente que á todas luces hará su agosto con la Exposición—encuentra, como el doctor Pangloss, que todo esta lo mejor posible del mundo en el mejor de los mundos posibles.

He notado un fenómeno curioso en estos días solemnes. En medio de los festejos consagrados á la idea republicana, que apareció en Francia ahora hace cien años, tronando por boca de Mirabeau, Desmoulins y Vergniaud ; en medio de una ruidosa glorificación de la soberanía nacional, la democracia universal y la igualdad niveladora; en medio de la nueva fiesta floralia de la diosa Razón y de la maga Industria; al punto en que los embajadores de

las testas coronadas cierran la maleta y huyen, por no sancionar con su presencia el recuerdo del período revolucionario... os cuando involuntariamente, sin que ellos mismos lo noten, los franceses rinden tributo á la idea monárquica, que llevan infiltrada en la masa de la sangre los pueblos más ó menos propiamente llamados latinos. Ello es indudable: la Monarquía, casi anulada políticamente por el sistema constitucional, es una forma de Gobierno insustituible desde el punto de vista decorativo y externo; la piden los sentidos. El año pasado, en la Exposición de Barcelona, me lo hizo notar cierto amigo mío, por señas acérrimo republicano. «¿Ha visto usted —me decía— cosa más ornamental ni que más juego dé que un Monarca? Aquí lo que la gente manifiesta mayor afán de ver, es la Reina, el Rey chiquitín y las Infantas. ¿A qué hora comenzará tal función, tal diversión? Cuando llegue la Reina. ¿Para quién es aquel palco engalanado, florido, con colgaduras de terciopelo? Para la Reina. ¿Qué se prepara en el Círculo tal ó cual? El *lunch* que ha de servirse á la Reina. El centro de todo, el complemento, el pretexto de todo... la Reina. Mientras no se presenta ella y se oye la marcha real, los espectadores no están á gusto; no se atreven ni á solazarse. ¿Cree usted que es porque seamos rabiosamente entusiastas de esa señora? ¡Quiá! La apreciamos, es cierto, y la acogemos con respeto y simpatía, pero no deliramos de monarquismo, bien lo sabe Dios; y no obstante, si faltase ese rematito, esa especie de garzota ó plumero de la Exposición—las personas reales y la corte—la fiesta sería una fiesta acéfala; perdería la mitad de su interés.»

* * *

Mucho he recordado talos aseveraciones en las solemnidades de estos días, reparando cómo Francia, á defecto de Reyes, á falta del gallardo y joven Emperador germánico y de la sana y simpática Emperatriz, ha tratado de forjar un simulacro de monarquía, encarnándolo en la persona del matrimonio Carnot. Porque uno de los rasgos más salientes del carácter decorativo de la Monarquía en esta clase de fiestas, consiste en la presencia de la mujer, y, si es posible, de la familia. El Presidente de República es casi una abstracción: no despierta entusiasmo, porque en él no vemos sino la forma viviente de la ley, la ley literal, árida é inflexible.

El Rey, para conquistar nuestras simpatías—siquiera irreflexivas y momentáneas—va escudado por el santuario de los afectos, por el símbolo de la gracia y del amor: la esposa y los hijitos. Si la Reina no logra captarse la voluntad del pueblo, ¡ay del Rey! Al triste Luis XVI le perdió la odiosidad contra la austríaca, y un punto de vanidad femenil, la célebre causa del collar, no ayudó poco al desprestigio de la Monarquía y al ascenso de la marea revolucionaria. Por donde se ve que la exhibición de la familia en los países monárquicos es un arma de doble filo, que así como puede conciliar los corazones, puede encender en ellos fuego de desprecio y de odio. Pero generalmente; al pasar la carroza donde sonríen unas tiernas criaturitas, el pueblo—que tiene un fondo de bondad inagotable—se enternece y aclama, sin sospechar cuánto revela de generosos sentimientos el acto de aclamar una institución porque la representa un angelote blanco y colorado, y porque al vitorearla se vitorea al *Sancta Sanctorum* del corazón humano...la dulce familia.

* * *

Cuando yo visitaba la fábrica de tabacos de Marineda, á fin de tomar apuntes para mi novela *La Tribuna*, al principio las pobres obreras me miraban sin apatía, pero con cierta respetuosa frialdad, hasta que se me ocurrió una tarde llevar conmigo á mis niñas. Apenas se presentaron los dos bebés—que esto eran entonces;—la mayor, morenita, con sus rizos de azabache; la segunda, rosada y envuelta en la aureola de su linda guedeja entrerubia, un delirio se apoderó de las cigarreras. Por supuesto, se hubieran comido á besos á las chiquillas, y al mismo tiempo recelaban tocarlas, como si fuesen alguna sagrada imagen. Cada cual quería regalarles alguna cosa, y allí aparecieron, por encanto, toscos juguetes, naranjas y otras fruslerías. Era un coro de exclamaciones y bendiciones, un concierto de sonrisas y alabanzas. Si esto ocurre con los niños de un particular, ¿qué sucederá con los de un Rey? ¡Ah! Los herederos del trono no necesitan guardia; bien pueden ir solos entre las multitudes. A tiempo que desfilaba el pueblo furioso por los salones de las Tullerías y quería precipitarse como un torrente dentro de la alcoba regia, María Antonieta tuvo una idea luminosa: abrió la puerta y señaló á su hijo acostado. «El Delfín duerme,» dijo á los feroces *sansculottes* y á las futuras calceteras de la guillotina. Y la

turba, repentinamente domada, cruzó sin meter ruido, por no despertar al Delfin.

* * *

¡Qué lejos ando de la inauguración! Todo lo anterior venía á cuento de que Francia, en interés de su certamen, otorga mayor atención que de costumbre á los dichos y hechos del Presidente, y le forma una especie de aureola, y hasta ha descubierto la existencia de madama Carnot, señora hasta hoy oscurecida, y que estos días jugó á la Reina con bastante distinción y aplomo. Uno de los *clavos* de las fiestas actuales fué el traje lucido por la Presidenta en la ceremonia oficial. El tal traje merece especial mención, porque era algo más que unos metros de tela bien plegados: era un símbolo.

La moda, que después de recorrer un ciclo secular vuelve hoy al punto de partida é impone los atavíos de la época María Antonieta y Directorio, ha permitido á la Presidenta de la República francesa adoptar una *toilette* emblemática y significativa, luciendo, con las hechuras del año III ó IV de la República una é indivisible, los matices de la escarapela tricolor. El fondo del precioso traje es seda *azul viejo* (tono azul algo apagado, pero limpio). El blanco lo señalan guarniciones de riquísimo encaje de Alençon, aplicadas sobre las solapas *rojo viejo*, ó rojo pálido. El arte soberano del modisto Félix ha conseguido combinar tres tonos á primera vista rabiosos y charros—blanco, encarnado y azul—de tal manera, que su conjunto es suave y armónico, y no riñe con la edad y la figura de la esposa de Carnot, señora que habrá sido guapa, pero está algo pasada. El sombrerillo, donde los encajes velan discretamente el fondo rojo, tiene una forma de las que ahora, por fortuna, empiezan á prevalecer: modesta, sencilla y gallarda. A la distancia en que he visto á madama Carnot, no pude apreciar si, en efecto, su aderezo era de turquesas, coral rosa y perlas blancas, como me aseguraron. Lo que sí temo es que la combinación tricolor dé en llevarse mucho este año, y que cuando no la realice Felix, sea un banderín.

La Presidenta debe su éxito al acierto con que eligió sus galas semi-regias y á la afabilidad de sus saludos: el Presidente, al pistoletazo de Perrin. No es que nadie haya tomado el pistoletazo por lo serio, pues los opositoristas no se recatan para decir que el

atentado dichoso es mero reclamo, y que no tenía carga el cartucho. De todos modos, la serenidad de Carnot ha producido buen efecto, y el tiro del desgraciado náufrago del *Venezuela* realza más la función que el estampido de los cañonazos y el retumbo de las bombas y cohetes.

Perrin se declara agriado y desesperado por adversidades ó infortunios de los cuales echa la culpa á la sociedad, al Gobierno, á todos, en suma. Quéjase de haber estado en Gayena un día entero expuesto á un sol de justicia, en compañía de sus tres hijos y de su mujer, que criaba al más pequeño. ¡Cruel situación ciertamente! Pero á quien hizo el caldo gordo su exaltación es á las Agencias telegráficas y al Certamen nacional, anunciados y encomiados una voz más con motivo del supuesto peligro que corrió la vida del Presidente.

Excuso decir que trabajo me costó descubrir un sitio de preferencia para presenciar la ceremonia. Sabidos son los aprietos que cuesta, en cases tales, colocarse bien y sortear el oleaje de la multitud. Yo, que tengo miedo á muy pocas cosas, temo más que al fuego á los empellones; me repugna, no ya que me estrujen, sino sólo el contacto forzoso de otras personas, por ejemplo, en una diligencia ó en un ascensor, y hago milagros de habilidad y sangre fría para colarme donde quiero sin tener que incrustarme entre un mosaico de brazos y piernas ajenas, Salí, pues, resuelta á sortear peligros que, con ser menores que en mi patria—porque aquí se conserva más el orden y está mejor montado el servicio de policía—siempre juzgo formidables.

Un poco antes de las doce, París presenta un aspecto deslumbrador.

Cientos de miles de personas inundan las calles; todo el mundo emperejilado, ebrio de alegría ó con esa excitación de la curiosidad que entona las fibras del espíritu y le abre horizontes amplios y risueños. Los edificios también se han vestido de gala: han salido á relucir las guirnaldas y festones de papel de oro y plata, las flámulas y gallardetes de colorines, los famosos *lampions* el aparato estruendoso de los días de fiesta nacional, sólo que más brillante, con más lucimiento, porque el case lo requiere. Haces de banderas de gayos tonos disputan su azul al cielo, despejado ya después de

algunos conatos de lluvia, y en la Avenida de la Opera, una ramilletera ofrece ramitos de rosas y claveles rojos atados con cintas azules y blancas. Le compro uno y me lo prendo en el pecho: ésta no es ocasión de tener opiniones políticas, y para gozar de la fiesta hay que ponerse á compás del sentimiento que anima á esta multitud, que se vuelve enloquecida de entusiasmo hacia la plaza de la Concordia, hecha un bosque de banderas palpitantes al bese de la brisa, y hacia el gigante Eiffel, que toman por guía, cual la columna de fuego las tribus de Israel. Me agrada, antes de buscar un coche que me lleve al Campo de Marte, empaparme en la alegría popular, y en la burguesa también, pues hoy el burgués parisiense, de ordinario atareado y poco expansivo, derrama la satisfacción á chorros. Están persuadidos de que Francia tiene de huésped al mundo entero, y cada parisiense se cree colaborador en la obra colosal de la Exposición, lo mismo que si del hierro de su sangre hubiese algunas partículas en la famosa torre.

—Ya verán (entiéndase los extranjeros), si aquí se trabaja ó no, dice un barbudo pálido á su vecino, patilludo y rechoncho.

—Exito completo! responde éste, porque hasta está hermoso el tiempo, y las iluminaciones y los fuegos artificiales saldrán que ni de encargo. El Dios de las buenas gentes se ha puesto de nuestra parto. Que rabien los monárquicos; que se fastidien.

—¿Qué dirá Wilhem mientras despacha su bock de cerveza?

—¿Y Boul entre las nieblas del Támesis?

—La jeta (*gueule*) que sería gracioso ver, es la de Crispi en su serrallo.

—Los diplomáticos han tomado las de Villadiego. ¿No sabías?

—¡Bah! Cuando el gato se ausenta, los ratones bailan.

Así comenta el pueblo parisiense su triunfo; y así, en este mismo tono de *blague* de grosera chungu, realizó hace un siglo la metamorfosis social más completa y más profunda que ha sufrido.

CARTA VI

LA INAUGURACIÓN

París, Mayo 10.

Al penetrar por primera vez en el recinto de la Exposición, me sorprende su grandeza. No hablo de la torre Eiffel; no quiero tocar ni desflorar el asunto: dentro de algún tiempo, cuando ya los periódicos no traten de ella, recogeré mis impresiones en un haz, y consagrare algunos párrafos al coloso, novena maravilla del mundo. Ahora sólo pretendo manifestar el efecto que me produjo la dilatada planicie cuajada de edificios, parques, bosquetes, fuentes monumentales y blancas estatuas. Al pronto los ojos y el alma se rinden al vértigo de tanta sensación visual y de tanta magnificencia. Bajo un sol resplandeciente; alfombrado el suelo de una multitud vestida de abigarrados colores, que ondula y culebrea y se agrupa y se desparrama, perdiéndose en las enarenadas calles ó sumiéndose bajo los marmóreos vestíbulos y en las encristaladas galerías; con el brillo de los dorados, la variedad infinita de los exóticos trajes, la blancura de la piedra nueva, el verdor de los arbustos y plantas traídas de lejanos climas, las formas caprichosas de las construcciones propias de cada país, desde la cónica morada persa hasta la choza lacustre: aturdiendo los oídos el rumor de la muchedumbre, tan parecido al del mar irritado, y los sonoros ecos de las músicas... al pronto, nadie me lo negará, hay que sentirse abrumado y reducido al estado atómico, sobre todo considerando

que en nada hemos contribuído á este esfuerzo gigantesco de la industria moderna.

La obra no está completa aún. La Exposición parece una vivienda suntuosa, incomparable, donde no se terminó la colocación de los muebles y andan esparcidos por los suelos paja, virutas y papeles de envoltorio. Al dejar las crujías y salir á los jardines, lo primero que atrae mis miradas es la fuente monumental, hermosa muestra del género estatuario moderno, más vibrante y alado que el clásico, pero también menos robusto y noble. Si la fuente tuviese ya esos tonos de ágata y esas agradables tintas verdosas que presta á la piedra el curse del tiempo, me gustaría más, como va gustándome el famoso y discutido grupo de la Danza en la fachada de la Grande Opera, obra maestra de Carpeaux, la cual indudablemente ha servido de modelo á esta fuente tan graciosa. A su margen recreándome en la limpidez de sus aguas, siento una impresión de calma y repose antes desconocido. De buen grado me quedaría aquí, sino fuese á empezarla ceremonia.

Llego á la torre cuando las salvas anuncian la entrada de Carnot. El Presidente viene del Elíseo, en carretela á la gran *Daumont*, y escoltado por un pelotón de coraceros. Penetra en la Exposición por el puente de Jena, y pasa bajo el arco gigantesco de la torre Eiffel. A poco rato cruza ante mí el primer Magistrado de la nación francesa, frío, derecho, impassible, correctísimo, embutido en el frac que con razón llaman de hojalata negra: ¡tan recto cae y tan imposible parece que en su tersa superficie se marque una leve arruga! Suenan algunos vivas, pero pálidos, desperdigados, vergonzantes, contagiados, por decirlo así, con la frialdad del personaje que los arranca. De repente las charangas y las bandas de música rompen con brioso y dramático empuje á entonar la Marsellesa...

* * *

Así que los compases de fuego del magnífico himno vuelan por los aires, con aquella palpitación de reprimidos sollozos y de indignación patriótica que en ellos late, el hielo se funde, la multitud se agita, los corazones saltan alborotados y las aclamaciones brotan primero enérgicas, nutridas, ardientes, por último, roncas y feroces como el aullido de las turbas en día de revuelta ó en vísperas de combate. ¿Qué misterioso dinamismo ha puesto el genio del

hombre en unas cuantas notas, en el rudimento de una melodía, para que, profanadas por todos los organillos callejeros, arrastradas por el escenario de los cafés cantantes, manchadas del lodo en los días de tumulto, encharcadas en sangre al pie de la guillotina, conserven su celeste virginidad y se levanten puras, incólumes, electrificadoras, en los momentos supremos de la vida del pueblo que las creó?

No me ha sido posible oír el discurso del Presidente. Ya he dicho que aborrezco los empellones y codazos, y por una arenga de Cicerón no me expondría á aguantar el más ligero. Pero he visto—al través de dos puertas vidrieras y á unos sesenta metros de distancia—la mímica de la oratoria presidencial. Carnot acciona bien, sin pasión, con la reserva elegante que caracteriza sus modales y su fisonomía. Así, de lejos, parecía un maniquí articulado, severo y distinguido, pero montado en alambre.

No pudiendo acercarme más, me voy hacia la Galería de las Máquinas. Dicen todos de ella que es una obra prodigiosa, honra de la Exposición, y que como osadía, grandiosidad y amplitud de concepción, supera todo lo conocido hasta el día. Además se encuentra ya completamente instalada, en orden perfecto; las máquinas andan, respiran, giran, funcionan; estos monstruos de hierro y acero viven con una vida fantástica, y parece que me dicen con su chirrido y su estridor: «¡Oh empedernida amante del pasado, oh admiradora infatigable de las catedrales viejas y de los edificios muertos! Descríbenos, que también nosotros merecemos que nos atiendas. Sé poeta para nosotros, como lo has sido para las góticas torres del siglo XIII. Mira que aunque parecemos unos pedazos de bruto metal, en realidad representamos la inteligencia: quien nos mueve es el alma del hombre. Aunque tú no lo creas, soñadora idealista, en nosotros hay un poema: semos estrofas, somos canto.» Yo las miro sonriendo, y salgo cuanto antes de allí, por temor é una jaqueca de las de primera clase, que me impediría escribir hoy estas notas.

Al retroceder hacia los jardines, me hallo con que no me dejan salir. Recorro veinte puertas; no hay escape; me encuentro—en compañía de otros quinientos incautos—encerrada en la sección austro-húngara, con un calor sofocante, una sed rabiosa y un

principio de cansancio mortal. De pronto se oyen rumores halagüeños y respetuosos, y se adelanta madama Carnot, vestida con el precioso atavío que antes describí, prodigando saludos y afables sonrisas. Recojo una al pasar, y devuelvo en cambio una inclinación de las que creo impone la cortesía cuando nos encontramos en nuestro camino á las instituciones de un pueblo, ora las respetemos y admiremos, ora las juzguemos con mayor ó menor severidad.

Luego, aplicando un sistema que rara voz ha dejado de darme resultados felices, me incorporo con disimulo al séquito de la reina democrática, y así consigo salir de aquel chicharrero y beber á mis anchas el aire libre de los jardines. Logro por fin un apetecido bock de cerveza, y no bastándome, pido una limonada. Tengo una especie de fiebre rara, que podría llamar «la calentura de las multitudes.» Porque andan por aquí más de doscientas cincuenta mil personas, y su continuo ir y venir, el vocerío de sus diálogos, forma una sinfonía que embriaga y roba toda tranquilidad. Dan ganas de repetir los versos de Fedra:

«Dieux! que ne suis je-assise à l'ombre des forêts:

A estas horas sería un extraño contraste visitar el arrabal de San Germán, por ejemplo. ¡Qué soledad reinará en aquellas calles! ¡Qué tristeza respirarán los altos portones, las ventanas herméticamente cerradas, los escasos transeúntes que crucen el bulevar San Miguel ó las vías colindantes, en busca del silencioso hogar ó de la muda iglesia! Este pensamiento me llena de nostalgia, y determino, en un santiamén, marcharme á París, dirigirme á la plaza de la Bolsa y hacer una cosa que hoy no se le ocurrirá, tal vez, á ningún viajero: entrar en la iglesia de mi amada Virgen de las Victorias—que ha permitido que venciésemos á los franceses,—y rezarle una Salve.

Con gran sorpresa mía, el templo no está desierto. La Madona parisiense, con su monumental diadema de emperatriz, su niño también coronado en brazos, sonrío amorosamente á los fieles, que en bastante número, y dominando el sexo femenino, se agrupan al pie del altar resplandeciente de luces. Escúchase un contenido murmullo de oraciones: un viejo, de blancos bigotes y perilla, tez rojiza y sanguínea, cabeza evidentemente militar, reza apoyando la barba en ambas manos y fijando sus ojos en los de la imagen como

si la preguntase alguna cosa. De repente se incorpora, y en el ruido seco con que hiere el pavimento su bota izquierda, conozco que tiene una pierna de palo. Y antes de retirarse del templo, el inválido murmura por última vez: *Sainte Vierge, priez pour la France!*

No sería yo quien perdiese las iluminaciones y el fuego de artificio. Yo en vano soy nacida en Galicia, el país de los cohetes y las luminarias, la tierra en que hace sol de noche. París me brinda uno de mis espectáculos favoritos.

Mágico es el aspecto que ofrece la ciudad tan pronto como declina el sol de esta memorable jornada. Nunca se ha visto lujo de iluminación parecido. Es una bacanal de luces; lo que se llama un incendio, remedo pacífico de la sanguinaria fiesta en que Nerón quise ver abrasarse por los cuatro costados á Roma. A lo largo de las fachadas, señalando las ventanas, puertas, molduras y cornisas hasta los piso más altos, las líneas de luz nacen y se destacan poco á poco, hasta que de repente queda toda la orilla derecha de París adornada con estrellas y girándolas de diamantes. Los puentes tienen cada cual una iluminación distinta. El de las Artes luce lamparillas verdes, amarillas y rojas; de trecho en trecho, un mástil sostiene un blanco tulipán transparente. EL Puente Real, lamparillas blancas. El de Arcole alterna globos de fuego y oro; los colores de mi patria. El de la Concordia está alumbrado por pirámides de luz. Por el fondo de París cruzan innumerables retretas con farolas. El Arco de Triunfo dibuja sobre la oscuridad nocturna un círculo de fuego.

Mas lo soberbio el el espectáculo no se comprende hasta verlo de lo alto del Trocadero, Es de advertir que desde allí, París, con sólo su iluminación normal, ya es asombroso, ya obliga á detenerse, como lo hice yo más de una vez al volver de casa de mis amigos Alberto Savine y su esposa. ¿Qué será en esta noche encantada, con el palacio hecho un ascua de fuego, los jardines listados de luz y la torre Eiffel inflamada toda, ciñendo una corona de lumbre en cada piso, la fuente monumental, alumbrada por cuatro poderosos focos de luz eléctrica, y el surtidor que salta de su seno convertido

en cascada de líquida lumbre, y cayendo con el misterioso rielar de las olas cuando las baña el argentino reflejo de la luna? El faro de la torre Eiffel refulge como un gigantesco sol, dominando el brillo de las demás iluminaciones, comiéndose la luz de tanta farola, de tanto *lampion* y de tanta incandescencia eléctrica.

* * *

Del Trocadero me voy al muelle, á ver si consigo echar la vista encima á la fiesta náutica. sobre el oscuro Sena se deslizan en todas direcciones centenares de barcas iluminadas y empavesadas, salpicadas de farolillos venecianos y lamparillitas de colorines, ó adornadas sólo con un grupo de luces colocado en la proa, como las joyas que las mujeres se prenden en el seno para ir al baile. Estas embarcaciones, que no consienten que cuando todo refulge y brilla, el Sena permanezca sombrío y mudo, son las que diariamente lo surcan: barquitos pescadores, vapores-moscas ó golondrinas, yates, lanchas vapores, falúas, queches: raro es el que no lleva á su bordo músicas, ó al menos una improvisada masa coral, que entona la Marsellesa, las canciones de Beranger, y á veces también los estribillos de las óperas ó los cantos provincianos de Bretaña y Languedoc. En los muelles, la muchedumbre baila al son de las tocatas que suben del fondo del río. La torre Eiffel envía con sobrehumana fuerza rayos inmensos de eléctrica luz, y de repente el Sena sale de las tinieblas, se convierte en un raudal de plata verdosa y derretida, y las barcas, sobre su superficie, semejan pájaros que vuelan al ras del agua. La armazón del coloso, que aun no se había visto, se destaca y perfila repentinamente sobre el fondo de la deslumbradora claridad: á esa distancia es un encaje finísimo de hierro, más calado que ningún rosetón ojival, de una gracia y de una delicadeza aérea. Cuando la luz le pone candente, al parecer, y se le ve inflamarse, un grito de admiración brota de todas las gargantas: es realmente una maravilla la torre. Su densa y dura materia, bañada por la material hermosura de la luz eléctrica, se espiritualiza, y ese gigante de la industria semeja el ensueño de un poeta, ensueño babilónico y primitivo.

* * *

sobre el firmamento, donde centellean con serenidad las pálidas constelaciones, eclipsadas hoy por la industria humana, surgen de

improvisé millares de cohetes tricolores. Una lluvia de lágrimas azules, rojas y blancas cae del cielo á la tierra como enorme canastillo de claveles y *no me olvides*, volcado por los serafines sobre la cabeza de los hijos de los hombres.

Al verlas y al oír el clamoreo de la ebria multitud, acudieron á mi memoria los rezos del inválido, ó al mismo tiempo las palabras que oí á un discípulo de Maistre, enemigo, por consiguiente, de la Revolución, y de la Exposición también: «París danzará sobre la fosa de su gloria y sobre el calabozo en que tiene encerrada la Cruz. Este centenario es la apoteosis del ateísmo, la sanción de cuantas iniquidades lleva cometidas el siglo XIX.

—¿Será verdad—medité mientras el azul oscurísimo del cielo se despejaba al esplendor de los fuegos artificiales;—será verdad que el Dios amoroso que nos ha creado y nos ha impuesto la ley del trabajo, puede mirar con malos ojos el esfuerzo titánico del hombre para cumplir esta santa ley?

Con tales pensamientos y dudas, y por el exceso riel cansancio, me sentí incapaz de dormir á mi vuelta al hotel. Tomé un libro, el que más pronto encontré en mi maleta, y por casualidad era el precioso volumen de los hermanos Goncourt, *Historia de la sociedad francesa durante la Revolución*, edición ilustrada. Su cubierta tricolor trajo una vez; más á mi espíritu vivas reminiscencias de la solemnidad que acababa de presenciar; y al abrirlo por la página que contiene el rico grabado de la toma de la Bastilla, leí este párrafo:

«Después de la toma de la Bastilla, una libra de sus piedras se vende tan cara como la mejor libra de carne... Palloy es el sumo mercader de piedras de la fortaleza: organiza el tráfico en gran escala, y envía por el mundo adelante, para despachar este linaje de reliquias, comisionistas que son misioneros. Tiene secretarios, agentes, embajadores, y forma compañías de mozos, que distribuye por toda Francia, y que van con los bolsillos atestados de materiales de demolición y la boca llena de ensayados discursos. A todas las capitales de provincia remite el modelo de la Bastilla, ejecutado con piedras de la Bastilla también... Con sus cadenas acuña medallas patrióticas, destinadas «á reposar sobre el seno de hombres libres...»

Hoy, en vez de modelitos de la Bastilla, se venden con profusión los de la torre Eiffel. ¡Notable contraste el de ambos monumentos! Comparándolos se podría escribir filosóficamente la historia de los últimos cien años.

CARTA VII

LOS GONCOURT

París, Mayo 21

Me he propuesto no dar á estas cartas el trillado carácter de crónicas ó reseñas de la Exposición, y alternar las descripciones del gran Certamen internacional con impresiones más íntimas, aunque de general interés, por referirse á cosas ó personas que siempre y con justo derecho han ocupado la atención publica. En consecuencia, hoy descansaré de haber descrito la ruidosa fiesta inaugural, hablando de uno de los personajes más típicos en la literatura francesa actual, más influyentes en el movimiento estético de la segunda mitad del siglo XIX.

Aunque voy á tratar de Edmundo de Goncourt, no se olvide que esto insigne novelista ó historiador no está nunca solo en mi pensamiento, ni en el de ninguno de sus admiradores fervientes, que ya son muchos y aumentan cada día. El nombre de Edmundo de Goncourt es inseparable del de su hermano Julio, con quien vivió perpetuamente unido en estrecha colaboración literaria y entrañable ternura, hasta que la muerte vino á desatar este lazo, rompiendo á la vez el corazón del hermano que dejó en el mundo, al llevarse al otro hacia «la costa inexplorada de donde nunca regresó el viajero.» En Francia se dice *les Goncourt* como se podría decir Castor y Polux, Orestes y Píldes, los inseparables de la amistad, del arte y de la historia, en fin. Escritores por vocación ambos hermanos; dotados de una sensibilidad hasta dolorosa para sentir el aguijón de

la crítica; con una epidermis más fina que cáscara de cebolla para advertir el menor rozamiento en su amor propio artístico, no asomó nunca entre ellos ni leve indicio de emulación: colaboraban lo mismo que se respira sin distinguir la parte alícuota de cada uno, porque no sólo escribían con la misma pluma, sino que pensaban con la misma alma. Su gemelismo era perfecto.

* * *

Los Goncourt nacieron de noble familia, de glorioso abolengo militar, ilustrado en las guerras del Imperio. Esta ascendencia se patentiza, se ve señalada en las facciones del mayor y en el retrato del menor. A la edad que hoy cuenta, y que presto frisará en los sesenta años, Edmundo tiene el aspecto de un veterano de la era napoleónica, y es preciso mirarle muy de cerca para advertir en su semblante y en sus ojos huellas de la pacífica, pero devoradora ó intensa vida literaria. Si ahora cierro los ojos, me parece divisarle sentado ante mi mesita del hotel, lo mismo que estaba ante la de su original despacho, diciéndome con perspicaz y bondadosa sonrisa: *Je pose pour vous: faites done mon portrait.* Y veo su gesticulación y podría dibujarle—con la fuerza óptica que poseemos los miopes—sin olvidar ápice de su hermosa fisonomía. Edmundo de Goncourt es alto y de buenas carnes, aunque no excesivamente grueso: tiene la cabeza de más que mediano tamaño, sin desproporción, y su apostura es noble y distinguida, aun para los que le vemos por su casa en zapatillas y chaquetón holgado. Gasta el bigote blanco, retorcido y marcial, y la perilla guerrera. Su cabello, largo como el de casi todos los escritores franceses, es también cano, con reflejos de plata, sedosa y brillante. Sus ojos negros revelan en el mirar extraordinaria energía, al par que los cruzan ráfagas de timidez, y sus pupilas están casi siempre dilatadas, como si hubiese absorbido belladona. Dilátanse también con frecuencia las movibles alas de su fina nariz, bien diseñada y palpitante al soplo de la idea y al aura del pensamiento. Sus cejas, altas hacia el entrecejo, descienden rápidamente en las sienas, lo cual presta á su cara un sello natural de melancolía. Su barbilla es pronunciada y con meseta. Su cabeza, ancha en la parte frontal, es plana en el cogote, allí donde, en opinión de los frenólogos, se revelan los instintos materiales y las imposiciones del temperamento. La frente es lobulosa,

enérgicamente levantada sobre las cejas, aunque deprimida en la sien; las dos protuberancias que la acentúan parecen concreción visible de la memoria y de las dotes de observador. La tez, que, según confesión propia, era pálida cuando Edmundo mantenía arraigada la costumbre de fumar, ahora es blanca, levemente sonrosada, y muestra la delicadeza del cutis de las personas reclusas, caseras y metódicas, tres condiciones que posee en alto grado el inmortal autor de *Chérie*.

* * *

Como en la envoltura carnal de un espíritu tan elevado todo merece notarse, porque el alma se imprime en visibles caracteres sobre la materia, diré que también he reparado las manos y las orejas de Edmundo de Goncourt. Estas se encuentran colocadas muy abajo, muy próximas al cuello: son conquisiformes y nada despegadas, señales todas de raza selecta. Aquellas—las manos—son luengas, de afilados dedos, flexibles como las de los violinistas. Una mano regordeta, rechoncha, ancha ó dura de articulaciones, nunca hubiera podido trazar las paginas recamadas, quintesenciadas y cuajadas de filigranas de estilo y perlititas de observación, que abundan en los libros de Goncourt.

En cuanto á Julio, el menor, le conozco por el retrato que me enseñó su hermano esta mañana. *Voyez comme il était beau*, me dijo lleno de fraternal orgullo: y, en efecto, el cristal reflejaba la imagen de un gallardo mancebo, de ese tipo caballeresco lorenés que en Francia suele llamarse *rubio heroico*. El bigote dorado, los ojos azules llenos de vida y dulzura, las bellas facciones, la boca pequeña y rosada, «como una boca de mujer,» compondrían una figura afeminada, si la luz de la inteligencia y la vaga tristeza de la vocación y lucha artística no corrigiesen lo vulgar y casi antipático que hay en un hombre tan bonito y gentil. Al mirar el daguerrotipo (pues daguerrotipo era lo que Edmundo me enseñó), yo pensaba que el hermano mayor, tal como hoy se encuentra, vale más, desde el punto de vista estético-literario, que el lindo mozo cuyo retrato me muestra con tan ingenua presunción de que va á entusiasmarme. El escritor adquiere su verdadera hermosura cuando en los rasgos de la faz, en la expresión de la mirada, en lo que se llama *la cabeza* (doble fisonomía material y espiritual) ha venido á grabarse y

condensarse todo el vigor y el dinamismo de su obra. Recuerdo que Zola, hablando de Gustavo Flaubert, dice que el autor de *Madama Bovary*, ya cincuentón, lamentaba á menudo la pérdida de sus cabellos y la desaparición de sus gracias juveniles, «Nosotros— agrega el jefe de la escuela naturalista—mirábamos á Flaubert y no comprendíamos sus quejas. Su ancha frente calva, su abultado semblante, nos parecían la cosa más bella del mundo para un artista y un pensador.»

Me pasa algo semejante, y prefiero la blanca guedeja de Edmundo á los ensortijados cabellos blondos de Julio de Goncourt.

* * *

Pero á su hermano me guardé bien de decírselo. La lisonja más dulce y grata que puede dirigirse al Goncourt vivo es celebrar al Goncourt muerto. Ejemplo igual de cariño fraterno nunca lo registran los fastos literarios, ni es tan frecuente en los simples mortales que pueda yo recordar ahora otro case de hermanos unidos así, verdaderos mellizos Siameses, adheridos, no por el costado, sino por el espíritu.

De tal manera llenó esto mutuo afecto la existencia de entrambos, que prescindieron de lo que para casi todos es eje y norte de la vida, el amor de la mujer, y se volvieron algo misóginos, como Zola, quedándose solteros, solterones por mejor decir, lo que Zola no hizo. De algunos pasajes del *Diario* de los Goncourt; de indicaciones fugaces, pero elocuentes, que se destacan aquí y allí en sus libros, resulta que los dos hermanos tuvieron, como cada quisque, aventuras apasionadas, de esas que distraen y embellecen los días de la juventud; pero no llegaron tales devaneos á hacer estado en su existencia, ni á embelesarlos de suerte que les aislasen prevaleciendo sobre el cariño fraternal. La pasión verdadera; la que todo lo arrolla y por cima de todo se impone; la que, si es lícita, conduce á la formación del hogar, y si es ilícita puede arrastrar á la desesperación y al suicidio, no tuvo cabida en la historia de los Goncourt. Hasta parece, en ocasiones, que se muestran irritados con la sola idea de que una mujer les disputase el puesto que el uno ocupaba en el corazón del otro, y en sus páginas asoma un desprecio profundo hacia la limitación del alma de la mujer. «Lo

bello—dice Goncourt en un pasaje de sus obras—es aquello que nuestra querida encuentra horrible por instinto.»

Yo me he explicado esta definición curiosa y paradójica. Veo á la *hetaria* parisiense, tan diferente de las de Atenas; á esa mujer archivulgar, hija de un portero, acostumbrada en su juventud á almorzar con diez céntimos de lecho y un panecillo de cinco céntimos; esa mujer que en materia de arte sabe martirizar el piano, y en materia de historia no ignora que Juana de Arco fué así á modo de una cantinera; esa mujer que no dice más que gansadas y que se rodea de un lujo chillón y cursi; y la veo entrar en el saloncito de casa de Goncourt, y confundir el *petit point* Luis XVI auténtico que tapiza, los muebles, con la grosera imitación vendida en los bazares; la veo tratar de *laid potiche* el maravilloso jarrón japonés, pieza única, que Edmundo describe con tanta complacencia en su *Maison d'un artiste*; la veo insensible al encanto de un muñequito de Sajonia, y capaz tal vez, la muy necia, de confundir una cromolitografía con un grabado de Boucher ó Watteau antes de la letra y á toda margen...; y entonces veo también á Edmundo pálido de reconcentrada ira, empujándola hacia fuera con desdén, y diciendo luego á Julio, entre bocanada y bocanada de cigarrillo: «Lo bello es lo que nuestra criada y nuestra querida encuentran por instinto horrible.»

En París se refiere, sin dar gran importancia al hecho, que los dos hermanos tenían una misma *maîtresse* asalariada. Ignoro si es verdad, y aun creo fácil que la malicia haya sacado partido de la extremosa adhesión de los dos hermanos para satirizarles y denigrarles un poco; mas á ser cierto el caso, probaría, al par de una facilidad de costumbres que en Francia siempre reinó, la suprema indiferencia de Julio y Edmundo por la mera necesidad física que era para ellos la mujer, toda vez que en las necesidades morales y afectivas los dos se bastaban y se completaban.

* * *

Uno de los libros mas interesantes de los Goncourt es *El amor en el siglo XVIII*; yo lo he leído en la lindísima edición de Denfu, que es un primor tipográfico, con encantadoras viñetas de la época. En opinión del autor, el amor, hasta el siglo XVIII, es un ideal transmitido por la caballería; pero bajo Luis XV se transforma, convirtiéndose en

mero deseo. Todo el siglo XVIII no es más que voluptuosidad; en el vestir, en los polvos del peinado, en los chapines y en las medias caladas de seda finísima, en los provocativos escotes, en los colores lánguidos de las telas, en el maridaje del azul y el rosa, en las flores sembradas por las cortinas y por los vestidos y tocados de las damas, en las formas contorneadas y muelles del mueblaje, en el afeitado, los lunares, el carmín postizo de la tez, en el dorado y las pinturillas galantes de las sillas de manos, en la literatura misma, con sus madrigales y su erotismo rococó, se descubre una afeminación incompatible con el sentimiento fuerte y sincero que determina la pasión amorosa, y una pendiente irresistible que conduce al libertinaje. Símbolos de tortolillas que se arrullan: cintas color de aurora; mitología risueña y género pastoril de salón; techos donde nadan los cupidillos en el fluido azul de la turquesa; abanicos de nácar y oro; miniaturas rodeadas de brillantes; todas las menudencias de una época frívola y corrompida—porque acaso la corrupción no es en el fondo más que frivolidad—dan indicio de que en el siglo XVIII faltaban las energías del sentimiento y preponderaban las enervaciones de la molición.

Ese siglo—que sólo puede retratarse al pastel—ese siglo de país de abanico, subyugó la imaginación de Goncourt, se apoderó de ella, y á pesar de todo el *modernismo* y sentido de lo actual, que no ha negado nadie á los autores de *Reneé Mauperin*, impidió probablemente á los dos hermanos enamorarse de la mujer de hoy, tan distinta de la verdadera mujer anterior á la Revolución, doblemente seductora por lo mismo que ha desaparecido, que es inaccesible ya.

Es indudable que de los períodos históricos y de las razas humanas hay siempre uno que ejerce sobre nuestra fantasía fascinación poderosa, y cuya mujer representa el ideal. El uno sueña con la pálida castellana de luengo peto y brial rozagante; el otro se perdería por una griega de estola flotante y correcto perfil de camafeo; al de más allá le persigue la imagen de las beldades de Oriente, indolentes y cautivas, de negríssimos ojos y seno cargado de collares; tal francés delira por una maja española, de pie diminuto, y hasta conozco quien gusta de las hermosuras amarillas de Cochinchina ó de las negras africanas. Pues en mi concepto, los

hermanos Goncourt se prendaron idealmente de la dama del siglo XVIII, con sus polvos y su tontillo. Recuerdo que habiéndome pedido Edmundo mi fotografía á cambio de la suya, acerté á darle una bastante artística, en que efectivamente el peinado y no sé qué disposición del traje recuerdan algo los medallones de miniatura. Y el maestro, con el tono de quien profiere la mayor alabanza, exclamó:—«¡Calle! ¡Si tiene usted una cabeza del siglo XVIII!»

Séame lícito creer, para explicarme la deficiencia pasional de los Goncourt, que, aparte de su unión estrechísima, que les impidió pensar en constituir otra familia, tal vez amaron con la fantasía á aquellas encantadoras acuarelas del siglo pasado, á algunas de las cuales consagraron volúmenes de su prosa; María Antonieta, con su pañoleta de linón y su sombrerillo coronado de rosas; la duquesa de Chateauroux, la de la piel de marfil; madama de Pompadour, la excelsa creadora del *rococó*, la coleccionista acérrima, la musa de la estampa, del grabado y de la pintura suave; la Du Barry, protectora de los artistas en medio de la decadencia general; madama Geoffrin, la amena conversadora, y tantas y tantas como podrían citarse. Las figuras de aquella época que hoy, gracias á los Goncourt, esta mas de moda que nunca, se encuentran lo bastante próximas á nosotros para excitar la mente y aun los sentidos. Todavía queda, en el fondo de los frasquitos esmaltados de entonces, un perfume sin evaporar; aún se encuentran en los cajones prendas íntimas del tocado de nuestras abuelas, encajes amarillentos y delicados mitones; y cuanto de ellas podemos recoger respira coquetería, elegancia, esa *femeninidad* tan encarecida por los Goncourt. Nuestras bisabuelas no concebirían los ropajes y prendas varoniles que hoy usamos para mayor comodidad: el pie, acostumbrado al chapín de rojo ó dorado tacón, mal podría encerrarse en la bota inglesa de doble suela; la garganta, hecha al collar ó al blando *fichú* de encaje, no soportaría el cuello recto y almidonado; la cabecita, engalanada con plumas y moños de seda, no admitiría la severidad del fieltro *amazona*. Hasta los hábitos masculinos comunicados á las mujeres revestían forma selecta: las señoras tomaban rapé, pero en caja de oro, con preciosos esmaltes é incrustaciones de pedrería. Y si á estos atractivos de la mujer del siglo XVIII se añade el de la inteligencia; si

se considera que nunca, ni en los tiempos de Pericles, ostentó mayor agudeza ó ingenio, ni se igualó más al hombre por la afición á las ciencias y el conocimiento y goce de las artes, fuerza será convenir que los Goncourt han dado una prueba soberana de buen gusto al soñar hasta el último instante con ese tipo... ya desvanecido ¡ay! para siempre.

* * *

Es muy digno de notarse en los Goncourt que habiendo vivido solterones y sin lazo visible con ninguna hembra (salvo su amistad, puramente espiritual, con la princesa Matilde Bonaparte), son, sin embargo, los más hábiles pintores y más hondos analizadores del carácter de la mujer, y todos sus libros gravitan en torno de alguna figura femenil. Los Goncourt han escrito dos clases de obras: la novela—en que lograron colocarse á la altura de los más altos, y ser precursores del naturalismo francés—y las investigaciones históricas, en que sus aptitudes de coleccionistas y de escudriñadores del corazón les enseña á descubrir ó interpretar detalles que los historiadores de oficio, con muy mal acuerdo, desdennan y desatienden. Pues en ambos géneros los Goncourt hacen converger la luz en torno de un tipo femenino, estudiado á fondo, visto al microscopio, examinado en las más mínimas facetas de su complejo organismo, Hasta el título de sus novelas es, con raras excepciones, un nombre de mujer. *Germinie Lacerteux*, la criada histérica; *Sœur Philomène* la religiosa angelical; *Manette Salomon* la modelo implacable, hebrea de condición como de raza; *La fille Elisa*, la desventurada ramera; *Madame Gervaisais*, la librepensadora convertida al catolicismo; *René Mauperin*, la joven burguesa apasionada; *Chérie*, la víctima de la neurosis, la aristocrática niña enamorada sin saber de quien y consumida en su propia y silenciosa llama; *Henriette Maréchal*, la mujer madura, víctima de los desengaños que la edad trae consigo, y, por último, en el mismo *Charles Demailley*, la *ingenua*, ó dama joven, como aquí diríamos, son acabados retratos de mujer, en que cada pincelada revela la diestra mano del miniaturista. La única novela en que la mujer apenas juega papel alguno, es la que yo he traducido al castellano y se publicara muy en breve: *Los Hermanos Zemganno*, donde, bajo el transparente velo de la ficción, la

biografía de dos acróbatas, Edmundo ha representado su cariño fraternal y su colaboración literaria con Julio. En los libros históricos se destacan igualmente mujeres, siempre mujeres. El conjunto de la labor de los Goncourt pudiera llamarse el *eterno femenino*.

En su complexión, los dos hermanos demuestran padecer la exaltada sensibilidad nerviosa que suele caracterizar á mi sexo. Su temperamento es femenino igualmente. La acuidad de sus sensaciones y la enfermiza irritabilidad de la epidermis de su espíritu, son todo lo contrario de la gravedad, estoicismo y fortaleza que en el varón deben suponerse. Pertenecen á esta generación contemporánea que, infiltrada de romanticismo hasta la médula y falta de fe, necesita sustituir el entusiasmo por los grandes ideales, con el fanatismo de las manías, y se profesa esclava de la forma y la expresión, no pudiendo ceñirse á la majestuosa sencillez de los antiguos modelos.

* * *

Tan caracterizado es en los Goncourt este estado psíquico, que á Julio—según confesión de su propio hermano—hubo de costarle la vida. El poco éxito de sus primeras novelas; las burlas y las rudezas de los críticos, incapaces de entender la nueva fórmula que los dos hermanos traían al arte; la asidua y dolorosa labor de cincelar, recorrer y acicalar la frase; la penosa gestación de la idea, pararon en que el Goncourt joven se sintiese acometido de una especie de fiebre epiléptica, que rápidamente lo llevó al sepulcro. Quedóse Edmundo tan inconsolable y desaparejado como cualquiera puede figurarse. Su salud, siempre endeble, mostróse desde entonces más resentida, y acaso por esta razón el insigne prosista dió en el capricho de opinar y sostener que una persona robusta y sana no es capaz de sentir la calentura de la inspiración, y que para crear algo artístico es necesario encontrarse bastante enfermo. No ha mucho defendió delante de mí con calor tan extraña teoría.

—Señor de Goncourt, le respondí; lo que usted asienta me aflige tanto, que es menester rebatirlo y protestar. Yo me he dedicado al arte, mejor dicho, á la literatura, desde que tuve use de razón. Mis goces más intensos y más duraderos, al arte los debí. No solo ante un poema ó una página de primer orden, pero ante un cuadro, estatua, ánfora ó pieza de bronce bien labrado experimento

impresiones tan delicadas y gratas, que no concedo á nadie pueda experimentarlas superiores. No entiendo de cachivaches y antiguallas chinescas lo que usted; no puedo diferenciar un vaso encontrado en las sepulturas de la dinastía de los Tang (azul cielo después de haber llovido) de otro de la dinastía de los Tsing (con el *nien hao* del emperador Khang-Ly); pero tengo una viveza y frescura tal en la fantasía, que se me figura que lo que de ese no conozco, lo adivino, y que nada pierdo con no estar en los menores ápices. No me toca alabarme, ni sé si es alabanza lo que voy á decir: allá en mi país natal gozo yo fama de sorprender los detalles micrográficos y las irisaciones imperceptibles de las cosas. Y, sin embargo, señor de Goncourt, estoy buena ó sana; he disfrutado de excelente salud desde que nací; me precio de un estómago inmejorable; he llenado cumplidamente las funciones de madre y nodriza, y mis nervios no me dan guerra. ¿Cómo explica usted este case, que echa por tierra sus teorías de usted? O yo soy una infeliz que se forja la ilusión de sentir el arte cuando realmente no merece pasar de la categoría de leño que anda, ó... lo que usted dice no lleva camino.

Goncourt, á estas objeciones, enarca aun más las cejas y mueve la cabeza como diciendo: *Malgré tout...* En mi concepto la opinión del insigne novelista, aunque tenga su lado defendible, no pasa de ser un exclusivismo, erróneo á fuer de tal. Así como hay flores de estufa y flores monteses, rosas de los setos y rosas enanas de habitación, hay arte sano y arte dolorido; y todo es arte. Los griegos, que rebosaban vigor físico y equilibrio moral, desarrollaron un arte sublime; los bizantinos, en su decadencia, crearon las maravillas del mosaico y de la iconografía cristiana. El eclecticismo es la única filosofía que resuelve las aparentes antinomias de la belleza.

* * *

Volviendo á Edmundo de Goncourt, diré que vive en Auteuil, en un nido de celibatario que es un museo de rarezas y curiosidades. Porcelanas de Sèvres y Sajonia, China y el Japón; grabados, aguas fuertes y libros inestimables, algunos que tienen el recuerdo histórico de haber pertenecido, verbigracia, á la Pompadour ó á María Antonieta; opúsculos y proclamas de períodos revolucionarios; «platos, platos, platos, que destacan sobre la pared sus esmaltados discos; «pipas esculpidas; la cama que fué de la

princesa de Lamballe, y donde hoy duerme Edmundo; tapicerías antiguas de Aubusson; monigotes de marfil japonés; floreros de ese bonito Satsuma, que sobre la rancia blancura de la porcelana dibuja personajes negros realzados con oro; *Kakemonos* ó cuadritos bordados del Japón asimismo; sables que son un poema del cincel de algún desconocido artista oriental; lacas, tapices persas, aguadas, candelabros de bronce dorado y gusto rococó... en fin, ¿quién puede contar las preciosidades que los dos entusiastas coleccionistas han logrado reunir en la casita de Auteuil, empleando tiempo y dinero, porque no les faltaba ninguna de las dos armas indispensables para la conquista de todos los reinos del mundo?

A propósito de esta artística morada, Edmundo de Goncourt dice con efusión: «Cuando uno es joven, nada mas fácil que dormir en un cuchitril. Nos acompaña el grato ambiente de la salud y el luminoso regocijo de los pocos años. Pero al punto que nos volvemos viejos, achacosos, regañones, conviene pensar en arreglar para la enfermedad un gentil alojamiento, donde parezca menos fea á los demás y á nosotros mismos, preparándose á recibir con elegancia y sibaritismo á la muerte que llega.»

La tertulia literaria de Edmundo de Goncourt se celebra en lo que él llama buhardilla ó desván, por ser una pieza del tercer piso, no menos bien decorada que las demás de la casa. Allí he asistido muchos domingos, gozando del doble placer de huir del vulgar, del insufrible domingo parisiense, y de ver y oír á los personajes más elevados de la moderna novela naturalista, y, por consiguiente, lo más vivo y actual de las letras francesas. Recostada en un diván forrado de tela turca, en la esquina de la habitación próxima á la ventana que cae al jardín, yo observaba, aprovechando mi condición de extranjera para hablar poco y enterarme mejor.

* * *

Es de advertir que la tertulia de todo tiene menos de animada y bullanguera: la tristeza de esto que han dado en llamar «fin de siglo;» el enervamiento de la actual generación literaria, refluye en ella de extraordinario modo, y allí ni se ríe, ni se bebe, ni se cuentan chascarrillos, ni apenas se disputa. Se ve que los tertulianos van sin abandono ni deseo de expansión, penetrados del egoísmo de su individualidad; con los dientes aguzados y los puños en ristre para

boxear en la lucha por la fama, la gloria y el dinero; tiesos, correctos, rebosando *pose*, y con esa afectación de burguesa reserva que hoy es la consigna del buen gusto en los literatos. En todos ellos he notado además (y la observación me infundió, claro está, profundísimo disgusto) que lo que pasa fuera del horizonte de París les importa un rábano. El movimiento literario español ni siquiera les inspira la curiosidad que á mí me inspiraría el de Laponia, si un lapón llegase á visitarme desde su helada tierra. Impregnados hasta los tuétanos de vulgares preocupaciones, lo único que á los literatos franceses les merece interés en España son las manolas, las naranjas, los toros, el *beau soleil* y los ladrones en gavilla.

Así, mientras ellos creen que los admiro, yo les analizo, no siempre con benevolencia. Mi rincón en el sofá de Goncourt es un observatorio. Desfila ante mis ojos Zola, vestido como artesano en día de domingo, con una ropa del corto más cursi que imaginarse pueda, rechoncho, barbudo, descolorido, mal engestado y peor humorado, paseando de arriba abajo por la habitación, con las manos metidas en los bolsillos, sin que se vea de sus ojos más que el brillo de los cristales de sus lentes, Zola era antes de los tertulianos más asiduos de Goncourt; hoy se han producido entre los dos no sé que rozamientos, y la amistad se ha enfriado un poco. El que anda por allí muy prodigado es Alfonso Daudet: se le encuentra por todos los rincones, recostado con indolencia, pálido también y como deshecho, la faz contraída por un *tic* convulsivo, la lengua melena toda revuelta y aceitosa. No falta Guy de Maupassant, ni Pablo Alexis, ni Karl Huysmanns, el original y pesimista autor de *A rebours*. Todos estos caballeros justifican la teoría de Goncourt: tienen unas caras fatales, un aspecto que da ganas de enviarles á tomar baños de mar, ó de recetarles jarabe de hierro; su conversación no descuella por lo discreta ni por lo docta; sea para alardear de espíritus fuertes, ó sea que en realidad sienten de ese modo, lo que más parece preocuparles son los intereses materiales cotidianos; á Huysmanns le he oído deplorar amargamente, la marcha de una cocinera: y la tertulia de Goncourt, que debiera ser la flor y nata de la cultura francesa, consagró más de un cuarto de hora á la cocinera de Huysmanns. Rara vez se establece una de esas conversaciones eléctricas en que chispea el ingenio: rara vez

sale Daudet de su concha para referir con gracia meridional cosillas que tienen el corte de las páginas de sus libros: las inyecciones de morfina y los alifafes nerviosos le traen tan abatido, que parece, según decía malévolamente uno de los tertulianos, una rata muerta en el cesto de un traperero. En cuanto á Zola, suele hablar por monosílabos, pasea que te pasearás, dejando caer las palabras como si soltase pedruscos. Diríase que allí va todo el mundo con el propósito de reservarse, de economizar cerebro para que no falte cuando lo pida el editor, de no pronunciar frase ni derrochar idea que el día de mañana utilice un compañero plagiaro. He notado además una gran deficiencia de cordialidad: aquella gente, si se quiere bien, lo disimula.

El cigarro ayuda á entretener los largos silencios de la tertulia melancólica. A veces, Edmundo de Goncourt abre una alacena incrustada en la pared, saca una botella de *Kioto* de pescuezo largo como el de una cigüeña, y nos convida á un horrible aguardiente japonés, que sabe á sain, á ajenjo y á demonios. Apurado el cáliz de amargura, nos pregunta con bondad afectuosa si queremos repetir.

Mujeres, sólo he visto allí á la señora de Daudet, que podrá tener sus cuarenta y tantos, y no desdice de la atmósfera que la rodea, porque á pesar de ser amable, es tristonra y avinagrada, y la señora del editor Charpentier, simpática y bonachona. Yo compongo, cuando nos reunimos, el numero tres: por lo regular no van ellas todos los domingos.

* * *

Así vive, lejos del mundo y sin querer penetrar en él, Edmundo de Goncourt, en mi concepto el más caracterizado de los maestros de la novela contemporánea. Es, sin embargo, el menos conocido del público español. Casi podría decir que en mi patria no se le conoce ni poco ni mucho. Su nombre ha senado, es cierto, de ocho ó diez años acá en labios de algunos que semos sus partidarios constantes; pero el vulgo, ya prendado de Daudet, y siempre dominado por Zola, no tiene del Goncourt impar ni de la fraternal pareja Goncourt, sino esa noción vaga y casi siempre falsa que se forma de un autor no habiendo leído sus obras. La manía de poner á los lectores españoles en relación con mi admirable novelista Goncourt, es ya añeja en mí—y entiéndase que cuando digo

Goncourt me refiero á los trabajos de los dos hermanos indistintamente.—En la *Cuestión palpitante* les consagré mención especialísima, declarándome devota de esa capillita bizantina, pintada y dorada, con curiosas miniaturas y mosaicos; y si no incurro en el error de suponer que *Goncourt* puede servir de modelo especial á los artistas españoles (no lo permito el genio de nuestra raza ni la índole de nuestra tradición), juzgo indiscutible su poderoso influjo sobre el arte moderno en general, La pintura, el grabado, los muebles, las ropas, todo está ya infiltrado del exotismo japonés y de la molicie del rococó, los dos estilos que *Goncourt* puse de moda, las dos lindas aberraciones artísticas en que se complace la decadencia actual.

En Francia puede notarse que si la popularidad de *Goncourt* es inferior á la de *Daudet* y *Zola*, su influjo es mayor sobre los refinados, los pensadores y los artistas. Y se comprende. El gongorismo ó *delincuencia* de *Goncourt*, poco á propósito para ser entendido por las muchedumbres, tiene que fascinar á los enamorados de la forma, á los decadentistas y á los simbolistas que surgen en todo periodo de enervación. El semidiós de la nueva generación literaria será siempre el que más sutilice, el que más acicale, el que diga con talento cosas más raras y disloque mejor el entendimiento: *Flaubert*, *Baudelaire*, *Barbey d'Aurevilly* y *Goncourt* son los maestros que hoy tienen fanáticos, y ante los cuales nuestra época literaria quema los extraños perfumes que arden en el altar de los ídolos y los Budas estrafalarios de Oriente.

* * *

Goncourt será *naturalista*; pero es lo menos *natural* que se conoce, La naturaleza amplia y sencilla no le atrae; lo artificial, en cambio, le produce el mayor deleite. Para demostrarlo me bastará extractar un fragmento de la descripción que hace de su propio jardín, que encontró inculto y libre, y se entretuvo en tapizar y adornar como quien adorna un saloncito:

«He elegido los arbustos entre los más raros, porque lo *raro*, dígase lo que se quiera, es casi siempre *lo bello*. He querido tener ante los ojos un *jardín de pintor*, una paleta de tonos verdes, desde el más negruzco basta el más claro, pasando por los verdes azulados, los verdes tostados y las hojas rosadas y pálidas. En mis

aficiones de jardinero hay algo de *bibeloterie*; me gusta el arbusto bien podado, de linda traza arquitectónica, con graciosas manchas, que viene á ser una especie de objeto de arte. Lo coloco en mi jardín lo mismo que colocaría en mi cuarto un mueble exquisito.

»En Italia contraje la afición de los jardines *amueblados*, donde por do quiera asomen, entre el verdor del follaje, fragmentos de tronco, de mármol, de barro cocido y de loza. Así es que sembré mi jardinete de estatuillas de porcelona y Cupidos de bronce; de grullas japonesas, de bajo-relieves; hasta puse un delfín de antigua Sajonia.»

¡Lo artificial! ¡Lo artificial! Pero ¿acaso es otra cosa el arte? Sobre la imitación de la naturaleza está el poder misterioso de la Idea, hija de la mente humana; la Idea, que se hace carne en el mármol, en el marfil, en el bronce y hasta en el papel. Edmundo de Goncourt, el gran *artificialista*, ha sido acusado de naturalismo brutal; y cierto día, después de leer un periódico donde le ponían cual digan dueñas y le arrastraban por el lodo, recuerdo que el maestro alzó la frente, me miró con ojos que destellaban inteligencia y dulzura desconfiada, arrugó el periódico, y me preguntó:

—Señora Pardo Bazán... ¿es verdad que soy tan marrano como aquí aseguran?

CARTA VIII

ALTRUISMO Y CHUANERÍA

París 27 Mayo.

En medio del bullicio de la Exposición; de las innumerables visitas que hago y recibo: de la vida agitadaísima que me veo obligada á llevar y de la distracción que infunde al espíritu, vino á sorprenderme y llamarme á otro orden de ideas y pensamientos muy distintos de los que éstos días suelen acudirme, el haber recibido un folleto-carta que desde Santiago de Chile me dirige el Sr. D. Juan Enrique Lagarrigue, propagador y apóstol de la religión positivista fundada por Augusto Comte. Como el folleto, aunque escrito por un chileno y dirigido á una española, versa sobre asunto francos, asunto que contrasta singularmente con la actual situación de Francia, moviéndome á reflexión, ó incitándome á decir algo acerca de él, venga ó no venga á cuento.

* * *

Alfredo de Musset, en la introducción al hermoso y siempre sugestivo poema *Rolla*, preguntaba con ansiedad: *Qui de nous, qui de nous va devenir un Dieu?* Este problema de la aparición del Mesías en las modernas sociedades, escépticas y desalentadas, lo ha resuelto, en opinión del Sr. Lagarrigue y de algunos pocos adeptos más, Augusto Comte, mediano pensador y, según dictamen general, excelente persona. En otra carta-folleto anterior á la que hoy me remite el señor Lagarrigue, y que, si no me equivoco (pues no la tengo á la vista), estaba dedicada á Juan Valera, el ferviente

positivista nos suplicaba al autor de *Pepita Jiménez* y á mí que nos declarásemos partidarios y predicadores del *altruísmo* y ó religión de la Humanidad, y difundiésemos su evangelio en España. A mí, además, me aconsejaba el Sr. Lagarrigue que renunciase al cultivo de la novela, ó siquiera al método con que la cultivo, al realismo en el arte, condenado por la moral positivista, Y me recomendaba que, desenvolviendo mis aptitudes religiosas, siguiendo las huellas de Santa Teresa, pero con resultados más fecundos, propagase la buena nueva anunciada por Comte en ciudades, villas y aldeas, sin curarme de la mofa ni de la indiferencia del auditorio.

Respetando y aun agradeciendo, por lo que significa, el consejo del Sr. Lagarrigue, no puedo negar que, en lo concerniente á Valera, me hizo gracia.

Sólo imaginarse á nuestro don Juan oficiando de predicador y tomando un púlpito en cada dedo, en vez de contar los salados y verdes chascarrillos con que entretiene al final de las sesiones hebdomadarias en la Academia Española, es para traer el aura de la risa á labios menos risueños que los míos. ¡Juan Valera, el escritor de corte más volteriano, el mayor descreído porque hasta en arte y letras practica mucho más de lo que cree—hecho un San Pablo y llamando á la humanidad á vivir para los demás, señalándole con unción, y como radiante faro, el eterno progrese de las generaciones futuras!

Por lo que á mí toca, no negaré que experimento en grado altísimo la necesidad religiosa. A vueltas de mis estudios, de mis distracciones, de mis viajes, de mis aficiones artísticas, á veces paganas, mi fondo creyente resurge á cada paso, y llegan días en que necesito iglesia, como necesitaría, en lo material, el agua para la sed. No puede serme indiferente cuestión tan grave como la que nuestros progenitores llamaban con gráfica expresión «el negocio del alma;» y cuando encuentro personas á quienes jamás se les ha ocurrido pensar seriamente en tal problema, me asombro y las considero faltosas de un sentido espiritual, á modo de ciegas de nacimiento del espíritu. No diré que no sea fácil, engolfándose en los negocios mundanos, divertir muy á menudo la mente de lo que suele entenderse por idea religiosa; sólo afirmo que me parece inconcebible no meditar alguna vez sobre ella.

En este concepto ha visto bien el Sr. La garrigue, y hasta podría aseverar que, efectivamente, si yo hubiese nacido en época de gran impulse religioso, acaso me alcanzaría el fervor para desear el inefable don de la santidad, que disto muchísimo de poseer, y á que el distinguido chileno me juzga capaz: de aspirar; aunque la santidad á que él se refiere no es la que á mí me enamora. Cuando en el regazo de Isabel de Hungría florecían las encendidas rosas de la caridad; cuando Clara cruzaba con el viril rodeado de milagrosa luz por entre las hordas infieles, yo, al ejemplo y á la veneración de aquellas hembras singulares, lograría quizás ofrecer á Dios lo que de Él he recibido.

Nunca podré resignarme á no haber vivido quince días siquiera en las Catacumbas entre las Cecilias y las Priscas, ó en la Edad Media, á la sombra de un claustro ojival, calado como un encaje. Mi imaginación me pinta estas cosas tan lindas, que por momentos la vida moderna llega á parecerme aborrecible, prosaica y gris cual una sesión del Parlamento inglés. Y hay días en que por tedio del presente y nostalgia del pasado, me refugio en algún pueblo viejo, como Toledo, Medina del Campo ó Alcalá de llenares, y allí me dedico á fomentar la ilusión de retroceso, pasándome las horas muertas en capillas solitarias, cruzando por las naves de las oscuras catedrales, sentándome en algún rincón, sobre el duro banco de lustroso roble, para gozar reposadamente la vista del retablo ojival ó barroco, donde el oro ya palidece y las místicas figuras nimbadas desde la penumbra me sonríen...

* * *

Mas esta ya inveterada inclinación, en que toman tanta parte la fantasía y el sentimiento estético, no es bastante, según comprenderá el Sr. Lagarrigue, para llegar á santo. Así se lo manifestó á este señor en la carta que le escribí con motivo de su folleto sobre Valera y las alusiones que me dirigía en él. Y aquella respuesta mía fué la que dió ocasión á la epístola que hoy me dedica el señor Lagarrigue, llamándome nuevamente á la fe altruísta.

En ella hace el panegírico de su Mesías, Augusto Comte. «Su nombre, dice, simbolizará nuestra época y hará de este siglo el siglo más glorioso de la Historia. La doble operación llevada á cabo por

Augusto Comte, de haber transformado la ciencia en filosofía, y la filosofía en religión, lo coloca por encima de todos los servidores de la humanidad, constituyéndolo en lamas alta encarnación de la sabiduría. Con este hombre maravilloso, fundador de la doctrina universal, queda fijada la era suprema que divide los tiempos en la edad de la preparación social, que ya terminó, y la edad de la sistematización social, que ya ha comenzado.»

No recuerdo si en mi carta le hacía yo al señor Lagarrigue la objeción siguiente (y por si acaso no, ahora lo repito): De ser exacta la opinión que ha formado sobre Augusto Conato; de ser Augusto Comte el maestro por excelencia, ¿cómo es que la humanidad, nuevamente redimida por el, le tiene puesto en olvido tan profundo que contadas veces pronuncia su nombre?

Augusto Comte era francés. En Francia vivió y en Francia enunció sus doctrinas, ingeniosamente refutadas por Caro en páginas llenas de aticismo. Francia no es ninguna nación donde prepondere el elemento teocrático, ni donde se puedan ahogar las innovaciones al nacer, bajo el pese de leyes coercitivas ó de intransigentes censuras. Francia no desea más que descubrir novedades para difundirlas por el mundo todo, ensalzándolas hasta las nubes. ¿Qué case ha hecho Francia del positivismo religioso?

* * *

Lamento que no se encuentre en París el señor Lagarrigue: en primer lugar, por tener el gusto de conocerle, y en segundo, para que oiga los nombres que resuenan en esta inmensa hégira de las naciones peregrinas á la Meca del Certamen internacional. Yo tengo al Sr. Lagarrigue por entusiasta, casi fanático, de su orden de ideas; mas como también le juzgo muy discreto, se me figura que alguna mella le liaría la evidencia del escaso influjo de su ídolo sobre la sociedad en este año, que, según la cronología positivista, es el 101 de la *gran crisis*.

Los nombres que resuenan y se destacan por cima del confuso murmurio oceánico de la Exposición, son los de celebridades más ó menos *negativistas* (como diría el Sr. Lagarrigue), y algunas de ellas no evitarían la severa reprobación del mismo. Emilio Zola, á quien calificara de novelista obsceno, se eleva y domina á la muchedumbre desde toda la altura del hombre cuyo cerebro es á

modo de gigantesco reflector de su era social. hoy el poeta épico no puede ser Danto ni Milton: es Zola. El ha cumplido mejor que nadie el precepto de Goethe que yo citaba al Sr. Lagarrigue: «Si quieres acercarte al infinito, marcha por todas las vías dentro de lo finito.»

Después de Zola, la masa coral de la Exposición entona himnos á varios personajes vivos y difuntos, y entre ellos descuellan los siguientes: Víctor Hugo, que vive como símbolo, aunque diariamente pierda terreno como artista. Daudet, que rema por la gracia de su encantadora personalidad. Tolstoy, que desde las regiones boreales derrama luz sobre el arte moderno. Goncourt, que ha impuesto á París sus aficiones actuales: el rococó, las modas Luis XVI y Directorio, el japonismo. Dumas, que, con toda su falsedad, triunfa por el ingenio. Boulanger, que es el emblema—aunque borroso y mezquino—de la fuerza y del desquite nacional (un ídolo cuyo culto nace de las causas más opuestas á la doctrina de Augusto Comte: del eterno prestigio de la guerra, y de lo que Maistre llamaría la redención por la sangre). Charcot—el taumaturgo moderno—que pulsa el sistema nervioso como diestro músico las cuerdas del arpa, y le arranca las extrañas melodías del hipnotismo. Edison, de quien se puede decir, como se dijo de Franklin, que robó á los cielos el rayo. Y, por último, en este momento sobre todo, Eiffel, el arquitecto de la catedral *negativista* del férreo coloso que de noche arroja rayos tricolores sobre París.

* * *

¿A qué han venido los extranjeros que rebosan en las calles, bullen en los cafés y se estrujan contra las vallas de los *guichets* de la Exposición? No les trae la fe altruista, ni acaso se le ocurra á uno solo de ellos imitar á los peregrinos medievales, que se daban, por contentos con besar el sepulcro de Cristo, después de fatigas y riesgos sin número,. No han comenzado aún las piadosas visitas á la tumba de Augusto Comte, que el señor Lagarrigue llama «el más santo lugar de la tierra.»

Yo no quisiera que el Sr. Lagarrigue pudiese dudar ni un instante de lo que estimo el concepto que tiene formado de mí, y, más aún que sus alabanzas á mis insignificantes escritos, su opinión extremadamente halagüeña sobre mi sinceridad, la firmeza de mi carácter y mis condiciones morales. Me atrevo á afirmar que el Sr.

Lagarrigue, aunque me honra, no se equivoca al creer que no me resigno con la indiferencia religiosa de nuestro siglo; que mi corazón no es malévolos y que me llenaría de puro gozo un renacimiento de las creencias y una nueva infusión de caridad. El mundo actual me parece seco y frío, lo cual no ha dejado de hacerme sufrir, siéndome preciso echar toda la corriente de mi espíritu hacia el lado del arte. En él he encontrado asilo seguro, y una convicción de que mi obra, parcial y subjetiva, valga poco ó casi nada, puede tener algún resultado objetivo y ser un holocausto en el altar de la verdad. El Sr. Lagarrigue me creerá injusta con Augusto Comte; yo le encuentro á él injusto con la novela. Los dos, de seguro, presumimos de ver claro en esta enrevesada cuestión.

* * *

Para abrazar una doctrina religiosa hay que tener fe en la palabra de su fundador, y yo no la tengo en la de Augusto Comte, y sí en la de Cristo. ¿Qué mísera religión es esa de Comte, sin Dios, sin culto, sin templo, sin mártires, sin persecuciones, sin milagros, sin dinamismo social, sin eco en el seno mismo de la humanidad que pretende redimir?

A la práctica de la vida sólo intentó llevar una innovación, muy desgraciada por cierto: decir, en vez de mes de Marzo, mes de *Arquímedes*, verbigracia. Siquiera el calendario republicano tiene una frescura deliciosa. No he visto nombres más lindos que Floreal, Germinal, Fructidor, Frimario... El Positivismo no conseguirá un hallazgo semejante. Los nombres de meses ideados por la Revolución francesa parecen seguir el propio ritmo de la naturaleza: Florea!, Germinal, diríase que nos traen los perfumes de las auras primaverales; Nivoso y Ventoso nos producen la impresión del cierzo al azotar la faz, del huracán al azotar las ventanas, de la nieve que cae y tapiza el suelo duro.

* * *

Y dejando ya aparte el Positivismo, y en paz los huesos de Augusto Comte, hablaré de otros ideólogos que elevan, entre el titánico fragor de la Exposición, una voz aislada y desoída. En París todo cabe: por aquí tienen que desfilar, durante el año de la Exposición, las creencias, los ritos, las utopías, las preocupaciones, los trajes y las razas del mundo entero: no es mucho, pues, que se

haya celebrado hará cosa de una semana, con gran pompa, en el vasto salón del Hotel Continental, el agape de los legitimistas franceses, presidido por el famoso príncipe de Valori, escritor y caballero andante de la monarquía de derecho divino en Francia y en España.

El príncipe de Valori—y con esto que voy á decir no es mi ánimo ofenderle, sino sólo hacer una observación social—se me figura una prueba viviente de que ciertas exageraciones y ampulósidades en el decir y el pensar, y cierto *quimerismo* ó *don quijotismo* platónico, son más viables en Francia que en España. Entre nosotros abundan ¡claro está! los legitimistas, ó dígase los carlistas é integristas de Nocedal; pero, fuera del tiempo en que baten el cobre, son gentes lo mismo que las demás: obran y se expresan con cierta lisura, y aun con cierto humorismo discreto; viven, al menos en la manifestación externa, dentro de la realidad, y no cultivan ese lirismo sentimental, gongorino y romántico que se nota en los libros y los discursos del príncipe de Valori. En España se hace un use fulminante de los petardos del ingenio; se teme como al fuego al ridículo, y se huye de la hinchazón y el énfasis como del sambenito y la corozca en tiempo de la Inquisición, En Francia, desde Víctor Hugo y Luisa Michel hasta Charette y el príncipe Valori, se cultiva la política poética, la frase con penacho, y el arranque, más que de tribuna, de púlpito.

Reunió, pues, bajo su presidencia el príncipe de Valori á trescientos legitimistas, gente aristocrática y entusiasta, y llegada la hora de los brindis les expuse los fundamentos del derecho «viril y sálico» que reúne D. Carlos de Borbón para suceder en los tronos de Francia y España, negando al conde de París toda opción á pretender el primero. Lo curioso del discurso del Príncipe fué que indicó á D. Carlos como guardador de una actitud expectante, y dijo que la situación actual era una especie de interregno para Francia. D. Carlos—*por hoy*—prefiere reivindicar sus derechos sobre España y dejar la cuestión francesa en suspense, sin aconsejar á sus *chuanes* que se acojan á la rama orleánica, más ó menos tiznada de liberalismo.

Yo hablo siempre de los legitimistas con simpatía, con respeto, con interés. Ha sido para mí un verdadero disgusto el que por culpa, ó, mejor dicho, por ocasión de mis dos artículos de la «Romería

Vaticana» se haya declarado un cisma en el seno de ese partido, ya acorralado desde la Restauración. Y no procede mi pena de que la catástrofe que involuntariamente provoqué me haya valido ser blanco de las protestas de infinitos tradicionalistas súbditos de Ramón Nocedal, los cuales desde el corazón de Navarra ó el riñón de Vizcaya se despacharon á su gusto, llamándome Dalila, sirena, azote de la humanidad y *liberala*. Esta parte del asunto me ha entretenido muchísimo. Lo que me dolía era ese que nos duele cuando vemos desmoronarse un venerando monumento ó descascararse una pintura vieja. No lo sé explicar mejor.

Por ese me guardé bien de asistir al banquete presidido por Valori. ¿Qué contesto sí me piden mi hoja de servicios? ¡Bueno fuera que les dijese: «Unos artículos míos hicieron del partido campo de Agramante... y no hubo rey Sobrino que pacificase aquello!»

CARTA IX

UN ESPAÑOL DE PURA RAZA

París, Mayo 28.

Fuí al concierto de música francesa que se verificó el jueves pasado en el Trocadero. ¿Vale la franqueza? No soy melómana; tengo, sin embargo, el gusto muy exigente en materias musicales, y por lo mismo que de todas las bellas artes la música es la que me satisface menos, le pido más, para que me contente algo. No carezco de eclecticismo: me agradan dos clases de música, si en su género son buenas: ó la alemana, á la vez profunda, vaga y extensa, instrumentada con magistral perfección, y en que resuenan unidas las voces de la naturaleza y las hondas, corrientes de la filosofía; ó la italiana, romancesca y apasionada, rebosando melodías y tan pegadiza al oído, que sin permiso del entendimiento la tararean los labios. También me deleitan las canciones populares de cada país, en boca de los aldeanos; el *jalalá!* melancólico de mi tierra me arrasa los ojos de lágrimas; y el *polo*, ó la *soleá* ó la *saeta*, oída en las calles de la fragante Sevilla ó de la morisca Córdoba, me causan un escalofrío de rara tristeza.—No me desplace la música de corte callejero que hoy domina en nuestras zarzuelas españolas: es vulgar, pero es animada y fresca, y su alegría y brío distraerán al más misántropo. Mas de esta musiquilla francesa, entre merced y señoría, ni carne ni pescado, sin inspiración, sin colorido, sin fuego, sin vigor, penosa rapsodia de los grandes maestros alemanes, con algo de picadillo italiano y español, puede decirse que lo bueno no

es suyo, y lo suyo no es bueno. El programa del concierto—dentro del género—no pecaba de incompleto ni de escaso; tuvimos fragmentos de Bizet, de Feliciano David, de Berlioz, y, por supuesto, de Massanet, que es, si no el más inspirado, al menos el más docto de los compositores franceses. Al salir de allí decíame un español muy aficionado á las artes, abonado al paraíso del Real, y que había asistido pacientemente á todo el concierto, dando vueltas y más vueltas á los pulgares y enarcando las cejas:

—Mire usted... Por la solapa de la americana de Chapí doy á todos estos patosos y desaboríos de franceses. Ellos que hagan sombrerillos y cosméticos: la música que se la dejen á aquel brutazo de Wagner... ¡que era un cacho de compositor!... ¡Vaya un cacho de compositor que era el tío ese, con su *Lohengrin* y su *Tanhauser*! Pues...¿y el perro judío de Meyerbeer? ¡Cuando un franchute escriba un compás de *Roberto el Diablo*...que me lo claven aquí! Sí, señora; lo dicho: ¡que me lo claven aquí!

Reíme de este juicio compendioso—tan diferente en el estilo de los de Peña y Groñi, Letamendi y otros expertos en música que andan por los diarios de España,—y le confesé á mi compatriota que en el fondo... estábamos conformes.

* * *

De la Exposición propiamente dicha no he visitado despacio, por ahora, más que la exposición de los productos de las fábricas nacionales de Sèvres y los Gobelinos: dos glorias del país francés que los españoles, si viviésemos una vida más próspera, podríamos emular, comunicando gran impulse á nuestras manufacturas de tapices y loza, las cuales, en el día, no hacen sino aletear penosamente.

Sèvres goza de fama universal. Hay quien no gusta de su estilo, y lo encuentra amanerado y empalagoso; pero la finura de sus productos es proverbial; tienen la delicadeza del esmalte, y su famosa *pasta tierna* (imposible de imitar hoy) ha pasado á ser uno de los productos de cerámica que los inteligentes se disputan, y que se cotiza muy alto, como cotizan las porcelanas raras, cuya fragilidad las pone á cada instante en riesgo de desaparecer. Nuestra loza española con su enérgico barroquismo y la intensidad y originalidad de su color, no puede dar idea de la afeminación

galante de la porcelana *pasta tierna*, con sus ligeros ramitos de flores con sus leves y vaporosos festones, semejantes á las gasas que envuelven una garganta de mujer.

Sobre la *pasta tierna* (cuyo secreto repito que se ha perdido) corren varias leyendas: dice se que en su composición entraban ingredientes y drogas muy distintas, incluso jabón; y que un director de la fábrica de Sèvres hubo cío exclamar, al enterarse de los componentes de la célebre pasta; «¡Esto ya no es química, sino cocina!» El caso es que de la tal cocina resultaban objetos de una blancura ideal; de una superficie vítrea que parecía la escarcha recogida sobre el cáliz de una azucena; de una gracia de formas sólo comparable á los arabescos del hielo en las ramas del arbolado. Un sabio, un científico, Brongniart, empeñóse en mejorar lo inmejorable, y se propuse convertir el primoroso objeto de arte en objeto industrial, sólido, fuerte, á propósito para la exportación y para el comercio. Mandó el muy bárbaro enterrar en el parque todo lo que restaba de *pasta tierna*, y se di ó á fabricar la dura, haciendo imposible ya el exquisito modelado de los adornos que requerían la maleabilidad de la masa. Cuando más tarde se quise rehacer la composición antigua, á pesar de poseer la receta, fué inasequible conseguirlo: la receta existía, sí, pero no el obrero habituado á calcular la mezcla, á darle no sé qué proporciones y que vueltas misteriosas en que consistía el intrínquilis. Si bajo Napoleón IV se consiguió fabricar algunas piezas *de pasta tierna*, fué aprovechando la que contenía un barril de los que salvaron de la inhumación dispuesta por Brongniart. El quid de *la pasta tierna* murió con los operarios de la antigua manufactura, como el del reflejo cobrizo de los encantadores platos hispano-árabes de Manises morirá con el viejo valenciano que hoy se empeña en no transmitir ni á sus hijos el procedimiento de ese esmalte oriental.

Así y todo, en la instalación de Sèvres he visto algunas piezas modernas dignas de encomio y merecedoras de figurar en la colección del aficionado más exigente. Entre ellas el *pilón de los pavos*, gigantesca concha de *biscuit* blanco, admirable por su modelado y su finura. Un jarro ó florero que representa á unos niños que cogen una guirnalda, es de lo más gracioso que en cerámica

conozco; y algunos platos de la *pasta tierna*, tal cual hoy se intenta imitar, adornarían bien el comedor de un Príncipe.

Los Gobelinos exponen magníficos tapices; pero éste es uno de los muchos géneros artísticos en que los ojos, acostumbrados á la suavidad y armonía del colorido antiguo, encuentran siempre alguna desafinación en lo moderno. La mano del tiempo, la acción atmosférica, funden y patinan de tal modo las lanas del tapiz, que un tapiz de un siglo es ya muy preferible al de veinte años, y las tapicerías del XV y XVI no se parecen más que á sí mismas, pues todos los conatos de imitarlas son estériles.

* * *

Al recorrer la instalación de los Gobelinos, paróme ante un hermoso sofá cubierto de *petit point*, fabricado en la manufactura de Beauvais, y que representa «Las aventuras del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha,» Estaba absorta en mi contemplación cuando oí á mis espaldas una voz que en español pronunciaba mi nombre. Me volví, y conocí al del concierto, al enemigo de la música francesa.

—Paisana, me indicó con aire de satisfacción y reto. Apostaré que se ríe usted de esos tapicillos de mala muerte. Donde están nuestros Goyas y nuestras maravillas del Pardo y de Aranjuez y del Escorial, ver estos trapos da asco. ¡Que nos echen la pata estos nenes en materia de tapices! ¡Sí que no tenemos tapices nosotros! ¿Se acuerda usted de la gallina ciega, aquella delicia que está á la cabecera de la cama donde murió el rey Alfonso, en el Pardo? ¿Y del choricero? ¿Y del calesín? ¿Y del pelele? ¿Y de la duquesa de Alba en la pradera? ¿Y de...?

—Pero, paisano, observé; aquí no hemos venido á ver lo que tenemos allá. Para ese, con no moverse de Madrid...

—Pero es que me da rabia—objetó mi compatriota, accionando mucho y alzando la, voz como suelen los españoles cuando se ven rodeados de extranjeros—que estos tipos se crean que nosotros estamos despatarrados de admiración al ver que ellos fabrican tapices.

—Y los fabrican, y buenos. Paisano, hemos de ser razonables. No neguemos á nadie la justicia. Usted me parece un poquito antifrancés. ¿Qué le han hecho á usted estos señores? Sepamos.

Alzó mi buen hombre los ojos al cielo.

—¿Qué me han hecho? Lleve usted la cuenta (y contaba él por los dedos al decirlo). Pues, primero. Desollarme en todas partes: más ladrones no los cría Dios ni por apuesta. A todo, el franquito. ¿Pide usted un vaso de agua? Se lo sacan con azahar y pilón para hacer el franco. ¿Toma usted un café? El franco. ¿Cerveza? El franco. ¿Limpiarse las botas? El franco. Y si no es el franco entero... cerca le anda. Yo me puse ayer á discurrir cómo podría gastar menos de un franco, y... ¡ea! que no encontré modo. Segundo...

Le interrumpí.

—Tampoco hemos venido aquí á ahorrar los francos ó las pesetas. En quedándonos por allá...

—Después, son más badulaques que mandados hacer. Ayer pasó por debajo del Arco de Triunfo y... ¡mire usted! soy hombre pacífico, pero se me quemó la sangre y les enseñé los puños á aquellos figurones. ¿Pues no ponen allí como victorias tuyas los nombres de las batallas en que mejor les cascamos las liendres? ¡Hombre, caracoles, hay que tener, lo primero de todo, vergüenza!

—Paisano, ¿y usted no sabe que dice el célebre escritor ruso, conde Tolstoy, que siempre gana una batalla aquel que afirma que la ha ganado?.

—A mi no me saque usted rusos. Para rusos me bastan esos animalazos rubiotes que he visto en la *isba*, como ellos la llaman. Parecen oses blancos. ¡Por vida de Rusia!...

—Noto, paisano, que está usted sufriendo el acceso de patriotismo hidrófobo que nos ataca á los españoles á los ocho días de residir en tierra extranjera. Nos ponemos incapaces. Conozco la enfermedad y sus síntomas; es una forma de la nostalgia ó *morriña*, como los gallegos decimos. Es la desaclimatación. ¿Quién les manda á ustedes dejar sus penates queridos y meterse en esta Babilonia?

—Lleva usted razón. ¡Madrid de mi alma!

—No obstante, si puede usted hacerse superior algunos momentos á esas imperiosas soledades del país natal, confesará usted que esta gente es industriosa, activa, cortés y amable; que reciben con agasajo, y que cuando no recelamos pagar, nos llevan en palmas...

—¡Sí, en palmas! Señora, usted que es escritora, ¿no lee el *Fígaro*?

—¿Qué *Fígaro*? ¿El de hoy?

—No, señora; el del 23. De aquel día que nos dieron la *lata* del concierto famoso.

—No recuerdo. ¿Y qué dice el *Fígaro* de ese día?

—Miro usted, aquí lo traigo justamente.

Mi interlocutor echó mano al bolsillo de su *chaquet*, y sacó un número del interesante periódico, mugriento y sebado por los dobleces:

—Aquí está el cuerpo del delito. Aquí—dijo dando palmadas en el diario con el dorso de la mano izquierda.—Y vea usted que título tan retumbante le han puesto á esa simpleza. Nada menos que «Fisiologías cosmopolitas vistas en la Exposición. El español.» ¿Usted me descifrará qué es esto de *fisiologías cosmopolitas*? Querrá decir *fisionomías*.

—Puede que quiera decir *fisionomías* En suma: ¿por qué le enfada á usted el artículo? ¿Nos pone como chupa de dómine?

—A ese voy. Yo prefiero ¿me entiende usted? que nos insulten y que nos peguen cara á cara, á que nos traten con desdén solapado. ¡Ni que fuésemos los isidros... vamos, los paletos que caen sobre Madrid por esta época justamente! sobre todo, me carga que los franceses no acaben nunca de enterarse de nosotros. Mire usted lo que pone aquí: «París se ha inclinado ante España. Ha hecho á la tiesura castellana, al orgullo andaluz...» ¡Caballeros! ¡Orgullo! ¡Tiesura! «el inesperado sacrificio, la inmensa concesión, el favor excepcional de adoptar una diversión de origen extranjero.» ¡Inesperado sacrificio! ¡Y lo dice por los toros! ¡Así les cogiera uno!

—Siga usted. ¿Qué más dice?

—Pues ahora entra lo mejor. A los banderillos los llama *banderillos*. Dice que por aquí andan, en espera de los toritos traducidos al francés, todos los *afficiados* de la Plaza...

—*Afficiados* pone?

—Ahí lo tiene usted.

—sen incorregibles. ¿Y nada más?

—Dice muy serio que toditos los españoles gastamos patillas «cortas y simétricas...»

—¡Virgen María! ¡Pues sí apenas sé de quien las gaste por allá! Como no sean los boleros, cuando se disfrazan de majos, y los ayudas de cámara.

—Y que fumamos cigarros «inmensos.. ¡Olé por los cigarros inmensos! Algún trabuco naranjero, ¿eh?

—Hombre, paisano, ya le doy á usted un poco la razón. Mentira parece que un periódico serio, como pretende ser el *Fígaro*, inserte tales tontunas. Por la exactitud de los informes que dan de nosotros, deduzco la que gastarán para los rumanos ó los finlandeses.

—¿Lo está usted viendo?

Fuese mi paisano contentísimo de haberme persuadido y de haber desahogado su patriotismo con alguien que lo aprobara. A los dos días me le volví á encontrar, no recuerdo si en el Pasaje de los Panoramas ó en el de la Opera (con esta vida tan ajetreada no sabe uno ni por dónde anda), y lo primero que me soltó fué lo siguiente:

—Paisana, nuestra tierra cada día un poquito peor. Hoy he hablado con uno que viene de allá... y dice cosas divinas. ¿Se las cuento á usted? son de gente que usted conoce.

—Venga esa chismografía.

—Pues parece que todo un profesor de la Universidad, que tiene muchas ínfulas de erudito, y que es capaz de subírsele á las barbas á Henóndez Pelayo, se presentó en la Academia de la Historia asegurando á tres académicos de los más eminentes que, después de largas investigaciones, había descubierto dos sonetos inéditos... ¿de quién dirá usted? Poca cosa: nada menos que de Cervantes.

—¡De Cervantes! ¡Es un grano de anís! Y ¿dónde había encontrado el hombre esos sonetos?

—Aguarde usted... Se los leyó á los tres académicos, preguntándoles si conocían los onetos. Todos dijeron que no... Y ya iban á emitir informe y ya se disponía *La Ilustración Española y Americana* á publicar los sonó titos, cuando cátate que el primer día de sesión se aparece D. Pascual Gayangos en la Academia con un tomo debajo del brazo, diciendo:—«Pero, señores, ¿en que están ustedes pensando? Aquí traigo los sonetos *inéditos* de Cervantes...»—«¿Qué libro es ése?»—«Un tomo de la Biblioteca de Autores españoles de Rivadeneyra...»

—Y todo eso, ¿no será invención?

—¡Quiá! ¡Quiá! No, señora. ¡Es que los sabios que gastamos en España son así!

—¡Paisano, paisano! Lo que me acaba usted de contar es parecidísimo al argumento de *L'Immortel*, de Daudet. Y traducido al lenguaje vulgar significa que en todas partes cuecen habas, que todos semos falibles, y que á cualquier galgo se le escapa una liebre.

—¿Liebre llama usted á los sonetos inéditos de Cervantes? Llámeles usted caza mayor... Señora, es que nuestras Academias, como dijo usted muy bien, no sé dónde, son una calamidad.

—Que yo no he dicho tal cosa en parte ninguna.

—Bueno, pues será Miguel de Escalada quien lo dijo...; en fin, que en España anda perdido todo.

—Y usted es un español genuino, repuse yo, que tan pronto reniega del extranjero y canoniza hasta los defectos de la patria, como denigra á ésta y la pone por los pies de los caballos. Tenga usted mesura, y no extreme nunca las cosas. ¡Pobre España nuestra! Con todos sus defectos, hay que quererla bien.

—¡Esa es la fija! me contestó el compatriota, empleando en la afirmación tanto calor, fuego y energía como en las acusaciones anteriores.

CARTA X

CACHARROS, MUEBLES, ENCAJES, JOYAS

París, 5 de Junio.

Me he prometido á mí misma hablar algo de la parto industrial de la Exposición francesa, y la verdad es que me he metido en camisa de once varas. Los juicios serios acerca de industria han de ser comparativos. ¿Adelantó mucho la maquinaria inglesa, pongo por case, desde los últimos certámenes? La cerámica y la cristalería francesas, ¿se presentan con más lucimiento hoy que ayer? ¿Se advierte progrese en la ebanistería española? Y por el estilo, bien puede formularse un millón de preguntas, á las cuales yo no sé contestar, ni me incumbe. Por lo cual esta carta tiene que resultar deficientísima,, no reflejando sino la impresión reflexiva y puramente estética de quien no ve en la industria otro atractivo que servir de pretexto á las aplicaciones del arte.

* * *

En este particular, yo creo que adelanta nuestro siglo, y—aunque dañado por una anarquía y un espíritu ecléctico que le llevan á armar cada pisto de dos mil diablos con lo japonés y lo etrusco y lo rococó, y lo gótico y lo renaciente, todo revuelto—no puede negarse que el gusto actual en muebles y utensilios domésticos, y basta en indumentaria, mejora notablemente, y cunde entre todas las clases de la sociedad. Bien lo prueba lo rebuscadas que andan hoy las antiguallas artísticas, las telas, porcelanas, tapicerías y esculturas, tan desdeñadas hace medio siglo, que sólo algunos curiosos

inteligentes comprendían su valor y las compraban por un pedazo de pan. Apenas se entra en una casa, por más modestos que sean sus dueños, se echa de ver la afeite de infusión artística que se verifica en la sociedad de años á esta parte. El vargueño, el cuadro, el cacharro, el esmalte, la pieza de argentería de curiosa labor, objetos ayer arrumbados, ocupan sitio preferente, y se enseñan con satisfacción y orgullo, y hasta se imitan y reproducen en muebles nuevos de aquí tiene que resultar, y resulta, mayor inteligencia y arte en los fabricantes y trabajadores, más refinamiento y exigencia delicada en los consumidores, y un progrese general muy efectivo, aunque lento y casi insensible en las naciones atrasadas.

Tomemos por ejemplo la cerámica. La afición á los cacharros bonitos y á los muñequitos bien hechos, es tal vez la que más se ha propagado en España, y sobre todo entre las señoras. No sólo los comedores, sino las salas de recibir, los despachos y gabinetes, se adornan con platos colgados, y ya, en vez del clásico cucurucho de dulces, ó de la caja de plegado rase, se regalan cacharros en bodas y bautizos, Pues bien—y aquí entra lo del atraso:—en España, donde tenemos tradiciones gloriosísimas de cerámica y debiéramos bastarnos á nosotros mismos, nos hemos dejado invadir por la vulgar porcelana francesa, ó por lo más tosco y antipático de la loza inglesa. En tal decadencia y abandono se encuentra esta industria eminentemente artística, que nuestra fábrica de la Moncloa no ha remitido á la Exposición ni una sola muestra de sus labores, por no creerse en condiciones para olio. La loza española, con su ingenuidad encantadora de dibujo y su caprichosa energía de colorido, con su sabor árabe ó barroco, no aparece en el Certamen de París; el azulejo, la decoración por excelencia de los países cálidos, con la armoniosa tonalidad de sus esmaltes vítreos y la oriental riqueza de sus dibujos, no figura en el Campo de Marte. Allí puedo el curioso adquirir jarrones persas, botijos indios y maravillosas porcelanas de Vegdwood: pero no un cacharro de loza estanífera que le recuerde, con sus cambiantes reflejos y sus extraños pajarracos, la tierra del sol y las antiguas glorias de la alfarería ibérica.

Digo mal. La alfarería ibérica está representada, y no sin algún lucimiento, por las lozas y mayólicas de Portugal. Este pequeño

reino, sediento de adelanto y deseoso de cultivar lo que le caracteriza como nación, no descuida la cerámica, y alienta y ensalza todas las tentativas (más ó menos felices) de creación de un arte cerámico portugués, más apegado á la tradición de Lucas de la Robia y Bernardo de Palissy que á la cacharrería moderna. El defecto de la cerámica portuguesa que se exhibe en París es el que ya tuve ocasión de notar cuando hace un año visité en Caldas da Rainha la fábrica de Bordalho Piñeiro: una exageración de modelado que raya en grotesca; una densidad del color que quita toda finura á la pasta, y una fragilidad suma, de la cual resulta una inutilidad casi completa. Porque, en efecto, si un vaso ó fuente no resiste el paso del plumero ó el roce del fino cepillito empapado en agua y jabón, ¿cabe utilizarlo como elemento decorativo? Prescindamos ya de que no pueda dedicarse á fines útiles; mas ni aun para recreo de la vista sirve un objeto tan rompedizo, máxime cuando la exquisita delicadeza no excusa la fragilidad. La solidez es también elemento estético, y una de las grandes condiciones del azulejo decorativo es su resistencia y la facilidad de asearlo. De ahí procede en parte la sensación de frescura y reposo que causan los grandes frises de azulejo en las iglesias y palacios de Portugal. Entrar en una sala vestida de azulejos; es casi como entrar en un baño. No diré que las modernas lozas portuguesas sean despreciables; sí que pecan de quebradizas, inútiles y recargadas. El que lo dude, pase de la sección portuguesa á la inglesa, y se convencerá.

Verdad que la cerámica inglesa no tiene rival en el mundo. Al penetrar en la sección destinada á la loza y cristal ingleses, se experimenta la impresión del que desde calle, el zaguán ó la antesala entra en el rico salón, amueblado con severo lujo, con pulcritud aristocrática de la cristalería inglesa bien puede decirse, sin hipérbole, que centellea como el diamante, que es transparente como el más puro trozo de hielo, y que las manos finas de las hadas modelaron sus gráciles formas. Y al mismo tiempo se ve que las sutiles copas y las aéreas botellas son *útiles*, llenan su fin propio, sirven para beber y para contener la bebida, y se prestan á aquel aseo riguroso que es la mejor salsa de un banquete para las personas cultas y rectamente sibaritas. Esto de la utilidad, unida á la

señorial distinción, es distintivo de las lozas y cristales expuestos por la Gran Bretaña. No se ven allí objetos de primera inutilidad, de esos que aquí compramos ó compra la gente sencilla, «para finezas,» como si el toque del obsequio consistiese en regalar un embeleco estorboso; cada pieza tiene su aplicación positiva, ingeniosísima, que añade un deleite más ¿las comodidades del *home* y de la mesa. Como muestra de esta armonía entro el elemento estético y el practico, citaré un cacharro que adquirí en la instalación de Daniell para recogerlo en Septiembre. Es una fuente de servir rosas. sobre una concha de porcelana, que muestra la apetitosa blancura de la leche, corre una guirnalda de fresas pintadas con sorprendente verdad y guarnecidas de su gracioso follaje. La concha tiene un resalto, en el cual descansan dos primorosas vasijas decoradas con fresas sueltas y destinadas á contener el azúcar cernido y la nata. Otro servicio análogo, pero mucho más raro y lujoso, no presenta sólo el fruto de la fresa, sino la planta del fresal en flor, tan de realce y tan bien ejecutada, que parece que ha de despedir aroma sí nos ocurro olfatearla. Y pregunto yo: ¿habrá persona tan obtusa que encuentre el mismo paladar á unas fresas servidas en tosco frutero que á otras ofrecidas en estos deliciosos recipientes?

* * *

Cuanto se diga en elogio de la cerámica inglesa será inferior á su mérito. Verdad que cuesta mucho, é Índica que sólo un pueblo opulento y amigo de embellecer el hogar pudo llevar á tal grado de perfección la vajilla y los utensilios domésticos. Además, supongo que los criados ingleses no romperán tanto como los de España, donde la casa más modesta, al cabo de seis meses, podría alzar un monte Testaccio con los cascós y los añicos de nidrio y loza. Si los Gedeones de allende la Mincha se dan tanto arte para romper las preciosidades que he visto en la sección inglesa, se necesita un Potosí para remediar los desperfectos. La copa de cristal más sencilla cuesta de catorce reales á un duro: el plato más gazmoño, más inocente, sin otro adorno que unos cándidos *no me olvides*, puede cotizarse de media libra á dos libras. Yo temblaba viendo á mis hijos corretear con su habitual é incoercible viveza, entre una fuente tasarla en dos mil duros y un jarrón que valla mil libras justas.

¡Santo Dios, si aciertan á resbalar y caerse! Me quedo en París embargada por los ingleses, en realidad de nación y en metáfora de acreedores.

Tratándose de porcelanas, claro está que no han de dejarse en el tintero las secciones china y japonesa. En el pabellón chino, construido precipitadamente y á última hora, no figuran más de quince expositores, en su mayoría ricos negociantes de Cantón. En opinión de la prensa francesa, el pabellón chino ofrece deslumbrador aspecto; para nosotros los españoles, hay en el algo de conocido y familiar dentro del exotismo. Las cosas chinas (las japonesas no) son esos chirimbolos que nosotros llamamos *filipinos*, y que huelen á capitán de barco y á familia museocrática.

En España el rico pañolón dibujado por Ayún ó Senquá, los abanicos multicolores con macaquitos de faz de marfil y ropaje de seda, las cajas oblongas de sándalo minuciosamente espléndido, los juegos de café, en cuya pintura dominan el rosa y el verde pálido, los mueblecillos de laca, con flores de nácar de colorines, son objetos que las primeras veces habrán gustado por la rareza, pero que ya se consideran un tanto *cursis*. He notado en el pabellón chino que todos los vendedores saben un poco de español; verdad que lo hablan con graciosa y disparatada libertad, á lo negrito: «Señora, compa mí tasa bonita... Señora, mira, yo no engaña, presio barato... Señora, te no encuentra París tanto rico...; de Suchong camina derecho; huele mucho bueno: do franco.»

¡Ah! Lo que es el Japón—al menos para ojos españoles—es otra cosa, otra cosa bien distinta, tan distinguida, retinada y aristocrática, como es vulgar lo chino. El propio edificio donde expone sus productos el imperio de Levante se puede llamar una monería. Está construido con materiales japoneses y antiguos, de tres siglos de fecha, y por obreros japoneses: tiene una puerta de madera esculpida, admirable: dentro todo es igualmente delicado; creación de un pueblo que posee, en mayor grado tal vez que otro alguno, el instinto de aplicar el arte á las necesidades más íntimas de la vida. Los porcelanas de Satsuma, con su inimitable armonía de colorido; los bronce repujados, incrustados y nielados de oro, con una riqueza de inventiva que debieran estudiar nuestros amanerados dibujantes de Eibar y Toledo; los vasos tabicados (*cloisennés*), los

griesteados (*craquelés*), las esculturas, llenas de realismo y de imitación de la naturaleza, ejecutadas en marfil y madera oscura; los cuadros pintados mitad á la acuarela y mitad á la aguja; las armas, los dragones ó quimeras, los ingeniosos juguetes, los farolillos, los bebés ó muñecos llorones, todo en la sección, japonesa ofrece un sello de elegancia que es más fácil notarlo que especificaren que consiste y por qué carecen de el ciertas naciones, verbigracia, Portugal y China, mientras otras, como Inglaterra, y el Japón, le ostentan marcadísimo.

* * *

El mobiliario es de las industrias más íntimas y que con mayor elocuencia expresan, las costumbres de un pueblo. Los Estados Unidos exponen muebles sólidos, prácticos, lisos, feos, para decirlo pronto; y á no ser por el gran jarrón de plata maciza que vale veinticinco mil duros, y que mueble decorativo es al fin y al cabo, la sección industrial de Norte-América sería de lo más sencillo que encierra la Exposición. El cristal y las porcelanas *yankees*, si ofrecen la seriedad y la magnificencia inglesas, se quedan muy atrás en variedad y gusto. Los muebles ingleses reúnen utilidad y riqueza artística: el fino azulejo británico, las ricas tallas del Renacimiento, las maderas empleadas hábilmente, bien elegidas, el dorado sobrio, el adorno oportuno, hacen de los aparadores, mesas y armarios ingleses otras tantas piezas maestras. No se concibe el apuro, la trampa, ni la escasez en ningún terreno, en casa donde existen muebles tan correctos y respetables. Infunden ose sentimiento que nace del espectáculo del desahogo en la posición, y del orden y amplitud en la vida; sentimiento que, sin ser la estimulación moral, se le parece mucho; la consideración. ¡Oh cuán elocuentes son los muebles de la sección inglesas, y también sus vidrios y sus lozas!

No se distingue España por su exhibición industrial. Caldos, aceites, chocolates, pasas, naranjas, almendras, tabacos...; en ese sí nos llevamos la palma., y nadie me convencerá á mí de que los vinos australianos pueden ponerle la ceniza en la frente al Jerez. Pero esto no es industria: lo brinda la pródiga naturaleza, lo regalan el sol, el aire y la rutina laboriosa de una raza agrícola por excelencia. Y, sin embargo, la Exposición de Barcelona pudo haber fomentado en nosotros la esperanza de hacer brillantísima figura en

el Certamen parisiense. De la que realmente hacemos en el terreno artístico industrial, vero si puedo hablar otro día: el asunto requeriría detenimiento, y no ser tocado como por casualidad.

Si el cetro del mobiliario le corresponde á Francia, es que me engañan á mí los ojos y la afición á lo delicado, nuevo y bonito, tan natural en la mujer. El arte industrial francés propendo á sacrificar la solidez á la ornamentación, lo grandioso á lo lindo: por ese su triunfo son los muebles Luis XV, la galante afeminación de los colores suaves y las doradas molduras, la línea muelle y curva de los sofás y de las bergères, la gracia ondulosa de la cornucopia-espejo y el indescriptible encanto del floreado y rameado de las sedas. En una palabra: el francés idea y desempeña mejor el mueble de tela que el mueble de talla, el imponente mueble que tan bien se adapta al genio de las razas del Norte. Hay en la Exposición una alcoba, blanco y oro, que embelesa á todas las muchachas. Nido de plumón de cisne ó de pluma de paloma, parece que está pidiendo el avecilla inocente, de fisonomía á lo Greuzo, digna de habitar tan poética jaula. La cual sólo costará unos diez ó doce mil duros: bagatela.

En porcelanas y tapicerías, los franceses descuellan desde hace muchos años. Hoy han aplicado todo su conato á sorprender o imitar los procedimientos de la cerámica china y japonesa, robándole el secreto de sus esmaltes y pastas. Las pruebas de su importante adquisición se encuentran en el Campo de Marte, patentes á quien deseo estudiarlas.

Hay una riqueza de color sorprendente en este nuevo producto llamado *porcelana clara*. En el mosaico han adelantado también, deseosos de competir con Italia. Y en su estilo propio, el género Sèvres, exponen jarrones y servicios capaces de tentar á la persona más económica. No os el Sèvres mi estilo predilecto: sin embargo, ejecutado con tal perfección, me atrae.

* * *

Expone también Francia la luna de espejo más grande que nunca se ha fabricado en el mundo. ¿No tiene mucho de simbólico? El dominio de Francia sobre Europa, del espejo nace y procede. La coquetería y la moda son las armas mejor templadas y más agudas de que Francia hace uso. Si adoptase nuevo blasón, en vez del

gallo, debería poner el pavo real, y por tenantes un espejillo y una caja de velutina.

Industria menos frívola, y hasta con un barniz histórico y mediaval que la ennoblece mucho, es la tapicería nacional francesa, los Gobelinos. Más que industria, puede considerarse arte, al menos en sus resultados. En realidad, un hermoso tapiz agrada á la vista y decora la habitación tan regiamente como una obra maestra pictórica. Su coste impide que se vulgaricen, y su carácter es siempre nobiliario, grave y majestuoso. Una fábrica de tapices como los Gobelinos honra á una nación.

Ninguna de las europeas presenta tapices decorativos tan grandiosos como los destinados á adornar, después de cerrada la Exposición, el palacio del Elíseo, haciendo compañía á muchos y muy soberbios que la morada presidencial encierra.

* * *

De los tejidos de seda y los encajes franceses también puede afirmarse que son de primer orden. ¿Quién le disputa la palma á Lyon en sederías? Así los riquísimos terciopelos brochados ó labrados para muebles, como los géneros llamados á barrer el pise de las salas de baile vistiendo á las damas, son un prodigio de dibujo y una magia de colorido. Hay una tela—fondo de rase azul pálido, sobre la cual se confunden rosas te, medio deshojadas ó entreabiertas, y ramas de lila blanca sembradas como á capricho,— que, más que tola, es mi verdadero cuadro de lloros, una obra de arte, por consiguiente. Hay otra—fondo de oro oscuro y mate, como si lo hubiese tostado y amortiguado el uso, sobre la cual se destacan pensamientos de tamaño y color natural, de variados matices, de aterciopeladas hojas, con su follaje—que me tuvo diez minutos en contemplación:—y nótese que diez minutos de contemplación en París son palabras mayores, porque siempre se anda de prisa. Vestirse con semejantes tolas sería ardua empresa, á menos que las manejo y corto la tijera de un gran artista en indumentaria femenil: son telas que eclipsan ala mujer que las usa; atraen demasiado la vista, la entretienen con exceso, y dañan al conjunto. Colgadas en el escaparate, adquieren su verdadero interés, su importancia artística, que es real. Nada quiero decir de los bordados, ni de las primorosas cintas y flores artificiales,

pajaritos y plumas. En los encajes sí: no merece llamarse mujer la que pasa insensible ante las instalaciones de Chantilly y Alençon.

En virtud de una curiosa analogía, puede notarse que los mejores encajes reproducen casi siempre estilos arquitectónicos propios de la tierra en que se fabrican: las delicadas mallas del hilo compiten con la dura piedra. Esta regla es aplicable al encaje inglés, al de Brujas, al guipur, al Venecia. El Alençon, rey de los encajes, dulcemente moreno, cual si el sol oriental le hubiese acariciado mucho, ostenta en su diseño la complicada riqueza de las cresterías entre moriscas y góticas del punto de Venecia, del cual procede. La energía y realce de su dibujo proviene de que cada línea de hilo sutilísimo, encubre un timbre tan fino como el más delgado cabello; alambre que no quita nada de su flexibilidad al encaje, ni se puede admitir su existencia sino aguzando mucho la vista y el tacto. El Alençon es carísimo; en la Exposición hay pañuelos, guarniciones y velos nupciales, que valen una millonada de francos; y sólo en las novelas de Eugenio Sué andan por las ventanas «cortinas dobles» de este encaje, reservado al adorno de las damas más antojadizas, pudientes y gastadoras.

La sección belga no se queda atrás en esto de randas: Malinas disputa á Alençon la primacia. El Bruselas, que está más al alcance de todas las fortunas, agota la variedad de sus motivos y temas, antes floridos que arquitectónicos. Cuando no alcanza á expresar bien las curvas virginales de una azucena ó la frescura de una rosa, acude ó otros géneros, y mezcla una flor de punto de aguja ó de Venecia, que se destaca con brío sobre el fondo, algo desleído, del Bruselas. El que quiera ver cómo se realizan tales maravillas, no necesita sino entrar en un pabelloncito donde las encajeras trabajan, manejando con increíble destreza sus palillitos menudos, clavando y desclavando alfileres microscópicos, dedicando una mañana á hacer brotar de sus prolongadas agujas el pétalo de un lirio ó el remate de una estrella.

* * *

Descuella en la sección de Italia—al menos para mí, que voy prescindiendo de las industrias meramente *útiles*—el vidrio veneciano. Es una industria histórica, que no se transforma, pues está repitiendo eternamente los mismos tipos; pero que como nació

tan seductora, no ha menester remozarse. Siempre los mismos espejos, que parecen rodeados de estalactitas de nieve y de flores fantásticas, tenidas con el gualda, rosicler y azul de los cielos al amanecer. Siempre las mismas copas y ánforas tornaseladas, que conservan en apariencia la huella del pulpejo que las modeló, Siempre las mismas arañas, que parecen sartas de gotas de rocío y lagrimillas cuajadas en la mejilla de algún querubín. A la verdad, es difícil innovar dentro de un estilo tan poético. Cualquier tentativa utilitaria desprestigiaría á la cristalería veneciana. No se concibe que la casa Salviati fabrique copas de champaña, enjuagues ó botellas comunes y corrientes. La tradición se impone demasiado á esta industria, que parece nacida, como otra Venus, sobre la espuma de las olas del Adriático cuando las riza la brisa y las dora el sol.

Al hablar de tapices he olvidado—pero no quiero que el olvido persevere—los de Holanda, de la Real fábrica de Eventer, que son admirables, y las porcelanas de Delft, que conocen bien los aficionados á cerámica, por ser uno de los productos favoritos de la moderna cacharrería. También los cachorros de la sección persa merecen mención especial. Ignoro si el que compre allí está copiado de algún modelo antiguo; pero sé que es sumamente típico, y que las figuras que lo adornan recuerdan exactamente las miniaturas del célebre libro de caballería iraníano el *Schah-Nameh*. En el Palacio indio se venden también graciosos jarros de un azul original, que no existe en nuestra cerámica española, y tampoco se parece al azul porcelana de Sèvres, sino más bien al azul mate y limpio de la turquesa, viva. Una cosa he observado, y es, que cuanto más atrasados son los países que exponen, más aspecto puramente artístico ofrece su Exposición. Las de Persia y el Indostán confirman plenamente esta regla. En ambas abundan los trabajos cincelados de cobre y latón, las espléndidas armas, las tapicerías viejas, las alfombras suaves, las telas de colores; y la sección india descuella por los cachivaches de plata cincelada, que verdaderamente se diferencian de todos los demás del mismo metal que se ven por el mundo. Es una aplicación del estilo hierático á los objetos de uso doméstico. Cada cucharilla para el té remata, en un Ganesa ó una Trimurti: alrededor de las tenacillas del azúcar se enrosca la simbólica serpiente: una tetera representa el Nirvana ó la creación

del mundo. Es precioso, y presumo que los ingleses deben de fomentar mucho semejante industria, á la vez exótica y familiar. Verdad que se nos figura algo raro hacer de un Buda el mango de un cortaplumas ó el ojo de unas tijeras; mas el trabajo es tan curioso, que la extrañeza se olvida.

* * *

Los plateros rusos han procedido lo mismo que los indios, aplicando el hieratismo á las cucharillas y los servicios de té. Hay en la sección moscovita esmaltes bizantinos, filigranas admirables, que recuerdan confusamente la forma del cáliz, del incensario ó de la patena, al través de la forma del platillo ó la cuchara. No encierra la Exposición muchas cosas tan artísticas como la orfebrería rusa.

¿Y las joyas? Insensiblemente hace rato que doy vueltas alrededor de ellas, sin atreverme á entrar en ese terreno, que ya tiene un pie en el reino de la moda. Las joyas en la Exposición de 1889, no sólo desempeñan papel importantísimo, sino que abundan y casi hastían. Aquí, un pabellón donde el público presencia todas las operaciones de la talla del diamanto, desde que le arrancan de la ganga en que duerme hasta que ostenta sus mil facetas y lanza destellos multicolores. Allá, el escaparate en que un joyero artista expone arracadas y collares, que son copia exacta de las que lucen las hermosuras muertas hace trescientos años y retratadas en el Louvre, Más allá, perlas en su concha, perlas del grosor de un huevo de paloma, perlas de todos los matices y de todos los reflejos: negras, violadas, azuladas, rojizas, rosadas, blancas y hasta color de canela. Acullá, todas las flores de los invernáculos, y aun toda la maleza de los matorrales, lirios y cardos, rosas y ramas de espino, hechas de pedrería y sin aplicación aparente, como no sea para colocar en los jarrones del tocador de alguna Emperatriz, que, habiéndose vuelto loca, quiera convertir en brillantes los productos de su jardín. Más adelante, un solitario colosal, adherido automáticamente al vidrio del escaparate, y que al parecer se nos viene á las manos. Y después, *vivières* que deslumbran, diademas que marean, brazaletes que echan chispas y culebras de esmeraldas que nos miran con ojazos feroces de rubíes... Vamos, que ya cansa tanta preciosidad. Entran ganas de quitarse los pendientes y tirarlos al arroyo.

* * *

Aun en esto de las joyas cada país conserva su individualidad. El francés hace la joya coquetona y ligera, llamada á realzar la belleza de la mujer, según cumple á lo que al fin y al cabo es no más que accesorio, siquiera valga millones. El inglés la hace decorativa, solemne, ostentosa, y firme: de gusto severo y clásico, de intachable montura, de extraordinaria riqueza. El norteamericano, original y costosísima. El ruso, de sabor oriental, como si saliese del tesoro de una madona. El portugués engasta poquitos diamantes en mucho oro ó plata. En la Exposición hay ejemplos de todos estos estilos nacionales.

Y ahora, si alguien me pregunta: Y la estearina, y los algodones, y los productos químicos y alimenticios, y la metalurgia, y las materias textiles, y la industria forestal, y el jabón, y el aceite, y los cueros, y tantísima divina cosa como habrá en ese Campo de Marte ¿dónde se las deja usted? Respondo que me las dejo donde debe dejarse todo aquello que ni nos divierte, ni nos interesa, ni nos es conocido, ni, en suma, nos compete tratar. En el departamento de los Estados Unidos hay una Venus de Milo de tamaño natural, modelada en chocolate. Es cuanto puedo decir sobre productos alimenticios; y, con franqueza, si estuviera en mi mano, la repartiría á los muchachos para que se la comiesen.

CARTA XI

BAYONETAS, CAÑONES. LA EXPOSICIÓN POR FUERA

7 de Junio.

Cada día que pasa aumenta la animación de esta, ciudad, y descargan los trenes en su seno mayor número de forasteros venidos de las cinco partes del mundo, y más aún de América que de Europa.

Ya puede decirse á boca llena que la Exposición no fracasa; y también puede afirmarse que será muy difícil en lo sucesivo mejorar el programa de las Exposiciones, encontrando después de la torre Eiffel alguna novedad estimulante, algún signo peculiar que distinga á un Certamen entre todos los que en el mundo han sido.

La barca de la Exposición navega, pues, en mares bonancibles, á pesar de las amenazadoras nuevas que estos días corren sobre la visita de Humberto de Saboya, rey de Italia, á Guillermo de Hohenzollern, emperador de Alemania. Parece que los dos soberanos, al reunirse, no tuvieron ojos ni pensamiento más que para los respectivos ejércitos. Del alemán se asegura (y lo confiesan y reconocen los franceses mismos) que es un modelo de perfección; que allí un regimiento ejecuta las maniobras como podría ejecutarlas un solo hombre: que el armamento, los uniformes las fornituras y hasta los semblantes, respiran coquetería marcial: que la enorme cadena de hierro cuyos anillos eslabonan cerca de un millón de vidas humanas, funciona como si la animase un mismo soplo de

vida, y fuese algún animalazo fantástico semejante al galápago ó tortuga que con los escudos formaban las legiones romanas.

El joven Emperador, caliente de sangre y ansioso de respirar el olor de la pólvora, no ve las santas horas de echarse al campo, de jugar á los soldados en gran escala, y de ganar aquella cruz de hierro que en buena lid conquistó su excelente padre.

Hay mucho de simpático en esta impaciencia del mozo arriscado, que arde por ceñirse la espuela y señalar con altos hechos su pase por el trono, á fin de no dejar en la Historia la vergonzosa página en blanco de los reyes haraganes. Continuator de una dinastía de guerreros, Guillermo está embriagado con el recuerdo de las victorias del gran Federico, y el sencillo lecho de campaña que usaba su abuelo se le figurará preferible á los salones del palacio de Berlín. No es maravilla, no, que ansíe por el día de la primer batalla, como las niñas bonitas sueñan con el primer baile. Pero Humberto, ya todo encanecido, curtido por la edad, entristecido por la crítica y angustiosa situación de su reino y por la melancolía de su disensión con el Pontificado, ¿que ilusiones llevará á la lucha? ¿Recobrar el pedazo de tierra prometida que le detenta Francia?

* * *

No soy enemiga de la guerra. Al contrario, juzgo que es un factor importantísimo de la civilización; que sin las guerras médicas no hubiera llegado la cultura griega á su apogeo; que sin las púnicas no hubiera prevalecido el mundo latino sobre el africano—y apenas significa y representa este suceso en el desarrollo histórico!;—que sin las germánicas y coloniales romanas, el Cristianismo no se hubiera extendido tan rápidamente; que sin las de la Reconquista no existiría España, y sin la de la Independencia no tendríamos Edad Moderna, propiamente dicha, aquende el Pirineo. Mas si aplaudo la guerra, desconfío de la paz armada hasta los dientes, que, á manera de inmóvil coloso de acero relleno de balas, pesa hoy sobre Europa.

Durante los ocios de la paz, no sólo pierde la profesión militar su razón de ser, sino que se convierte en el más prosaico de los oficios. Basta ver en las capitales de provincia (de España hablo) á los oficiales de las distintas armas cómo se vuelven al cabo de poco tiempo de cuartel, descansen y vida doméstica. Lo primero que hacen

es aborrecer su oficio; no querer ponerse jamás el uniforme; dejarse crecer el pelo y la barba, con manifiesto descuido: criar panza, casarse, cargarse de hijos y adoptar el tipo del ciudadano pacífico por excelencia. El pundonor quisquilloso, la galante caballerosidad, la resolución, la energía que la profesión militar lleva consigo, todo lo echa el oficial español en el desabrido pudiere de la familia modesta, y se convierte en algo semejante á hortera ó canónigo, que se come tranquilamente su paga desde el sombrío coro de alguna arrinconada catedral. Los actos del servicio, aun los más insignificantes, como es alumbrar en una procesión, molestan; y pone el grito en el cielo si el Ministro del ramo, en use de un derecho indiscutible, le traslada de una guarnición á otra. Olvidado de la galanura y elegancia marcial, va sucio, derrotado, sin botones y con el galonaje color de desteñido cobre; y, por último, sólo se acuerda de que abrazó lo que nuestros abuelos llamaban «la nobilísima carrera de las armas» el día que tocan á cobrar; el día en que cae del cielo—mal ganado—el garbanzo maldito.

* * *

De aquí procede que nuestros escritores militares se pregunten (como el eminente especialista Barado en el último número de la notable Revista *La España Moderna*); «¿de qué provienen esa indiferencia, ese despego hacia las clases militares que se echan de ver en nuestra patria?» Provienden—responderíamos al distinguido oficial—de que está en nuestra conciencia que el ejército cuesta, los ojos de la cara, y en un trance crítico de ningún apuro nos sacaría. Será un antemural (bien aportillado) para las instituciones: lo que es para el país, es un cense y una superfluidad que ni siquiera se puede calificar de hermosa. El mismo Barado se encarga de decirnos que los batallones, por economía, se encuentran reducidos al estado de esqueletos: que sus plazas son nominales, y que, en cambio, de la plantilla de oficialidad nada se suprime, por no disgustar á los suprimidos: lo cual, según donosamente agrega el escritor, es lo menos que podía suceder.

* * *

Pero volviendo á Italia y Alemania, se me dirá, y con razón, que si nuestro ejercito nos arruina y está además pésimamente organizado, hallándonos todos persuadidos de que cualquier guerra

pararía en el mayor desastre, las dos naciones aliadas, en cambio de sus sacrificios, poseen una constitución militar de primer orden. En Italia recorrerán los campos gavilla de aldeanos famélicos, que antes de emigrar lanzan el grito de la desesperación: «¡Pan y trabajo!» En cambio esperan almorzar dentro de poco laureles y gloria.

Sí: no niego que el ejército alemán es en su género modelo; reconozco la marcialidad de sus oficiales, la perfecta instrucción de sus soldados; sólo pregunto: ¿es natural, en el siglo en que vivimos, que se reúnan dos poderosos Monarcas para tratar únicamente de hazañas bélicas, ni más ni menos que si el uno fuese Agamenón, rey de reyes, y el otro Aquiles, hijo de Peleo? ¿Se concibe que, en vez de pensar en los adelantos literarios y científicos, recorrer los museos y los hospitales, comunicarse el progreso de las artes en sus respectivos dominios, presentarse los ciudadanos que son honra del siglo en que viven, estudiar de mancomún las necesidades de los pueblos y el estado de la política interior, no hagan más que revistas y revistas, desfiles y desfiles, visitas y visitas de cuarteles?

¿Cuándo se acabará la incertidumbre de Europa? ¿Cuándo se despejará el horizonte y vendrá el suspirado desarme, que devuelva los brazos á la agricultura y el dinero á las arcas del Erario? Llegue enhorabuena el conflicto; descargue la nube, resuélvase el problema, y sonría otra vez el sol. Razón tienen los fueristas bascos: en tiempo de paz, es risible oír el redoble del tambor y el sonido de la corneta; en tiempo de guerra, es indigno ver á nadie que no sea soldado, porque, en peligro la patria, todo varón debe empuñar el fusil.

A los franceses no les ha caído en gracia el viaje del monarca italiano. Se les figura una protesta, más ó menos explícita, contra el éxito de la Exposición. se han desquitado ridiculizando algunos pormenores de la hospitalidad alemana, riéndose de los *menus* de los festines regio-imperiales, comentando la amazona de paño blanco y el chambergo con plumas de la Emperatriz. Los Holienzollern, en efecto, son una raza de soldados: la economía, la sencillez, la modestia, constituyen en ellos una tradición, legada por el célebre Federico, que echaba mangas nuevas, botones y

remiendos á las casacas militares. No habrán ofrecido á Humberto un hospedaje refinado; en cambio le han hecho testigo del delirante entusiasmo de un pueblo que tiene la fortuna de amar sus instituciones, que no cesa de vitorear á su Emperador apenas pone el pie en la calle ó se asoma á los balcones de palacio.

* * *

Aquí hay humor y gente para todo: París es tan vasto, que en él cada cual puede encontrar vado á sus aficiones y satisfacción de sus caprichos. En una de mis últimas cartas *habló* del banquete de los legitimistas ó Mancos, presidido por el príncipe de Valori: después he visto que los orleanistas no se quedan atrás. Con motivo de haber celebrado los condes de París sus bodas de plata (atroz galicismo ó germanismo y candorosa costumbre que va aclimatándose mucho en todas partes), magníficos presentes y vagones de ramilletes de rosas han sido enviados á Sheen House, actual residencia de los «príncipes».

Uno de estos ramilletes de flores simbólicas he admirado ayer, cuando me dirigía hacia la Exposición con ánimo de verla *por fuera*, pues la visita *por dentro* debe reservarse para cuando todas las instalaciones se encuentren completas (y he de advertir que no lo están todavía). Exterior como interiormente, esta inmensa aglomeración de edificios causa vértigo.

* * *

Desde las plataformas de la torre Eiffel se dominará perfectamente la totalidad de la. Exposición, toda la Explanada de los Inválidos, el Campo de Marte y el parque del Trocadero. Como sólo una vez piense ascender á la torre, ese día la describiré, antes que se disipe la impresión que haya experimentado; por hoy me contento con subir á la galería circular del palacio del Trocadero, desde donde puede otearse todo, excepto la Explanada de los Inválidos.

Lo primerito que atrae nuestras miradas ¿qué ha de ser sino la torre? En medio de su inmensidad, la pirámide de hierro es majestuosa, proporcionada, elegante: su misma férrea caparazón tiene esbeltez. No; ya dije que hoy no quería hablar de ella.

Allá abajo rueda la gran cascada, y de tazón en tazón viene á parar en el pilón donde se aplana y reposa. La cascada es antigua

ya, y si alguna caída de agua pudiese ser de mal gusto, ésta lo sería. Se asemeja á una decoración de ópera, y contribuyen á la semejanza los cuatro avechuchos de dorada fundición que la guarnecen. A uno y otro lado de la fuente se extiende el Parque, transformado en Exposición de Horticultura. Por allí anda también mi antiguo conocido el acuario, ni mejorado en tercio y quinto, y la futura Exposición geológica, que será indudablemente muy curiosa, pero que hoy por hoy se hulla en el estado de la inocencia. El Parque comunica con el puente de Tena y va á desembocar en el inmenso y grandioso Campo de Marte.

En él se ven desde luego los pabellones pertenecientes á la opulenta Compañía petrolera internacional; luego la Exposición particular de la sociedad electricista; y al extremo de la vasta construcción destinada al material de navegación y salvamento, el soberbio panorama de la Compañía Transatlántica.

Merece que nos detengamos en él. Panorama y diorama nos muestran en todo su esplendor la poderosa flota de la Compañía que realiza hoy las empresas atribuidas á los navegantes fenicios. Quien recorre el pabellón del Campo de Marte, puede forjarse la ilusión de estar á bordo de uno de esos hermosos vapores que han unido á Europa con América. Se visita el puente, el entrepuente, el sellado; se cruza por entre la arboladura; se ven las cámaras de los pasajeros de primera, el fumadero, el comedor; se conoce el navío en construcción *Turena*, lo mismo que si nos embarcásemos en él. Por lo que toca al pabellón en sí, dicen algunos que es una bonita obra arquitectónica; que se desarmará y se lo llevarán para armarlo otra vez en Nueva York. Confieso que este género de edificios en que domina el hierro me parecen todos de un carácter utilitario incompatible con la estética. Sólo la torre... ¡Ea! No, no hablemos todavía de ella.

Lo que llama la atención alrededor de la torre, es la especie de mascarada arquitectónica, conocida por *Historia de la habitación humana*, que comprende desde las ciudades lacustres y las cavernas de los trogloditas, hasta los palacios del Renacimiento italiano. Quizás diga algo, más adelante, de esta reconstrucción poco feliz: sólo de pasada la nombro ahora, al tratar de la Exposición por fuera.

Entre las descomunales patazas del coloso, como para quitar el aspecto industrial á los montantes de hierro que sostienen su mole, se eleva, hasta la altura de unos doce metros, la bella y artística fuente monumental, que, coronada por el arco en que se basa la torre, aparece en toda su elegancia. Es obra de un alumno del célebre ó ilustre Carpeaux; mide nueve metros de elevación y doce de diámetro, y comprende once figuras colosales: abajo, cinco que figuran las partes del mundo; más arriba, cuatro que sostienen un globo terráqueo circundado de una atmósfera de nubes, y sobre el globo, otras dos, airoosas, esbeltas, *lanzadas* ¡como se dice en jerga de taller, que representan á la Noche intentando sujetar al Genio de la luz. Las cuatro figuras que soportan la esfera son la Historia, Mercurio con su caduceo y el saco de dinero (símbolo de la Exposición y del río de oro que trae á París) el Sueño y el Amor (éstos sí que no entiendo el papel que componen, pues aquí difícilmente queda tiempo de dormir, y supongo que ni de *flirtear* lo tendrán las hermosuras internacionales que vagan por estas arboledas y jardines).

A los pies de la torre, como tapiz oriental á los de un negro gigantazo, se extiende un parque á la inglesa, con colinitas, saltos de agua, arroyuelos, frescura y sombra; pero todo salpicado de pabelloncitos é instalaciones. Allí se desparrama el pabellón de la Compañía de Suez y Panamá; el de la Exposición brasileña; la Exposición de cervezas de la casa Tourtel; enfrente, los pabellones de Venezuela y Bolivia; no lejos, el de Chile; luego, el Palacio de los niños, paraíso de la chiquillería, con su indispensable teatrillo en miniatura. Bajando hacia el Sena y volviendo á pasar por delante de Venezuela, se llega á Méjico, construcción extensa que hace frente; á los edificios de la Manutención y la Aduana. Al otro lado del Parque, más pabelloncitos aun: la cervecería del ferrocarril, el pabellón de las Manufacturas del Estado, el de la Compañía del Gas, el de la sociedad telefónica, el finlandés, el noruego, el sueco, la oficina donde se ve la talla del diamante, el teatro de las *Folies parisiennes*—y, por último—justo es que le otorgue especial mención—el pabellón de la Prensa.

Aseguro que después de rondar todos estos edificios, se queda uno más molido que si le hubiesen dado una soberana paliza: digo,

supongo yo que después de una paliza debe de quedarse muy molido quien la sufra, y sé por experiencia que recorrer el parque de la Exposición es un ejercicio de los más fatigosos. Buena parte de las construcciones que he citado no encierran nada que reclame mi atención: este vistazo rápido es lo único que les debo; pero al dárselo, entre el calor y el cansancio de la viajata en zizás por estas enarenadas calles, estoy que se me puede recoger con cucharilla.

Ea hermosa herradura que forman los dos palacios gemelos y el de la Exposición, encierra un deleitose jardín, mitad inglés y mitad francés, salpicado de algún pabelloncito de industrias bonitas que confinan con el arte, verbigracia, las lozas, los mármoles, las maderas recortadas para construcción. La calle grande, resguardada por toldos, ofrece un refugio contra la lluvia y el sol: esta callo rodea la segunda fuente monumental, cuyo tazón descansa en un navío (la galera de Lutecia), y en la proa ó rostro de este navío se afirma en orgullosa y retadora actitud, dispuesto á entonar un cántico de victoria, el gallo galo.

Del centro del navío surge una estatua de *Francia iluminando al mundo*, en la cual todos ven reminiscencias de la célebre Libertad de la bahía de Nueva York. Alrededor de Francia se agrupan la Ciencia y la Industria, el Arte, la Agricultura, el genio de Francia, muchos geniecillos portadores de cuernos de Amaltea, varios cañaverales, la Envidia, la Pereza, y en el tazón inferior los ríos de Francia, con infinidad de tritones. No diré que esta fuente, de noche y con luz eléctrica de colores varios, no resulte decorativa y grandiosa; pero tanta comparsa de figurones y tanta balumba de atributos me obligan a recordar, por contraste, aquella joyita del arte llenamente, aquella fuente cilla de las *Tortugas*, que se encuentra en una solitaria plazoleta de Roma, y que por su admirable sencillez recrea los ojos, pone en equilibrio el espíritu y embelesa el alma. Hoy se ha perdido el secreto de las fuentes: no llegaremos nunca en ese á nuestros predecesores.

De los dos palacios gemelos, el uno es el de Bellas Artes (donde me detendré largo rato), y el otro el de las Artes liberales, donde se junta todo el material pedagógico y científico: tipografía, librería, material escolar, elementos necesarios para la pintura y la

fotografía, instrumentos y aparatos de cirugía y medicina, chismes de los que se sirven los ingenieros, y planos de la sección antropológica y de la historia retrospectiva del trabajo. Este palacio —lo adivino—no ha de robarme mucho tiempo. Cada cual es como Dios le hizo, y á mí me falta la casilla de las máquinas, instrumentos y planos.

Dando la vuelta á los dos palacios de las Artes, encontramos hacia el segundo el pabellón de Nicaragua y el del Salvador; y subiendo hacia la escuela militar, nos salen al encuentro el del Uruguay, el de Santo Domingo, el del Paraguay, el de Guatemala y el de la India inglesa. Ante la fachada que mira al Sena, el pabellón de Mónaco y el de la pintura al pastel, y después otro mayor, el de los acuarelistas. Desde éste—haciendo case omiso de cinco grandes pabellones industriales—llegamos á la galería Rapp, y entramos en el Palacio, propiamente dicho, de la Exposición. Su redonda y majestuosa cúpula sería de gran efecto si la torre Eiffel no se comiese y no anulase todas las construcciones que tiene próximas. Además, la variada decoración de la cúpula misma me parece muy discutible desde el punto de vista del buen gusto. Su fondo es de pizarra, con oscuros reflejos metálicos, y los adornos de cobre, plomo y cinc resaltan en demasía. La portada carece de novedad y de severidad real; el balcón que la corta por medio contribuye á hacerla más mezquina; su tímpano es aplastado y pobre, y los dos figurones que á ambos lados la guarnecen, tienen el aspecto más industrial posible.

En las dos callos exteriores que orillan el palacio, pabellones y más pabellones, restaurarles y más restauran es, donde, á pretexto de servirle platos exóticos y con mucho color local, le sangran á uno bonitamente la bolsa: el rumano (que es la novedad de esta Exposición), el ruso, el bazar marroquí, la típica y célebre calle del Cairo, siempre atestada de gente, siempre animada. Al salir de ella y volver al jardín interior, á cualquiera menos á mí se le ocurriría consagrar enfáticos elogios á la Galería de las Máquinas, que á todo el mundo admira por la audacia de su construcción y su magnitud, como que es una superficie de cincuenta mil metros cuadrados, cubierta, sin ningún punto de apoyo; ni pilares, ni columnas, ni arcadas, ni nada, en suma, que pueda sostener la nave colosal.

Para mí esto es un problema científico magistralmente resuelto, pero comprendo que no sé apreciarlo; que no lo admiro ni lo estimo á proporción de lo que debe de valer.

No me determino á describir detalladamente el palacio de la Agricultura ni la Explanada de los Inválidos, únicos puntos culminantes de la *Exposición por fuera* que no he pintado todavía. De esta última algo diré. Para ir á la Explanada de los Inválidos he tomado, no un asnillo egipcio enjaezado con terciopelo rojo, sino el camino de hierro de cintura que rodea á la Exposición.

No ostenta la Explanada grandes palacios de hierro, sino mucho pintoresco pabelloncito, mucha aldehuela exótica, habitada por indígenas; el palacio argelino, el palacio tunecino, la Exposición colonial y varios estanques, donde navegan en piraguas neocaledonios y haitianos legítimos. El Tonkín, el imperio annamita, Cochinchina, se encuentran representados por numerosos obreros; un teatro asiático, que da tres funciones diarias; diferentes pagodas de bulbosas cúpulas, y un templo donde el ídolo de Buda cierra los ojos por no marearse con tanta actividad, lo más opuesto á sus soñolientas doctrinas. ¿Y qué más merco o citarse cu la Exposición por fuera? La puerta de la Exposición militar, que representa una fortaleza del siglo XV, con sus dos torreones redondos y almenados, y su puntiagudo techo, flanqueado de torrecillas.

* * *

El día mismo en que me dí el formidable pasco de recorrer toda la Exposición, después de haberla contemplado á vista de pájaro desde la galería circular, supe que por la *noche* se celebraba un banquete, al cual no pude asistir por bailarme muy fatigada, pero al cual asistí otros años, y, por lo tanto, debo consagrarle una memoria.

Yo no sé si en América existen sociedades de Folk-Lore, ó *ciencia popular*, para hablar en cristiano: en el viejo Continente, á causa de su misma vejez, la idea del Folk-Lore, sajona de origen, ha prendido y arraigado de tal suerte, que van tomando carta de naturaleza en nuestros idiomas neolatinos las palabras *folklórico*, *folklorístico*, *folklorista*, cuyo sentido ya comprende todo el mundo.

Tienen por objeto las sociedades de Folk-Lore recoger, archivar e interpretar, si es posible, las preocupaciones, supersticiones,

creencias, mitos, leyendas, consejos, refranes, tradiciones y cuentos que el adelanto de las sociedades y la mano niveladora de la civilización van extinguiendo y borrando por todas partes. Creen los fundadores del Folk-Lore que en este terreno de aluvión donde ha ido depositándose lentamente el remanse de los siglos pasados y las edades desvanecidas, se encuentran los gérmenes de la vida histórica de las naciones, la clave de su arte, de su literatura, el fondo mismo de su carácter. Ayudadas por el movimiento regionalista y localista que hoy se manifiesta enérgicamente en Europa, las sociedades de Folk-Lore han adquirido en pocos años extraordinario vuelo, y cundido por los más remotos países.

No existían en España más que dos de estas sociedades cuando fundó yo en mi tierra el Folk-Lore Gallego, que ha sido de los más activos, y tal vez algo útil para la cultura regional. Porque el Folk-Lore que parece una reunión de curiosos impertinentes dedicados á estereotipar cuentos de viejas, en realidad guarda estrecha conexión con varias ciencias, de las que más camino llevan andado en el presente siglo—etnografía, lingüística, mitografía, antropología.—Por ese no me sorprendió poco ni mucho, al llegar á París, encontrar establecido un Folk-Lore bajo el gracioso título de sociedad de *Ma mère l'Oie* (como si dijésemos, *Sociedad de Maricastaña ó del Rey que rabió por gachas*) y ver que en el seno de esa sociedad figuraban sabios de tanto nombre como Renan, Mortillet, Sebillot, el príncipe Rolando Bonaparte y otros muchos á quienes sin eluda me parezco, ya que no en los conocimientos científicos, en no importárseme un bledo que me acusen de ir con el cuévano recogiendo las trapeterías y las telarañas del pasado.

Digo, pues, que esta sociedad de *Ma mère l'Oie*, con la cual llevo hace años cordial relación, celebra todos los meses una comida, á que he asistido diferentes veces, y que la galantería de mis colegas en *saber popular*: me obligó siempre á presidir. Verificábanse los agapes en un restaurant; pero hace dos años, deseosos los folkloristas de instalarse mejor, se convinieron con uno de los muchos círculos que en París existen, llamado el *Cercle Saint-Simon*, el cual se ofreció á darles, mediante un razonable subsidio, casa, luz, biblioteca, periódicos y local para el acostumbrado

banquete. Apenas acomodados en el *Cercle*, me convidaron los folkloristas á asistir á la primera reunión gastronómica.

Aquí entra un curioso incidente. El mayor núcleo de socios del Cercle Saint-Simón se compone de protestantes; ignoro si calvinistas, luteranos ó evangélicos, pero protestantes al fin. Sabedores de que los folkloristas habían convidado á una dama, muchos socios, con la clásica intolerancia y la poca cortesía de los puritanos, elevaron una protesta. Aquí del apuro de mis anfitriones. ¿Iban á desconvidarme? ¿Se malquistarían con la sociedad? En esta duda estaban cuando mi anciano y respetable amigo el conde de Puymaigre, el eminente autor de *La corte literaria de D. Juan II, rey de Castilla*, el traductor del *Víctorial*, a quien la Academia Española nombró socio correspondiente el año pasado, intervino en la cuestión, mostrando un ardor y una vehemencia caballeresca propia de edad más lozana que la suya. ¿Cómo se entiendo? ¿soñar siquiera en rendir el pabellón ante gente necia y descomedida, cuando estaba de por medio una señora? ¿No sabían quién era yo? ¿Ignoraban mi representación literaria, mis servicios al FolkLore, etc., etc.? En suma, tanto dijo el simpático Néstor, que la asamblea de los argivos aplaudió, y quedó resuelto el incidente, derrotando el *saber popular* á la Reforma.

Yo me enteró de la polémica cuando ya estaba sentada á la larga mesa de cincuenta cubiertos, teniendo á mi derecha al príncipe Rolando Bonaparte y á mi izquierda al docto euskarófilo Juliano Vinsen. Renan, no se sí ocupado ó indispuerto, no había podido asistir. El príncipe, deseoso de dar color local al banquete y de relacionar á nuestros paladares con los platos de su tierra, contribuía con una provisión de bollos de harina de castaña, quesos de oveja, empedrados de higos, tortas de maíz y cebada, roscos más duros que las paredes de la habitación prehistórica, y otros manjares corsos que, sin pecar de maliciosa, bien puedo figurarme que no gustaron tanto á los comensales como el Jerez, el Valdepeñas rancio y el San Vicente que les ofrecí yo, deseosa de lucir los chispeantes, los dorados, los incomparables vinos de la patria española.

En Francia es costumbre aneja cantar á los postres, y esta costumbre no la perdonan los folkloristas. Yo vale tener buena ni

mala voz; no hay que disculparse con que se carece de afinación, ó de oído, ó de conocimientos en el solfeo, ó de humor, ó de todas estas cosas juntas; y sólo se exime uno del canticio apelando, como yo, á recitar una poesía, que ha de ser popular y en dialecto. Cantaron, pues, ó recitaron por turno los cincuenta comensales, cada uno las canciones ó las baladas de su país. Un japonesito, que parecía una figura de barro cocido, nos narró no sé qué historieta amorosa, en su lengua por supuesto, con lo cual dicho se está que nos quedamos en ayunas y que él pudo muy á su sabor llenarnos de desvergüenzas, aunque no lo creo, pues con sus ojuelos oblicuos y su cabecita de calabacín parecía excelente persona, y mostraba hallarse muy confuso é intimidado. Un bajo-bretón no sólo nos cantó una leyenda preciosa, sino que bailó la célebre danza popular de *Los zuecos de la Reina Ana*, Un inglés nos ofreció un canto bárdico del país de Gales. Un normando entonó alegres estribillos, que olían á manzana en flor y sidra fresca. Por último, un negro haitiano nos hizo oír una *nana* ó canto de cuna, que á todos nos agradó mucho por su inocente gracia criolla.

Aquella mesa era abreviado trasunto ó, mejor dicho, profecía de la Exposición universal. Tocios los países, todas las razas, todas las lenguas se reunían en torno de la mesa cosmopolita, al amparo de la vieja tradición y de la joven fraternidad de los pueblos. Al empezarse los brindis, el más caluroso y entusiasta fué para Galicia; amabilidad que agradecí mucho en nombre de ella y en el mío propio.

Las conversaciones merecían que las hubiese apuntado un taquígrafo. A mi lado se hablaba de cráneos, conversación de molde para cortar el apetito á quien no sea un sabio de tomo y lomo, cual el ilustre Mortillet. Los cráneos de mi tierra, del Occidente de España, eran cabalmente lo que traía á aquellos insignes prehistoriógrafos vueltos tarumba. De las demás regiones españolas habían logrado juntar una mediana colección, suficiente para discernir el tipo étnico; pero de mi país no andaba por los Museos antropológicos ni una mala calavera. Yo me sonreía, pensando cu el supersticioso respeto con que el gallego mira los cementerios, las sepulturas y todo lo que podemos llamar la religión ancestral ó culto de los antepasados. ¡Conseguir un cráneo gallego! Empresa muy

difícil. «¡Y decir, exclamaba Mortillet, que tenemos cráneos de malgachos, de peruanos, de lapones, de samoyedos, de aztecas, y no podemos lograr un cráneo procedente del país de esta señora! Al menos, señora, dígnese usted decirme si prevalece la dolicocefalia ó la braquicefalia.»

En tan inocentes disquisiciones entretuvimos la comida, que no terminó antes de las doce de la noche.

CARTA XII

NUESTRA PINTURA

París 12 Junio.

El asunto que voy á tratar en esta carta es de los más interesantes para España y para los que tenemos gustos artísticos. Me refiero á nuestra sección de pintura y á las vicisitudes por que pasó antes de llegar á verse instalada en el palacio de Bellas Artes. Referiré estas vicisitudes y tropiezos, tal como han llegado hasta mí, por referencias que creo fidedignas. Alguien me aconsejaba que no comunicase estos detalles á mis lectores de la América del Sur, á fin de que no formasen mala idea de cómo andamos gobernados y regidos los españoles; pero, aparte de que yo creo que la verdad jamás perjudica, opino que nadie tiene más derecho á ella que los americanos, imposibilitados por la distancia de rectificar y aquilatar las noticias que les enviamos desde aquí.

Votada en Cortes la cantidad de dos millones que el Gobierno destinó á nuestra representación extraoficial en el Certamen parisiense, encargóse de dar empleo y lucimiento á la suma la Cámara de Comercio, que presidía Angolotti. Por enfermedad de este señor vino á sustituirle el famoso y opulento fabricante de chocolates Matías López, que es uno de los mayores culpables de que se vaya desterrando el aromático y rico chocolate antiguo molido á brazo y aromatizado con canela, é implantándose la antipática mixtura francesa hecha á máquina, donde la esencia de la vainilla quiere disimular la insipidez de la harina con que tal vez se

remedian las faltas del cacao. El Sr. D. Matías López, como es natural, entiende más de chocolatería que de bellas artes, y confió este ramo al cuidado del pintor Domínguez, por haber rehusado la comisión el muy conocido Federico Madrazo el secretario nombrado fué el periodista Ortega Munilla, y entre los jurados de admisión figuraron Mérida, Domínguez, Gisbert y Beruete.

El primer problema era conseguir en París un local digno de nuestros artistas, donde campeasen solos y no tuviesen que reducirse á medio salón, dejando el otro salón á una nación cualquiera, ó contentarse con una modesta salita análoga á la que disfrutaban los expositores alemanes. A esto se dirigieron los esfuerzos del Comité en París, y principalmente de Enrique Molida; y los coronó el éxito más completo, pues obtuvieron nada menos que dos magníficos salones de los llamados *de honor*: el primero, de 28 metros de largo por 14 de ancho; el segundo, de 14 en cuadro, con elevadísima techumbre; en suma, el mejor local de la Exposición, después del destinado á la pintura francesa, y superior al de naciones que han prestado concurso oficial, como los Estados Unidos.

Logrado el sitio, y sitio tan decoroso, parecía que se encontraba orillada la más grave dificultad que había de impedirnos hacer buen papel en la Exposición de Bellas Artes. Lienzos para cubrir las paredes de nuestros salones, no habían de faltarnos... ¡Cuál sería la consternación de Domínguez viendo que, al dirigirse al Gobierno en demanda de cuadros, se le contestaba con negativas más ó menos rotundas, y el presidente de la Cámara de Comercio apenas le prestaba auxilio!

Poseer dos inmensos salones y no disponer de cuadros con que vestirlos; haber solicitado mi local que nos pone en evidencia, y no exhibir en él sino lienzos chicos y de menor cuantía, era sencillamente el fracase de la Exposición española y la deshonra de nuestro arte á la faz del mundo entero. Indignaba el que, tratándose de nuestra buena fama, se parase el Gobierno en tiquis miquis políticos, cuando la mejor política es hacer buena figura en todos lados y quedar con brillo donde se pronuncie por una ú otra causa el nombre español. No sabiendo á qué santo encomendarse,

Domínguez pensó en que resolviese el conflicto la intervención de Emilio Castelar.

* * *

Desde su puesto de aparente retraimiento, según conviene á un ex presidente de República bajo una monarquía, Emilio Castelar dispone ó influye, y muchos actos políticos trascendentales de Sagasta se dice de público que obedecen á indicaciones y consejos del eminente orador. Nadie ignora las simpatías que éste manifiesta hacia Francia; tendencia explicable dentro de los ideales políticos á que Castelar no ha renunciado, y á su deseo de croarse simpatías en la nación francesa. Castelar ofreció, pues, remover cuantos obstáculos se opusiesen al envío de cuadros, y llegó al extremo de amenazar con una interpolación en pleno Congreso al ministerio Sagasta. La remesa se acordó en Consejo de ministros.

La concesión parece muy obvia y sencilla; pero concedido y todo el envío, hubo que luchar con innumerables dificultades. Ni fué la mayor el que no se quisiera contribuir al Certamen internacional con las obras maestras de nuestra pintura durante la última década: peor y más peligroso obstáculo eran las pretensiones de los medianos, que querían cubrir la falta enviando obras que hubiesen dejado con muy feo color nuestro pabellón artístico» Considérese qué vergüenza para España sería no poder exhibir las obras de los Pradillas, Casados y Carboneros» y ver revestidas las paredes de su magnífico local con lienzos problemáticos y bocetos informes»

En resolución, después de bregar mucho, se consiguió que el Museo enviase á París las obras maestras siguientes: *La Campana de Huesca*, de Casado; la *Conversión del Duque de Gandía* (San Francisco de Borja), de Moreno Carbonero, y el *Fusilamiento de Torrijos*, de Gisbert: por señas que este último cuadro, de corte trágico, es el que más gentío atrae en la Exposición; el que consigue siempre tener delante un corro de quince ó veinte admiradores que, sin haberla leído, presienten la estrofa del poeta:

«Helos allí; junto á la mar bravía,
cadáveres están ¡ay! los que fueron
honra del libre, y con su muerte dieron
almas al cielo, á España nombradía.»

Pero lo más reñido de la batalla no tuvo por campo el Museo, sino el Senado, y el precio de la victoria fué el célebre lienzo de Pradilla, *La Rendición de Granada*.

* * *

Esta joya, adquirida por el Senado á un precio que, si se compara con el de otros cuadros encargados últimamente, resulta basta módico, é irrisorio si se piensa en la cotización del menor lienzo de Millet, había sido enviada por los senadores á la Exposición de Munich, mediante influencias de la infanta Paz de Borbón, hermana de Alfonso Sil, y que reside allí con su esposa. Mas los senadores, al conceder el envío, obligaron á Pradilla á que firmase un documento comprometiéndose, en case de de terror o, á restaurar el lienzo, y en case de destrucción total, á reemplazarlo *con otro nuevo de igual importancia*. Firmó el artista este contrato leonino, fiando en la bonachonería de los acontecimientos—la cual no se desmintió, pues el cuadro volvió sano y salvo á ocupar su sitio en las paredes de la Cámara—Discurriendo cómo evitarían nuevos petitorios y viajes, cuentan que los senadores tuvieron una idea luminosa: sujetar el cuadro ala pared de tal modo, que resultase casi imposible desprenderlo. Lo malo fué que al poner por obra la idea, pegaron el lienzo á tope sobre un revoque de húmeda cal, y si permanece así, tan preservadito, cinco años siquiera, al cabo de ellos se lo encuentran en completa putrefacción. Esto me han asegurado, por mas que los senadores juran y perjuran que no es cierto, y la justicia me obliga á consignar su protesta. Como iba diciendo, la primer negativa del Senado á facilitar el cuadro de Pradilla fué tan unánime, que casi desesperanzados los individuos del Comité, hubieron de rogar al artista que fuera en persona á solicitar el envío. Pradilla accedió y se presentó en el senado, pudiendo comprobar allí la inmensa estimación que la respetable Cámara le profesa. La emoción de los senadores al ver al autor de *Doña Juana la Loca* fué tal, que dudaban si en efecto tenían la dicha de estar ante Pradilla, y le palpaban y abrazaban exclamando: «¡Pero es usted! ¿Es usted el que ha pintado *La Rendición de Granada*?

A despecho de tan espontánea ovación, no tardó el artista en convencerse de que no había medio de obtener el cuadro. «¡Que vengan los franceses á verlo o aquí, si les da la gana!» repetía el

conde de Guaquí. De otros senadores se murmuraba que, ya con deseo de proteger á artistas de menos fuste, ya interesados por el envío de *La Conversión de Recaredo*, de Muñoz Degrain, lienzo muy severamente juzgado por la crítica, sostenían la cábala urdida para evitar la concesión de la obra del maestro. Hubo, pues, que recurrir segunda vez al *Deus ex machina*, ó sea á Castelar, quien sirviéndose de todos sus recursos, poniendo en juego su influencia multiforme, consiguió, ayudado del duque de Veragua, dar á los senadores un empujón, y que el permiso se concediese sin más protesta que la del refractario conde de Puñon rostro.

* * *

Resueltas todas las dificultades en el terreno legal, no estaba vencida aún la oposición insidiosa de la mala voluntad. Al ir á recoger el cuadro de Pradilla, se encontráronlos organizadores con una tranquila sumamente original: el Senado les daba el lienzo, corriente; pero el marco... El marco no podía ser.

¡Juzgúese la cara que podrían! Un marco nuevo tenía que costar un dineral, y ni había fondos, ni casi tiempo hábil para construir el marco, Por fin, después de nueva y desesperada lucha, obtúvose el marco también, y al levantar el cuadro pudo verse que, si no es por la Exposición de París, en breve plazo la humedad daría cuenta de la joya tan admirada por los senadores, y, sin embargo, sentenciada á muerte por emparedamiento. Repito que me lo han contado así; *relata refero*; y si hay error en lo que escribo, rectifiquen los interesados, y rectificaré yo á mi vez en el segundo tomo de esta obra.

Ya en París el cuadro, consiguió el Comité, mediante una pequeña intriga, darle puesto aparte en el gran salón, colocándole aislado, no sin gran desazón de Gisbert, y no sin que Matías López, desde Madrid, pasase mi oficio extrañándose de este honor especial otorgado á *La Rendición de Granada*, El público de la Exposición (justo os advertirlo), da la razón á Gisbert, prefiriendo, de todos los lienzos de la sección española, el que el *Fígaro*, con la escrupulosa exactitud y exacta información que gastan los franceses al tratarse de nosotros, llama *fusilamiento de los Torrijos*»

Entre las dos salas que ocupa nuestra pintura en París, existe una diferencia marcadísima, ó, por mejor decir, un contraste. El primer

salón es lúgubre y terrible: le angustian las escenas de la ensangrentada playa, la sangre coagulada y los degollados troncos del subterráneo del *Rey Monje*, la austera figura de Felipe II, el fanatismo de Torquemada, la melancólica silueta de Carlos V llegando á Yuste como el náufrago á la playa, todas las tristezas de nuestra historia, que es en realidad una historia de guerra y de muerte. Pero en el salón segundo reaparecen la alegría y la claridad, propias también de nuestro cielo y nuestro carácter: las airosas majas, los donosos casacones, las escenas toreras, los paisajes, los tipos y costumbres que chorrean sal y vida. Son las dos caras del Jano español.

De *La Rendición de Granada* poco queda que decir que no se haya dicho ya. Es un lienzo incomparable, si se atiende en él al aire ambiente, al fondo, á los accesorios, y á dos ó tres rasgos de primer orden que pueden notarse en las figuras. Por la franqueza y el sentimiento no puede, sin embargo, compararse al modelo de las rendiciones todas, á *La Rendición de Breda*, de Velázquez. Aquella dignidad, verdad y sencillez conseguida por el primer pintor del mundo (Velázquez lo es sin disputa), no las alcanza Pradilla. Verdad que son lo supremo del arte humano.

Gisbert ya he indicado que obtiene un éxito. Los franceses se paran ante su cuadro, sobrecogidos por el drama que representa y por la bella expresión de las nobles figuras: menean la cabeza y murmuran entre dientes: *Ca, c'est très-fort!* Para Gisbert la Exposición viene á ser como una especie de desquite. Elevado á la cima de la gloria algunos años antes de la revolución de 1868 por su lienzo *Los Comuneros*, que la parcialidad política ensalzó excesivamente, el pintor catalán no tardó en pasar de moda y en quedarse á la zaga, mientras otros astros brillaban en el horizonte y ascendían al zenit, Grande será, pues, la satisfacción de Gisbert, maduro, ó, por mejor decir, envejecido ya, al conseguir que otro cuadro inspirado en el mismo espíritu liberal que *Los Comuneros*, logre dominar al público en nuestra Exposición pictórica de París.

La obra de Luis Alvarez, pintada ex profese para el Certamen, y titulada *La silla de Felipe II*, llama también la atención, aunque el *Fíguro* la censura, diciendo, con su proverbial conocimiento de causa, que es «un Rey malhumorado meditando alguna picardía á

la sombra de los altos muros del Escorial». (Donde medita picardías el Rey en el cuadro de Alvarez, es sentado en el pedrusco que se conoce por *Silla de Felipe II*, y se encuentra á más de un kilómetro del Escorial: al titos tendrían que ser los muros para dar sombra á tal distancia.) En cambio elogia mucho el *Fígaro* la afrancesada *Visita al hospital*, de Luis Jiménez Aranda, cuadro pálido y monótono, que descuella para los franceses, porque se ciñe á sus estilos de pintar.

Merece notarse el lienzo de Sala, *Torquemada ante los Reyes Católicos*, que, según el *Fígaro* (tengo interés en poner de relieve con cuánta competencia tratan los franceses lo que nos atañe), representa á un «Torquemada tempestuoso, defendiendo con gran empeño el dogma de la Inmaculada Concepción.» Verán ustedes lo que en efecto hace Torquemada. Cuéntase que, habiendo pactado los Reyes con los hebreos para consentirles ciertas franquicias y exenciones, Torquemada sacó un Cristo y le arrojó sobre la regia mesa, exclamando: «Judas le vendió por treinta dineros: véndanle vuestras señorías otra vez». Este es el «dogma de la Inmaculada Concepción» que defiende Torquemada «el tempestuoso» en el cuadro de Sala.

La llegada de Carlos V al monasterio de Yuste, obra del pintor catalán Casanova, residente en París, y autor del famoso cuadro llamado de «las patas» en la última Exposición española, adolece algo del efectismo propio de la pintura decorativa, y peca por la repetición de un asunto muy tratado ya por los artistas españoles. De mayor abuse del carácter decorativo se resiente aún *La Conversión de Recaredo*; de Muñoz Degrain, y además aseguran los inteligentes que está desdibujada, Muñoz Degrain ha pintado como nadie los pormenores de indumentaria y el fondo de sus *Amantes de Teruel*: desde entonces su talento, en vez de robustecerse y afirmarse, sufre algún eclipse. ¡Quiera Dios que sea parcial y momentáneo, pues Muñoz Degrain es de los artistas más simpáticos en el color y en los accesorios!

Pasemos de prisa ante la *Barca de Caronte*, obra del filipino Resurrección Hidalgo, y detengámonos ante los trabajos expuestos por otro filipino, Luna, que fué hace cuatro ó cinco años una esperanza y una enseña de combate, y desde entonces no ha

conseguido ponerse al frente de los pintores españoles, según auguraron ciertos críticos cuando el *Spoliarium* asomó en el horizonte.

Yo ví el *Spoliarium* en París; y á pesar de parecerme un boceto colosal, el plan de un cuadro, no puedo negar que detrás de aquella valiente composición mal terminada, descubrí un genio que nacía con el vigor y la fuerza de los aguiluchos. Cansada de afeminaciones, de majas y peluquines, de moros indescifrables, al estilo Fortuny, y de lamidas *pierrettes* género Madrazo, me agradó una página tan osada y briosa.

Si la mano que arrojó sobre el lienzo semejante composición fuese ya dueña de los secretos y triquiñuelas del oficio, nadie podría regatear á Luna el título de gran pintor. Y mirando al autor de *Spoliarium* tan joven, casi niño, con su tipo mogólico (porque Luna, aunque español de nación, es de raza amarilla, parecíame que el arte debía prometerse mucho de quien empezaba así. Por desgracia, no ha seguido todavía su genio la marcha ascendente que soñó al admirar el discutido y «naturalista» *Spoliarium*, Su *Batalla de Lepanto*, que el Senado adquirió para hacer juego con *La Bendición*, de Pradilla, ha sido objeto de críticas muy acerbas; el color ha parecido agrio y chillón; las figuras (excepto la de un galeote que rema), mal entendidas; y lo que Luna expone hoy en París, no obstante los encarecimientos de Alberto Wolff, tampoco logra aprobación universal. Lo más alabado es el *Yo Himeneo*, ó teoría de bacantes; en cuanto á los retratos y un paisaje, no he oído á nadie que no los trate con dureza. Luna ha tenido además la desgracia de que su bacanal no sea única, y que Alma Tadema—el primer pintor contemporáneo en concepto de algunos—haya tratado igual asunto con la distinción y la finura exquisita y el minucioso esmero de costumbre. El *Sermón en España*, de José Benlliure, es negro y melancólico; los *Retratos*, de Raimundo Madrazo, coquetones y bonitos: las *Majas*, de Enrique Mérida, vierten sal y donaire; y los paisajes de Martín Rico—el primer paisajista español, aunque el *Fígaro* ni siquiera le nombra—atraen por su acostumbrada frescura, luz y realidad. José Jiménez Branda, pintor sevillano que lleva diez años de residencia en París, expone el género en que más descuella, que son las escenillas de la época de

Goya, y algunos aguazos (*gouaches*) muy lindos; amén de un gran crucifijo en tamaño natural, de carácter romántico, sobre fondo negro y rodeado de acumuladas nubes.

* * *

Domingo, su propio retrato, hermosísimo por más señas; y acerca de él quiero referir una anécdota que entre los del oficio se susurra.—Daba el duque de Fernán Núñez un baile el invierno pasado, y habiendo convidado al artista, Domingo le envió este retrato con una tarjeta muy cortés, en que le decía que, no pudiendo asistir el autor en cuerpo y alma, asistiría en efigie. Al recibir el lienzo y la misiva, el magnate sintió un escalofrío en la bolsa, no mal guarnecida ni flaca, sin embargo. Recordó ciertas cuentas que la Reina Regente hubo de pagar á Domingo por unos cuadritos microscópicos, y calculó que si así vendía sus estudios, mucho más cara vendería su propia imagen; y para evitar toda clase de malas tentaciones, antes que se encendiesen las bujías de la fiesta, ya estaba otra vez el retrato en casa del original.—Expone también Domingo dos gatitos ideales. Ideales, sí; como gatitos y como pintura. ¡Cuánto siento que los gatos de Domingo no se vendan al mismo precio que los de carne y hueso, ó algo más! Aunque fuese precise mantenerlos con cordilla.

Ochoa, el cuñado de Raimundo Madrazo, presenta graciosos pasteles y retratos de mujer; y Bilbao, el autor del celebre *Idilio griego*, algunas muestras de su talento, no de las más incontestables. Es unánime la queja de que no figure en la Exposición el mismo *Idilio*, cuadro que por su delicadeza y clásica elegancia puede competir con los mejores de la sección inglesa, y acreditar nuestra moderna escuela pictórica. Por raro case, la duquesa Angela de Medinaceli se ha negado á facilitar esta perla, que adquirió en la pasada Exposición. Y digo por raro case, en atención á que la Duquesa es de las señoras más ilustradas y amantes del progrese que conozco. En su casa se reúnen los artistas, y hallan los pintores la generosidad unida ala inteligencia; por donde infiero que, sin algún motivo especial, no se resistiría tan egregia dama á entregar á la admiración del público la obra maestra de Bilbao.

Con tanto bueno como encierran nuestros, salones de pintura, nuestra representación en París es incompleta: se echa de menos á

Villegas, á Domínguez, á Román Ribera, á Gasto Plasencia, á Beruete y á otros muchos que, con razón, tenemos allá por astros de primera magnitud. En cuanto al decorado de nuestro magnífico local, la Comisión ha realizado prodigios, haciendo de un ochavo un cuarto, como suele decirse. Disponía de dos mil quinientas pesetas para lo mismo que los ingleses tenían concedidas doscientas cincuenta mil por su Gobierno. ¡Calcúlense los apuros de los comisionados para alhajar y adecentar el domicilio del Arte español! Las cortinas orientales son prestadas, alquilados los muebles; y mientras la pintura vive así, de milagro puede decirse, la industria más ó menos chocolatera—ramo en el cual semos y seremos, quizás por los siglos de los siglos, inferiores—se lleva ella sola casi el total del crédito votado para nuestro concurso extraoficial á la Exposición.

No puede negarse que desde el punto de vista artístico hemos salido airoso del empeño. Excepto la pintura francesa—que en esta ocasión se lleva la palma—y de algunas obras de Alma Tadema y Munkacsy, los artistas españoles pueden hombrarse con los mejores de Alemania, Inglaterra y Austria-Hungría. Los de Suecia y Noruega son una nota aislada, sincera y original: exentos de tradiciones y convencionalismos académicos, sorprenden porque se inspiran directamente en la naturaleza.

Italia marcha á la cola de la pintura actual.

¿Quién habrá de admirarse de que donde fueron Troya, Atenas y Palmira, sólo queden ruinas y hordas de feroces bandidos, cuando note que Italia, antes emporio del arte, es hoy la nación de la cual puede decirse con rigurosa exactitud que está en plena decadencia, sin luz ni camino, sin una chispa de genio que se alce de tanto montón de gloriosas cenizas?

Ya había notado esta decadencia en el Camposanto de Génova, poblado de estatuas que parecen de sal gema y azúcar cande; pero hoy en la pintura veo más claramente aún el triste estado de la nación que después de Grecia ha traído mayor contingente de ideas estéticas al universo.

He nombrado á Alemania. En efecto, á última hora, un grupo de artistas muy distinguidos se resolvió á no dejar desierto el hueco de Germania en el gran Certamen. Es una exposición parcial, en un

saloncito chico, pero no carece de interés. sobre los expositores descuella Menzel.

* * *

Al emitir un juicio comparativo entre naciones, es difícil no herir el amor propio de alguna, y más arduo decidir con equidad, sobre todo si no poseemos conocimientos sólidos y nos guía únicamente la afición y el gusto. He dicho que se lleva la palma la pintura francesa, y débese principalmente á la soberbia Exposición retrospectiva ó centenal que ellos han podido organizar con todos los elementos de que dispone quien está en su casa y es dueño de entresacar de Museos y colecciones particulares las más preciadas joyas de arte de un período. Es de advertir también que las riquezas del arte pictórico francés apenas se han desparramado: París atesora las obras capitales de Watteau, Greuze, Boucher, Fragonard, David, Courbet y Corot, La Exposición centenal será, pues, la maravilla del pabellón de Bellas Artes. Pero en cuanto á que la moderna escuela francesa de pintura aventaje á la nuestra en absoluto, hállanse divididas las opiniones, aunque en general se reconoce á los franceses más ciencia y maestría que á los nuestros. Los partidarios del diseño afirman que ningún español sabe dibujar, y que en cambio los franceses dibujan muchísimo: añaden que sus cuadros están compuestos con habilidad, pensados y reflexionados largo trecho. Estas cualidades no negaré yo que merezcan estimación, ni diré que no convenga á los españoles moderarse y estudiar los métodos modernos. Sólo indicaré que no me convencen del todo, del todo, esos maestros de maestros que ¿cada rato improvisa Francia por vanidad nacional. Meissenier, Millet, Manet podrían discutirse. Y sin despreciarlos, sospecho no quedarán acaso en el puesto eminentísimo, culminante, en que los ponen sus compatriotas. Yo veo en la pintura francesa, y en general europea, mucho más *talento* que *genio*: habilidad, gracia, tecnicismo..., de sobra; inspiración, personalidad..... ahí, ahí tropezamos.

CARTA XIII

COCHEROS Y REPRESION

París, 1. Junio

De las regiones del arte pasaré á las de la más humilde realidad: una realidad que, humilde y todo, nos trae mareados y embromadísimos: hablo de la huelga de los cocheros.

Los cocheros de punto, ó *simones*, como en Madrid se dice, son (hablando en general) la casta de gente mas soez y gruñona que Dios echo al mundo. La mitad de las desazones que sufre el infeliz viajero cuando sale de su casa con el honrado propósito de echar una cana al aire y romperles el alma á unos cuantos duros, son debidas á la gente cocheril. Si á los que no tenemos traza de provincianos ni aspecto de inocentes consiguen explotarnos y abusar de nosotros siete veces al día, ¿qué será al cándido ciudadano provisto de saco y gemelos, ignorante de las calles y de las tarifas y deseoso de llegar pronto, y determinado á no reparar en peseta arriba ó abajo? Con las tretas de los cocheros se podría hacer un libro, lo mismo que se ha hecho un diccionario de germanía con sus injurias y palabrotas.

* * *

Y es de notar que el cochero de punto se parece al jesuíta... en una cosa solamente: en que no tiene patria. Todas las demás profesiones conservan algún color local, alguna fisonomía propia de *su* nación: el cochero de punto es igual á sí mismo en donde quiera que esté. La propia avidez y barbaridad he notado en los españoles

que en los portugueses; en los portugueses que en los franceses; en los franceses que en los ingleses; en éstos que en los austríacos, suizos, italianos y belgas. Como los masones de la Edad Media, que iban por doquiera alzando catedrales góticas, los cocheros son una especie de secta conjurada y agremiada contra el bolsillo, la paciencia y el decoro del parroquiano. Yo no sé si el cochero de Rusia, tan poéticamente descrito por Turgueneff el de la *troika* y del gorro peludo, será una variedad originalísima dentro de la especie; tal vez sea la pintura de un caso aislado, de un individuo fenomenal, como alguno que encontré yo por las calles de Madrid, que tenía instrucción, que leía libros, que hablaba correctamente y conocía los países extranjeros; sólo que lo habían traído á tal situación corrimientos, desdichas y un republicanismo que si llevó á otros á muy altos puestos, á él no le condujo más que á Melilla, y luego á pescante de una berlina destartada. Supongo que en Rusia, lo mismo que aquí y que en mi tierra, los cocheros de punto que hablan sin blasfemar ni enfurecerse, y que no le piden á uno la bolsa ó la vida, constituirán la honrosísima excepción.

* * *

Aquí estos días andan picados de la tarántula. Han comprendido que el éxito de la Exposición era completo; que el Gobierno y el país lograban con él satisfacción y gloria; que los industriales parisienses se redondeaban, y que la nube de forasteros que diariamente arrojan sobre la metrópoli los trenes, necesita ante todo hallar expeditos los medios de locomoción. Omnibus, ríperes, tranvías, vapores-moscas, carruajes de lujo, todo es poco para la muchedumbre, y los catorce ó quince mil alquilones que en París existen son tan indispensables como el pan para la boca. Yo, desde que estoy aquí, puede decirse que habito en un coche de punto. ¿Cuál será mi consternación al verme amenazada de desahucio? Momentos son éstos en que acude á la memoria el socialista aforismo: «¡Lo que conviene al pueblo, es ley suprema!» ¿Por qué no hace el Alcalde de París una alcaldada (las alcaldadas son excelentes cuando son oportunas) y manda á la cárcel á dos mil cocheros atraillados como galgos, ó siquiera al sindicato que les fomenta sus insensatas pretensiones? ¿Por qué no se improvisan en el ejército cocheros (no serán peores que los que cocheaban

ayer y se niegan hoy á seguir cocheando) y se deja á esos vándalos con un palmo de narices? ¿Creen ellos que no hay sino comprometer el éxito de una empresa cual la Exposición, donde se han tirado millones y donde está empeñado el decoro de Francia, y que puede la cosa quedarse así y estar toda Europa pendiente del antojo de un hato de *malcalzados*, como diría el poeta del Romancero?

Asegurase que el Gobierno se da prisa extraordinaria para arreglar el conflicto, sin que se produzca una subida de precios muy desagradable para la gente forastera. Veremos cómo lo logra, pues de otro modo no sé qué va á ser de los que no podemos prescindir de salir á la calle y atravesar largas distancias y aprovechar todas las horas del día...¡ojalá tuviese cuarenta y ocho!

* * *

También la política ofrece alguna amenidad y encrespamiento hoy. Mucha gente anda con las orejas gachas y el corazón no mayor que una fresa, desde que se han sorprendido los papeles de la correspondencia del General. ¡Sesenta mil cartas se encontraron! Y digo yo: ¿por qué le llaman liberal á un régimen bajo el cual implica mi peligro serio el escribir á determinado personaje político diciéndole «me agradan sus ideas de usted, y celebraré que prevalezcan y se impongan? »

También se me ocurre nuevamente que el país francés no puede prescindir de la sombra de la Monarquía; y lo prueba lo mucho que llevan y traen á Curnot y á madama Carnot en esta ocasión solemne para contrarrestar la popularidad del desterrado. El viaje del Presidente ha sido un remedo de viaje regio, con sus salvas, su acompañamiento, sus dispendiosos banquetes, sus entusiasmos de fabricación oficial, sus comisiones y grupos con ramitos de flores, sus discursos, sus vivas, todo cuanto suele acompañar el pase de un Monarca. Al lado del ídolo Boulanger, se pretende erigir la estatua de Carnet. Las naciones latinas no pueden avenirse al símbolo abstracto, á la seca fórmula: necesitan encarnar la opinión en un ser viviente y real.

A esta entronización de la persona va unida fatalmente una dosis de represión contra los enemigos de ella, más que del régimen. Aquí se habla muy en serio de persecuciones y de golpe de Estado; y

algo semejante á los ya caducos procedimientos de la época imperial es el arresto de los principales bulangistas en Angulema. Llegados á esta ciudad por el tren de las diez y media Laguerre, Déroulede y Laissant, para dar una conferencia revisionista y presidir un banquete monstruo de quinientos cubiertos; recibidos con gran entusiasmo en la estación; aclamados, obsequiados con los indispensables ramilletes de claveles rojos, flor simbólica de Boulanger, la tropa interrumpe la manifestación descargando sablazos de plano y arrojando á los más entusiastas, y luego á los tres viajeros, á la puerta misma del hotel en que iban á tomar descanso. «¡No gritéis viva la República, que os prenderán!» exclamaba el fogoso Derouléde, «¡Gritad vivan los ladrones, ya veréis cómo no os hacen nada!» En suma, los viajeros y sus admiradores han sido conducidos á la cárcel, y el Comité nacional ha protestado diciendo que la patria está en peligro, y que la seguridad del ciudadano es palabra baldía.

Mas ¿qué le importa todo esto al viajero que se refocila en los cafés, *bars* y hospederías de la Exposición, que acude á la malograda fiesta de las flores, que anda de tienda en tienda, que no pierde ripio, y que se pasa el día abriendo la boca ante la torre Eiffel y las maravillas de las distintas instalaciones? ¡Buen cuidado nos dan á nosotros las armonías de Bismarck y de Crispi, la anunciada hégira del emperador de Alemania á mi país, la prisión de los bulangistas, la llegada de los príncipes de Gales, y la riña de gallos del Parlamento español, entre Martos y Sagasta (riña que, según parece, ha comenzado como el argumento del poema *Los Niebelungos* y los romances de los infantes de Lara, por una disputa de mujeres). Lo que nos tiene con el alma en un hilo no es la actitud de Tisza ni los planes de Derouléde, sino por la actitud y planes de los cocheros de punto. Si nos quedamos á pie en mitad de París, con este calor, no sé qué va á ser de nosotros. Engancharemos el caballo Pegaso á una carreta, y volaremos en alas de la poesía, siquiera no sea moda.

CARTA XIV

GENTE MENUDA. UNA ESTROFA Á ZORRILLA

París, Junio 29

Hoy, por descansar algún rato de la Exposición, resolví llevar á mis dos chiquillos, Jaime y Blanca, á ver el museo Grevin, que no es sino una colección de figuras de cera, pero maravillosa, digna de competir con la universalmente celebre de Tussard, en Londres.

Actualmente se piensa mucho en complacer, divertir y alegrar á los niños: nuestro siglo consagra á eses capullos de humanidad atención preferentísima y culto idolátrico; se les mimaba bastante, y se encuentra placer en despertar sus tiernas imaginaciones á la noción de la vida y del arte, y en allanarles el camino en sus primeras etapas. Así se explica el que yo me haya traído nada menos que á la Exposición parisiense á dos personajes de trece y diez años no cumplidos, y les enseñe (con la ilusión de que no pierdo el tiempo) cuadros, estatuas, bailes exóticos, instrumentos científicos, teatros y jardines

Para mí fué el plato más sabroso del mundo la emoción de mis dos muñecos en presencia del artístico Museo Grevin. La figura de cera, que en nuestro siglo ha llegado á suma perfección, aun cuando en el siglo XVI la alcanzó tal como lo prueban los retratos en cera que conserva el Museo del Louvre, se diferencia de la escultura en que ofrece evidente carácter dramático; si con alguna escultura pudiese compararse, sería con nuestras antiguas imágenes vestidas, que tienen de madera la cabeza y las manos, y ostentan

un realismo enérgico y aterrador. Ignoro por qué misteriosa relación de la materia con la forma artística, lo que mejor cuadra á la madera y á la cera son las escenas trágicas y las expresiones violentas, así como el mármol parece que no es capaz de expresar pasiones, y sí sólo majestad olímpica, serenidad y repose. Tussaud y Grevin, los dos famosos coleccionistas, no lo ignoran, y han sacado gran partido de las reproducciones de crímenes y muertes.

En la niñez, la vista de una galería de figuras de cera causa siempre unas miajas de susto, unidas á misterioso deleite, que nace del juego moral, del terror ficticio y puramente cómico. La niñez ama la ficción del peligro, y todos los chiquillos se crecen cuando pueden decir: «pues yo ví el asesinato que está en las figuras de cera y no tuve miedo ninguno.» Blanca, la criatura que va á cumplir diez años, entro en la galería, pálida, con sus ojos de azabache dilatadísimos, cogida de mi mano y apretándomela fuertemente sin darse cuenta de ello; en cambio Jaime, el caballerito que frisa ya en los trece, se reía y burlaba de la actitud de su hermanilla, y se metía en las salas como trasquilado por iglesia, haciendo muecas á los figurones más pavorosos ó á los más respetables personajes de la colección.

* * *

Y por allí andaban los que Europa conoce y admira, los que más influyen en su destino: Bismarck, con sus mandibular as de perro dogo; la reina Victoria, con su corona de Emperatriz; Lesseps, muy respetable; el Zar de Rusia, tan marcial; Chevreuil, el centenario, luciendo las venerables canas; Zola, respingando la nariz y guiñando los ojos; Daudet, con su cabellera merovingia; luego las escenas compuestas lo mismo que un cuadro, perfectas en su desempeño, que se confunden con la realidad: el cuarto de la bailarina en la Grande Opera, el palco del administrador en la Comedia Francesa, durante un ensayo, el donosísimo «grupo de académicos,» que casi me parecía que iban á levantarse de la banqueta de rojo terciopelo y ponerse á bromear ó á discutir conmigo; la enamorada pareja que charla al amparo de una columna; la «audiencia en el Vaticano», con la ascética figura del Papa allá en el fondo y el admirable guardia suizo en primer término: el artístico cuadro de Luis XVI y su familia en la prisión del Temple; la imprenta clandestina nihilista sorprendida por la policía rusa: el

asesinato de Marat—que es otra obra de arte—y, por último, la historia completa de un crimen, desde que el asesino torvo y feroz, clava el puñal en el pecho de la víctima y violenta el cofre de hierro relleno de billetes y valores, hasta que, pálido é inerte, es conducido á resbalar sobre el fatal tablado de la guillotina.

Mi niña se apretaba más contra mí, y no queriendo ver esta serio de horrores, la miraba, sin embargo, fascinada por el espanto mismo. Sus finas facciones, que parecían de cera también, estaban más descoloridas y espirituales que nunca, y su corazoncillo latía fuerte. Entonces determino sacar de allí á la gente menuda y llevármela á que concluyese la tarde en la Exposición, á fin de impresionarla del terror. Nunca se debe consentir que tiernos seres queden bajo la influencia de un sentimiento penoso, que á yecos se graba en su fantasía, desequilibra sus nervios y les prepara juventud enfermiza ó triste.

En la Exposición está todo muy bien arreglado para los niños, y así se les ve correr y retozar por allí, divertidos, travieses, sin desmentir la precoz cultura de los chiquillos franceses, que no rompen ni echan á perder cosa alguna. Tienen los niños su palacio especial, su teatrillo infantil, su lechería, sus puestos de rosquillas y tortas: cuanto pueden, necesitan, cuanto puede recrearles. Mas lo que hizo felices á los míos, fué el *Tío vivo* marítimo. Yo no se si en América son conocidos los *Tíos vivos*, encanto de la chiquillería española; por si no lo fuesen, diré que llamamos *Tío vivo* á, un mecanismo que hace girar una serie de caballos ó coches de madera, donde montan los niños, y en que dan vueltas con mareante y vertiginosa rapidez. Pues bien: el *Tío vivo* de la Exposición consisto en un inmenso círculo, que cubre una tela pintada imitando las olas del Océano. Varios barquitos sustituyen á los caballos de madera; y apenas los niños se embarcan, empiezan las olas á encrespase, á columpiarse los navíos, á producirse el fragor, la agitación y el desorden de una tormenta. Así se están un cuarto de hora, disfrutando ese que he llamado la ficción ó remedo del peligro. Blanca se agarraba á los palos del buque, y desde tierra oía yo sus chillidos, vueltos risas cuando la conciencia de que el mar era de lienzo la tranquiliza un poco.

Este pabelloncito se llama, con el lenguaje técnico de la Exposición, Pabellón del Mar. Del mareo debiera llamarse; y hay quien explica lo que allí sucede nombrándolo «el mareo en tierra firme». En efecto, parece que el arte exquisito del que ideó semejante diversión consiste en haber logrado que se produzcan todas las bascas, sufrimientos y agonías del mareo, sin necesidad de arriesgarse en los procelosos mares.

* * *

De allí pasamos al llamado «Palacio de los niños», aunque en realidad no está dedicado á la infancia; pero el rótulo atrajo á mi gente pequeña. Verdaderamente es un teatro, con el añadido de algunas tiendas. Ciertamente que no faltan, para los muchachos, el teatrillo guiñol, los billares y circos mecánicos, las payasadas, los escaparates llenos de juguetes. Pero no creo que sea para los rapaces gran entretenimiento la vista de la *Hermosa Fatma*, que allí se enseña, ni la representación de las funciones de teatro exhumadas del período revolucionario, verdadera curiosidad literaria; *El Barbero de Sevilla*, con música, no de Rossini, sino de Paisiello; *Raoul de Créqui*, con música de Balayrac; *La tarde tempestuosa*, opereta política; *Nicodemus en la luna*, parodia reaccionaria; *Madama Angot*, no la moderna y conocidísima, sino la madre de la actual, que se representaba en 1795; *Los verdaderos descamisados*, ó *La hospitalidad revolucionaria*, pieza escrita en el año 1794. y la *Partie carrée*, que subió á escena durante el apogeo del Terror, y donde no hay papel de mujer, Es un repertorio que me agradaría infinito conocer entero.

Desde el Palacio de los niños nos fuimos á ver la esfera terrestre monumental. Esta esfera (muy propia para fomentar la afición á la geografía, hoy tan desarrollada en los rapaces) está sostenida en una especie de torre de fundición, y hace oficio de reloj, señalando horas, minutos y segundos. Se sube al globo por una escalerilla que ocupa el interior de la torre. Para dar idea de la magnitud del globo, sólo diré que forma una sala con una galería en figura de hélice, capaz para que trescientas personas pueden ver funcionar los motores mecánicos. Cuando termine la Exposición, este artilugio irá á adornar na jardín de París.

Hay trabajos defectuosos, y aun censurables desde el punto de vista del arte ó de la ciencia, pero que, incompletos y todo, llenan bien un fin pedagógico: el de instruir, estimular y abrir los horizontes de la vida á la infancia, ¿Qué lección de historia *verbal* ó *leída* equivale á la lección *vista* que da á unas criaturas la criticada y no del todo afortunada tentativa de Carlos Garnier, conocida por *Historia de la habitación humana*?

Carlos Garnier es el arquitecto de la Grande Opera, y pasa por erudito en arqueología. Su ensayo de exposición retrospectiva de la vivienda humana es, acaso, lo que ha resultado más mezquino y pobre en el Campo de Marte: además (y esto ora inevitable), se le tacha de poco exacto, de caprichoso, de cosa vista con la imaginación puramente. Si á Flaubert, que se gastó años y años en estudiar los detalles de su *Salamhó*, pudo acusársele de inventor gratuito, ¿qué había de suceder al que en pocos meses intenta una reconstrucción de la morada en todos los países del globo y en todas las épocas de la historia? Hay que admitir en este caso las circunstancias atenuantes.

El complemento de la idea de Garnier fué colocar en cada vivienda los inquilinos que le corresponden. Así se obtiene en mayor grado el color local y la fisonomía propia.

La exposición empieza por las habitaciones troglodíticas, que eran, según asegura la prehistoria, unas cuevas ó espeluncas negras. Por allí dícese que andaban nuestros antecesores, hechos unos mostrencos,

priusquam ferri cojnitus usus.

En pos vienen las construcciones de la época del reno, que tampoco son ningún palacio de Murga; y las siguen las de la época neolítica, y de la piedra pulimentada ya. Luego una muestracilla, algún tanto mezquina, de las habitaciones lacustres: un charco y unos postes. Por supuesto que las habitaciones primitivas carecen de inquilinos. No era cosa de tener á un pobre diablo metido todo el día en una caverna ó colgado sobre un charquito, para mayor edificación é ilustración de los espectadores. Y además, ¿cómo se resolvía la cuestión de traje? Los de los tiempos prehistóricos no salvaguardan lo bastante el pudor moderno; pues parece cosa

averiguada que los caníbales y trogloditas no usaba más vestidura, que aquella que le arrancaron á San Bartolomé.

* * *

Seguimos nuestra excursión prehistórica visitando la casa egipcia, donde se venden multitud de chirimbolos sacro-arqueológicos encontrados en excavaciones y sepulturas, momias de cocodrilos, de icneumones, de gatos, de serpientes, y una carretada de dioses de barro, baratísimos: por una friolera adquirí un Horo que estará muy bien entre otros *bibelots*. De allí pasamos al palacio asirio, al monumento fenicio y á la tienda judía. La casa etrusca es una de las que mejor han salido; sin responder de la exactitud, afirmo que tiene un aspecto curioso y que huele á verdad. Es una hostería-taberna, con sus muebles, su cocina, su horno, sus ánforas, sus sirvientes, sus letreros de la época. Cerquita está una cabaña pelásgica, hecha con bloques ciclópeos, y á seguida llega Oriente con sus arquitecturas luminosas y pintorescas; el pabellón indio, el persa, donde sirven uno de los más aromáticos y ricos cafés de la Exposición; tan espeso, que se masca.

En casi todas estas casitas se vende ya algo de comer. En las habitaciones troglodíticas no era posible, á menos que nos sirviesen un *bisteque* de lomo humano; pero en la casa gala se puede probar el viro de cebada; en la griega, hidromiel y miel del monte Himeto; y en la romano-italiana se ve trabajar el vidrio por los procedimientos primitivos de Venecia.

¿Qué más diré de esta colección de juguetes arquitectónicos? Hay una cabaña escandinava, donde los descendientes de los *reyes de mar*, los pescadores noruegos, hacen ciertos trabajillos, que venden muy arreglados. Hay luego la casa románica y la del Renacimiento, construcciones elegantes y de un estilo puro. De éstas, al menos, puede hablarse con conocimiento de causa, pues á cada momento, y en todas partes de Europa, se conservan vestigios que permiten juzgar del acierto de la imitación. De la *isba* rusa trato en otra parte: la casa árabe está llena de colorido, y la habitan hermosas judías de Argel, con su lindo traje oriental. El Japón está representado por un pabelloncito, y China por una pagoda con sus imprescindibles campanillas y tejados en figura de flor, sobrepuestos. No faltan la cabaña lapona, la cabaña del Africa

central, un *vigiwam* de Pieles Rojas, una casa azteca, un templo Inca ó peruano.

Con haber tanto... lo repito, la historia de la habitación, anunciada á golpes de bombo y platillos como uno de los grandes atractivos de la Exposición Universal, no *alcanza*.

* * *

Estos días corona mi patria á Zorrilla en la ciudad de las flores. Grande es el entusiasmo que la coronación despierta, sobre todo, en el pueblo granadino, que logra al menos por un año eclipsar á Sevilla, su célebre Semana Santa y sus ferias. En el resto de España, y especialmente en Cataluña, no falta quien piense y diga que mientras los labradores perecen de hambre, está mal que el Gobierno gaste dinero en coronará un poeta, A la verdad, me parece algo sofisticado el razonamiento. El Gobierno (es mi opinión) de cualquier manera había de tirar esas pesetas por la ventana: es bien seguro que nunca irían á dar en buenas manos, y de ningún modo de las de los pobres agricultores. Por lo mismo, se me figura que ya puesto el Gobierno á derrochar, ningún derroche más bonito y simpático que el de la coronación de nuestro cisne, único superviviente de aquella bandada que surcó el lago del romanticismo: el duque de Rivas, Espronceda, Hartzenbusch, García Gutiérrez.

Justamente hoy me envían de Madrid la biografía de Zorrilla, escrita por Antonio de Valbuena; biografía corta, deficiente como tal, pero que encierra algunos detalles inéditos, muy dignos de llamar la atención ahora que el poeta se ciñe el laurel públicamente, como en otros días se lo ciñó Quintana. Allí aparece que los famosos versos leídos sobre la tumba de Larra, que revelaron á España y al mundo la genialidad poética de Zorrilla, fueron compuestos por encargo de otra persona que se proponía leerlos como suyos, debiéndose á una circunstancia casual el que Zorrilla se viese precisado á darles lectura y á confesarse autor de ellos. Por cierto que Valbuena, el castizo y cáustico censor, no puede consolarse de que los primeros versos famosos de Zorrilla, ¿quien declara el poeta cristiano y nacional por excelencia, sean dedicados á un suicida; y todo se vuelve loco para cohonestar este pecado y encarecer la consabida retractación en que Zorrilla trata de *malvado* á Larra.

* * *

A mí todas éstas se me figuran niñerías, y á Zorrilla, haga lo que haga y diga lo que le venga en mientes, lo declaro irresponsable. Lo es por su alta gloria; lo es por su avanzada edad, que le tiene ya á la misma orilla del sepulcro; lo es muy señaladamente por su carácter y por la dualidad curiosa y digna de estudio del poeta y del hombre, que en el, lejos de ser de una pieza como en Campoamor, van cada uno por su lado, aunque de repente dan la vuelta y se encuentran y se funden, para volver á separarse al cuarto de hora. Yo me represento á un admirador de Zorrilla que llegase de lueñes tierras, poseído del natural y noble fanatismo que el genio infunde, temblando de veneración y acercándose al autor de *Don Juan Tenorio* con la idea preconcebida de saludar al poeta cristiano, al de las santas tradiciones, de las piadosas leyendas, de la fe y del amor y de las creencias castizas.

Imagino que este admirador candoroso y sincero se vuelve mosca, y posado en la ventana de Zorrilla, oye á su ídolo departir, verbigracia, con Castro y Serrano, con Campillo, con el mismo Valbuena, su biógrafo. De fijo que sale de allí escandalizado el espectador invisible; de fijo que reniega de su adoración y toma á Zorrilla por algún refinado hipócrita que, alardeando privadamente del cinismo más prosaico, canta en sus versos los afectos más puros, los más nobles y sacrosantos ideales del hombre.

Pues no, señores curiosos y admiradores de Zorrilla, no; la palabra hipocresía no puede emplearse como ustedes la usan. Un poeta—de la cantidad y la fuerza poética de Zorrilla—es un ser complejo; no está obligado á la unidad inflexible del hombre ramplón y vulgar. Para entender cómo Zorrilla, con todas sus genialidades, paradojas y estas rarezas, sus alardes privados de incredulidad, maledicencia y escepticismo, es, sin embargo, el cisne nacional, el poeta español, y en efecto el poeta creyente, yo necesitaría escribir cien páginas más, y esta carta ya toca á su fin.

Caigan, pues, en buen hora sobre la venerable cabeza del vate las coronas de laurel, oro y rosas, como sobre la de Anacreonte anciano caían las guirnaldas trenzadas por las doncellas de Teos. Yo ahora no puedo menos de recordar una frase de Zorrilla, dicha hace seis años, cuando en la Coruña le dí una fiesta y le hable de

su futura apoteosis: «¿Cómo quiere usted, me preguntó muy formal, acariciándose la lengua perilla, que encajen una corona de laurel sobre este cráneo tan lleno de chichones?» Y apartando las greñas de la romántica trova, me mostró su cabeza, desfigurada, efectivamente, por más de ocho diviesos y protuberancias raras, del grosor de un huevo de paloma cada una.

CARTA XV

DIGRESIÓN.—LAS FUENTES LUMINOSAS—GRECIA

París, Julio 1.º

No se puede negar la variedad, la opulencia de los edificios sembrados en el inmensa perímetro del Campo de Marte y la Explanada de los Inválidos; no se puede desconocer que son ricos y bellos, cada uno según su genero; sería injusto no conceder que los franceses, en general, y más en estos cases extraordinarios, se pasan de bien educados y de afables, y tratan de facilitar las idas y venidas de los forasteros, explicándoles hacia dónde han de dirigirse y cómo han de orientarse en el dédalo de la Exposición, pero también es precise convenir en que ésta es propiamente un dédalo, un laberinto, un caos y una liorna, por culpa de la mala traza que se han dado los arquitectos al distribuir el terreno y conceder las instalaciones.

Diríase que al hacer el reparto no se tuvo en cuenta para nada la fatiga de los visitantes; antes al contrario, que se aspiró á que diesen vueltas y más vueltas sin encontrar camino ni carrera, y tuviesen que acudir á lo que aquí lo resuelve todo, la sangría al bolsillo, en forma de alquiler de una de esas butaquitas con ruedas, tan cómodas y tan insolentes, en que, mediante dos francos cincuenta céntimos por hora, se desafía el cansancio y el calor, que ya va siendo tórrido. Ningún letrero, ninguna señal particular indica por donde debe uno dirigirse, y á cada pase se anda y se desanda el mismo trecho. El suelo está alfombrado de guijas menudas, que

lastiman la planta de los pies; el polvo forma una nubecilla irrespirable; el sol reverbera en la arena... y el vértigo y el mareo de tanto colorín y de tanto estilo diferente acaban por quebrantar cuerpo y espíritu, sobre todo cuando se propone uno pasar en la Exposición el día entero.

Lo primero que falta es el orden de materias, tan necesario para la unidad de impresiones y para la comparación. ¿Cómo va nadie á entenderse encontrando aquí un pabellón de la sociedad Telefónica, á diez pases el pabellón finlandés, en seguida una casita donde tallan diamantes, y á la vuelta un teatro? Se comprende que cada cual se instaló donde le dió la gana y como pudo, y que desde un principio no se calculó la conveniencia de reunir, por ejemplo, todo lo exótico, formando un grupo aparte, y otro grupo de las industrias, y otro de los elementos artísticos, *cosi via discorrendo*. Ni menos se ideó situar de tal manera estos grupos, que el visitador pudiera examinarlos de una vez y repartir el día con fruto y desahogo.

Los restaurantes y *bars* lo invaden todo, y en todas partes se entrometen. Nadie imaginaría, al verlos tan abundantes, que son diecinueve no más: según pululan, parecen tres ó cuatro docenas; verdad que la extensión compensa el número, y que diecinueve grandes establecimientos sólo para el área de la Exposición, ya ocupan y cunden. En cada uno de estos establecimientos he comido, y por consiguiente puedo dar algún aviso útil á los cándidos viajeros que llegan aquí sedientos de color local. Aunque vean anunciado *Restaurant ruso*, *Restaurant suizo* ó *Restaurant húngaro*, no se dejen alucinar por el embustero rótulo. Todos son franceses, y únicamente para lisonjear el amor propio de una nación y embaucar á los recién llegados, cogen en cualquier arrabal de París dos ó tres mozuelas bien parecidas, las visten de carnaval, las empolvan, las emperejilan y les mandan que sirvan, en compañía del eterno y prosaico *garçon*, el tanque de cerveza ó el *grog* helado. Sólo se distinguen estos *restaurantes*, mal llamados rusos, suizos ó ingleses, cielos que continúan apellidándose franceses á secas, en que los primeros son más caros y peores que los segundos. En Tourtel, por ejemplo, sirven una comida abundante, bien condimentada, fina, sustanciosa; y si la suerte nos otorga, como á, mí el domingo, una mesita sobre el lago, donde se goza del fresco

delicioso que envía el agua y se contempla el airoso arranque de la torre Eiffel, los manjares parecen más gustosos todavía, y más aromático el añejo Chatoau-llargaux. En cambio en el *Restaurán ruso*, amén de pasarlo nial con el calor, de llamar al mozo cien voces para que venga una, y de pagar todo por las setenas, no hay plato que pueda atravesarse, como no sea el *Koliciac*, ó pastel de salmón, único condimento moscovita que allí ofrecen.

En el *restaurán* de la prensa, donde sólo les está permitido entrar á los periodistas, se come bien y se encuentra espacio y aseo; mas si los primeros días el precio fué arreglado y módico, hoy ya alcanza el diapasón general de las comidas aquí, y una chuleta cuesta tres francos, y un platito de rábanos y manteca, dos y medio. El que quiera comer bien, debe resolverse á frecuentar la bonita terraza de Tourtel; y al que solicite baratura, le recomiendo los Duval, que son siempre un prodigio de economía y limpieza.

Yo de mí sé decir que, apenas tomo tierra en París, me regocijo pensando que voy á comer en un Duval. El primoroso aseo de las mesillas de mármol; la blancura del mantel de hilo y de la loza; el aspecto monástico de las sirvientes, todo me produce un efecto semejante al de los refrescos conventuales, y donde parece que la gula está refrenada y espoleada á un tiempo por la moderación y el decoro. Las sirvientes de los establecimientos Duval, con su gorrito de tul encañonado, planchado y blanco como el campo de nieve; con su traje de lana negro y ceñido, sin ningún adorno; con su immaculado delantal, sus sobremangas, su pelo rubio alisado en las sienes, sus manos limpias, no sé diferencian de las hermanitas de algún beaterio holandés, y los platos servidos por ellas adquieren no sé qué gracia que les falta cuando los dejan sobre la mesa las garras negruzcas del insoportable *garçon*.

* * *

El sábado asistí á la inauguración del Pabellón mejicano. Es un edificio espléndido, de arquitectura azteca, al menos tal cual hoy puede reconstruirse este estilo, siguiendo las lecciones de los sabios arqueólogos mejicanos e ingleses que lo han estudiado á fondo. Mezclado con los demás edificios cosmopolitas sembrados á granel por la Exposición, el pabellón de Méjico no se eximo de parecer una decoración de ópera—que tal es el defecto de estos

pastiches, —atendida la imposibilidad de darles en poco tiempo la armonía de líneas y de tono que sólo procura el transcurso de los años. En el desierto, y bajo un ramillete de árboles tropicales, no dudo que tendría este pabellón más simpática traza. La Exposición, con su industrialismo arquitectónico, prueba cumplidamente que una arquitectura es inseparable de un país, de un clima, de un cielo y de una raza, y que traerse á la Explanada de los Inválidos las chozas esquimales y las quintas galo-romanas será muy entretenido para los muchachos, pero no satisfactorio para el artista.

Inauguróse, pues, el pabellón con asistencia de Carnot y de las personas más distinguidas de la colonia hispano-americana en París. Había mucho traje fresco y primaveral, mucho sombrero florido, muchos abanicos y bastante olor de *ilang* y de almizcle, flotando en la atmósfera; nos dieron linos ramillos de flores asaz mal configurados, y que podrían valer como diez céntimos, en la estación presente; nos ofrecieron además champagne, helados y otras frioleras; vimos varios pajaritos disecados, que asemejaban la instalación mejicana á un gabinete de historia natural: nos quedamos con la curiosidad de probar el *mezcal* que se ostentaba bien embotellado allí; admiramos los pintorescos trajes de los *gauchos*, expuestos en maniqués, y salimos cuando ya las fuentes luminosas habían extinguido sus olas de rubí, zafiro y esmeralda.

* * *

sobre la luz en la Exposición tendría yo tela para escribir una carta larguísima. Todos los esplendores del gas y toda la magia de la electricidad se agota en las fantásticas noches de la Exposición, Ha conseguido la industria humana resolver el problema de que la claridad del sol,

monarca de la luz, padre del día.

quede afrentada y hasta sea importuna ó insufrible en comparación de la incandescencia eléctrica. Porque el sol es el calor: el sol es el polvo, la sed, la muerte de las flores que inclinan su cabeza marchita; y la luz eléctrica es el reposo, la frescura, el misterio, la magnificencia, el teatral esplendor de esta gran fiesta pacífica.

La galería de las esculturas, bañada por la claridad sideral de centenares de globos blancos, es una visión celeste: diríase que

aquella dulce luz quita su frialdad al mármol, su insipidez al yeso, y presta una vida latente á las estatuas. ¿Pues qué diré de la Galería de las Máquinas, donde lucen á porfía los globos rojos y verdes de las incandescencias y la claridad lunar del arco voltaico? ¿Qué del reflector Eiffel, colgado en los aires á modo de faro sobrenatural, de cabeza de Moisés, en que los rayos, en lugar de dirigirse al cielo, se inclinan hacia la tierra, vagos, fluidos, vaporosos, como una gloria inmaterial que desciende á nuestras manos?

En cuanto á las fuentes luminosas, quien no las haya visto no puedo imaginárselas. son una cascada de diamantes, de rubíes y de topacios: cada gota se ve aislada brincar en el aire, convertida en piedra preciosa; el salto—ya tan hermoso de suyo—del agua que se lanza y vuelve á caer rota en líquidas perlas, aparece con la gracia y la elegancia de erizado plumaje de cisne que se encrespa sobre sus delicadas alas.

La explicación científica de tan hermoso fenómeno es como si guie. Debajo de cada pilón de fuente han abierto unas cámaras subterráneas, revestidas con betún impermeable, y en el techo de estas cámaras hay practicadas chimeneas verticales, colocadas bajo los saltos de agua, y que rematan en un espejo que forma el mismo fondo del pilón.

En cada cámara existe una lámpara de arco eléctrico de gran intensidad, cuya luz va dirigida horizontalmente por un reflector parabólico bajo la chimenea de la cámara, y un espejo colocado á cuarenta y cinco grados de inclinación devuelve vertical mente, de arriba abajo, el haz luminoso, que después de haber atravesado una lámina coloreada y el espejo en que remata la chimenea, viene á iluminar todo el salto de agua con matices, ora rojos, ora verdes, ora cerúleos, según sea el color de la lámina. El agua en movimiento absorbe por completo la luz eléctrica,... y como, por consiguiente, los surtidores y las gotitas sueltas son lo que adquiere color, es inexplicable el mágico efecto de aquella juguetona masa líquida, que escalonada en innumerables sartas de pedrería, salta, se deshace y pierde en la oscuridad para reaparecer á los dos minutos, trocados los granates en perlas, ó las esmeraldas en turquesas movibles y refulgentes.

* * *

Ya es tiempo de que yo empiece á describir algunas instalaciones nacionales; y siguiendo el orden cronológico de nuestra civilización, empezare por Grecia.

En la Exposición Universal de Viena recuerdo que la sección griega, que apenas ocupaba terreno, exponía, entre otros modestísimos productos, un vaso de cristal verdoso y tosco que me llamó mucho la atención. Era el primer vagido de la industria en el país que á todos los domas ha dado la norma del arte, que ha condicionado por espacio de largos siglos nuestra estética y nuestro ideal.

El ánfora, ese nobilísimo cacharro cuyo armonioso nombre suena musicalmente, en el cual parece que sólo debe encerrarse néctar; el vaso etrusco, con la riqueza de su bicromía y con la elegancia de su diseño; la copa donde humedecen las palomas sus amorosos picos; todos los recipientes gallardos que hoy admiramos en los museos, son creación de Grecia; y ese pueblo artista ha descendido tanto, tantas vicisitudes y tantas desventuras vinieron á caer sobre él, que llegó á enorgullecerse de un vidrio informe, y á presentarlo á Europa como muestra de su vitalidad y de su trabajo. ¡La patria de lidias y de Praxíteles; la patria de los dioses, á fines del siglo XIX, exponiendo un grosero vaso, de la misma hechura que los que sirven á los aldeanos gallegos para beber el vino adulterado ó el soez aguardiente de caña! El corazón se me oprimió de piedad y tristeza, como si hubiese visto á una Emperatriz obligada á salir pidiendo limosna por las calles.

En la Exposición actual, Grecia no se presenta tan pobremente vestida; aparece en al si empezase á aletear en ella la vida industrial, fuente de prosperidad para las naciones contemporáneas. Su pabellón es de sobrio y puro estilo helénico; las alfombras que adornan sus muros pueden competir con las mejores de Persia; los trozos de mármol y jaspe recuerdan los días áureos de la estatuaria, cuando el soplo de un arte inmortal los arrancaba de las canteras de Paros y de Chíos, á fin de convertirlos en deidades.

Maniqués vestidos con el traje nacional nos muestran la Grecia moderna, cada vez más orientalizada, siempre gentil, airosa y pintoresca; y riquísimos bordados de colorido muy suave demuestran la permanencia de la aptitud artística en la raza, pues

son obras de las mujeres de los pescadores de Corinto y de las labradoras de Atenas, que, por entretenerse, ejecutan tan graciosa labor.

En medio de la sala luce un plano en relieve del reino de Grecia, donde ríos, mares y golfos están representados por trozos de vidrio semejantes ni vaso que he descrito hará un instante. Mi aturdimiento invencible, ó mi mala fortuna, quisieron que apoyase el codo precisamente sobre el golfo de Lepanto, y que lo hiciese añicos en un santiamén. Formóse al punto un corro de gente asustada, horrorizada de mi desafuero; no perdí la sangre fría: saqué el portamonedas, recordando que en mi patria suele decirse que el que rompe ha de pagar; mas al convencerse de que el destrozo no representaría valor de setenta y cinco céntimos, un caballero muy almibarado y cortes salió á rogarme que me fuera en paz, y así dejé la sección griega, habiendo ganado la batalla de Lepanto.

CARTA XVI

RUSIA—INDIA

París, Julio 2.

Me acompañaba el escritor ruso Isaac Paulowsky, autor de las *Memorias de un nihilista* último amigo del gran novelista Iván Tourguenef, y corresponsal en París del *Nuevo Tiempo* de San Petersburgo. Naturalmente, después de la visita de cortesía á la Grecia moderna para conmemorar las glorias de la antigua, mi acompañante me llevó, quieras que no quieras, á la sección rusa y á la *isba* ó cabaña del distrito de *Troitza*, ó, como diríamos en castellano, de la Trinidad.

Para mí tiene especial encanto lo que se refiere á Rusia. Si Grecia es el ayer de la civilización europea, Rusia es acaso el mañana. En ese inmenso Imperio, sujeto por espacio de tantos siglos al látigo tártaro ó al autocrático cetro de los Zares; cu esa inconmensurable extensión de tierra, mayor ella sola que el resto del continente europeo, hay un misterio y mi problema que sólo el tiempo lograra descifrar sus costumbres, su carácter su literatura—hoy en plena florescencia,—su comunismo práctico, el místico ardor de su nihilismo, me interesaron de tal modo, que llegaron á dictarme un libro; y redobló mis simpatías el convencimiento de que en Rusia despiertan continua y benévola curiosidad los escritores españoles y sus obras.

* * *

Otro motivo que me obliga á interesarme por Rusia, es la situación especial de la mujer en esta nación, situación diferente de la de mi sexo en el resto de Europa. Mientras en nuestros países occidentales, donde tanto se cacarean la libertad y los derechos políticos, la mujer carece de personalidad y le están cerrados todos los caminos y vedados todos los horizontes de la inteligencia, en Rusia, donde hasta hace pocos años existía la servidumbre, y el Parlamento es todavía una pura hipótesis, de la cual los mismos liberales se ríen, y las constituciones futuras un papel mojado y, el Monarca un rey neto, la mujer se coloca al nivel del hombre, y la inmensa distancia que separa en los países latinos á los dos sexos, es desconocida o tenida por la mayor iniquidad. París está lleno de estudiantes rusas que se dejan atrás en celo y aplicación á sus cofrades del sexo fuerte. Lo primero que tuve el gusto de encontrarme en la sección rosa, fué á una señorita muy inteligente, comisionada por una importante casa librera moscovita, y que cumplía su obligación con una formalidad, un cuidado y una firmeza que me encantaron. Sencilla en su traje, franca y discreta en su hablar, seria en sus miradas y en su continente, la comisionada rusa me cautivó, y creo que de buena gana la hubiera abrazado, como abrazaría á toda señora que, no con sentimentales alardes ni con risibles exageraciones, sino con hechos, contribuya á la redención de un sexo verdaderamente esclavo, ya le aten grillos de hierro, ya cadenas de oro y diamantes.

* * *

La casa librera cuya instalación dirige esta señora, se consagra exclusivamente á imprimir y vender libros populares, destinados á la instrucción del pueblo, baratísimos por consiguiente, y algunos ilustrados de un modo digno de nota. Pero lo que más fijó mi atención en la instalación de esta librería fueron dos gruesos volúmenes en 4.º mayor, cuyo título, traducido á nuestro idioma, quiere decir: «¿Qué género de lectura conviene más al pueblo?» La explicación de estos dos volúmenes bastará para probar cuán activo es el papel de la mujer en la tarea de la original civilización rusa.

Es el caso que un grupo de institutrices pertenecientes á una escuela dominical para la mujer, que existe hace años en el pueblo de Karkof, bajo la dirección de una señora Cristina Altchewsky, se

propuse ir recogiendo cuidadosamente la impresión producida sobre un auditorio popular por la lectura en alta voz de libros que pudiesen interesarle en mayor ó menor grado. Al terminar las lecturas, las institutrices ó maestras iban preguntando á los oyentes su opinión, y esmeradamente la apuntaban y recogían. Clasificando metódicamente estas notas, llegaron á formar un vasto indicador de los libros más adecuados al entendimiento de las clases populares. El primer tomo vió la luz hacia 1882 y atrajo inmediatamente la atención de cuantos se interesan por la enseñanza del pueblo. El segundo acaba de publicarse, y es mucho más rico en noticias, conteniendo inmensa cantidad de preciosas indicaciones acerca del desarrollo de la cultura intelectual en la plebe rusa. Este segundo tomo atesora el análisis de cerca de 2.500 obras destinadas á la lectura del pueblo; cada análisis refleja fielmente la impresión que de semejantes libros recibió el auditorio, estudiado por las inteligentes y concienzudas maestras.

El difícil y tentador enigma, la esfinge del alma popular, de la Psiquis plebeya, sólo puede ser resuelto con estudios así. Y esta obra de reflexión y de análisis, de verdadera sociología, la ha realizado un puñado de hembras valerosas, arrinconadas en una capital de provincia y consagradas á la humilde tarea de instruir á la hez del populacho. Acaso no faltará en mi buena y clásica patria quien se admire de que los rusos no prefieran dedicar á sus señoras á la operación de espumar el puchero, base de todas nuestras virtudes domésticas.

Como Rusia es el país de los contrastes, la nación en que más se tocan los extremos, después de haber admirado los adelantos pedagógicos y la condición racional y libre de la mujer, viraos á dos pases una especie de manuscrito etnográfico, recopilación de los tipos, trajes y costumbres de un pueblo ruso, de los pertenecientes al elemento mogólico, que habita en las fronteras siberianas. La mujer—cuyo aspecto físico nos mostró un maniquí de aplastada y chata faz—lleva á su hijo colgado de la espalda, metido en una especie de ingenioso cuévano: y en un escaparate, semioculto, se entrevó el cinturón que, ceñido al vientre de esa mujer cuando alcanza la pubertad, no le es lícito desceñir nunca hasta que el marido, en la noche de novios, lo rasga de una puñalada. ¡Qué dos

mujeres, qué dos símbolos! Esta infeliz mogola hecha bestia de carga y máquina de brutal placer, y la caucasiana que ahí, á poca distancia, arregla sus libros y contesta con dignidad y varonil discreción á mis preguntas! Rusia lleva en sus entrañas bárbaras el germen de una civilización superior á la nuestra: si queréis saber lo que será un pueblo, considerad lo que hace de la mujer.

* * *

En arte, lo más notable que expone Rusia es la orfebrería. Del estilo bizantino, nielado y esmaltado con delicadísimos colores, hay cucharas, saleros, tazas, servicios de té, *iconas* y otros muchos objetos que son joyas verdaderas.

La parte exterior del pabellón ruso ofrece más interés que la interior. Es una reproducción de algunas maravillas arquitectónicas moscovitas, en las cuales domina también el estilo oriental y decadente de Bizancio. El muro del Kremlin, las balconadas del palacio de Teherem, las torres de la catedral del bienaventurado San Basilio—ó, como ellos dicen, *Wassili Blagennoi*—el campanario de Iván el Terrible, y la torre de Soukareff: todo esto ha reunido el arquitecto para ahorrarnos un viaje á Rusia. ¡Con cuánto gusto lo haríamos, no obstante, siquiera fuese tan sólo para visitar aquel misterioso convento de Troitza, tan magistralmente descrito por Teófilo Gautier, y del cual nos trae una reminiscencia la cabaña ó *isba* rusa!

* * *

En esta cabaña, construída con troncos de árboles despojados de su corteza, está un mancebo alto, rubio, vigoroso, de azules ojos y semblante cándido, como el de los San Juanes de los cuadros viejos. Visto el pintoresco traje veraniego del mujik ó aldeano ruso: las botas altas, el calzón bombacho de pana negra, el gorro negro también, la blusa roja, sujeta al talle con cinturón de cuero. Las manos de este joven hércules, manos anchas y rudas, que parecen hechas para manejar la fusta ó el arado, se dedican á esculpir... ¡y qué esculturas! Medallones y dípticos microscópicos de tres pulgadas de alto, donde cada figurita es mucho menor que mi dedo meñique, y en que cada detalle es una filigrana, digna de ser vista con lente. El padre de este muchacho—sencillo aldeano también del distrito de Troitza—ha esculpido un tríptico tan hermoso, que mi

compatriota el señor. López Dóriga lo adquirió para un Museo español en el precio de quinientos francos.

Lo notable es que estas esculturas religioso-plebeyas tienen una unción, una nobleza y una dulzura mística incomparables. El pueblo ruso es un pueblo creyente, de alma profunda, que necesita y experimenta la impresión de lo infinito y lo sacrosanto: la *icona*, ó imagen, sale de sus manos con carácter divino, convidando á la oración. El santo, el bienaventurado, es el único personaje que sabe hacer. Hasta en los objetos vulgares, de use diario, como plegaderas, cucharas y tenedores para la ensalada, etc., coloca á guisa de remate un San Sergio, un San Nicolás ó un San Miguel, envuelto en sus hieráticas vestiduras.

La *icona* rusa, propiamente dicha, suele ser un Cristo ó una Virgen con el ni no en brazos. Las manos y la cara, pintadas de color oscuro, casi negro, tienen inefable y célica expresión; el ropaje, de angulosos pliegues, os de metal sobredorado ó plateado. De estas *iconas* hay en la *isba* mas pobre; á ninguna le falta su lámpara ó su cirio siempre ardiendo. Cuando visitó en la Exposición de Barcelona la escuadra rusa, lo primero que me enseñaron á bordo de la fragata capitana fué la santa icona, refulgente de plata y pedrería, regalo del gran duque Wladimiro, si no me engaño.

Por no salir de Oriente, después de Rusia nos fuimos al pabellón indostánico. En mi concepto, os una de las cosas más lindas de la Exposición, y de las que mejor han conseguido adquirir barniz local, algo que halaga la vista, haciendo creer que, en efecto, nos hemos trasladado á comarcas remotas. Exteriormente está pintado de un tono rojo teja, y le realza un chitado de escultura, algo semejante á los alicatados de la Alhambra, á modo de transparente encajo blanco sobre el moreno cutis de una beldad india. La cúpula central forma un patio sevillano de los más frescos y poéticos, aunque oficialmente sea copia de la torre que se alza *en* Delhi. El tazón de la fuente recuerda la de los Leones en el patio del Alcázar granadino, y el verde de una inmensa palmera que surge del centro de la fuente, regocija los ojos fatigados del sol, al par que la melodía del chorro de agua recrea los sentidos.

* * *

A la sombra de esta palmera, al rumor de esta fuente, tomé un helado, servido por indios verdaderos, cuyos rostros y trajes tenían el sello de indudable autenticidad. El que me trajo el refresco era de Chandernagor, y parecía arrancado de alguna miniatura ejecutada en la pared de una pagoda. Esta raza sí que no se confunde con ninguna. No son negros, ni amarillos, ni rojos; son de un moreno atezado, oscurísimo, que hace resaltar más la blancura del traje y del turbante, la negrura de los cabellos, barba y cejas. Las facciones son delicadas y correctas; los ojos grandes, dulcísimos, pensativos, sombreados por las mejores pestañas que he visto nunca. son graves y reflexivos, aristocráticos y nobles, aunque debo suponer que estos infelices, traídos aquí para servir de mozos de café, no pertenecerán á ninguna de las castas ilustres de la India; no serán ¿que habían de ser? ni *bracmanes*, ó sacerdotes, ni *chatrias*, ó caballeros, sino *sudras*, pueblo, gente vil, cuyo contacto haría impuro un sacrificio. Tal vez hayan salido de la casta ínfima, despreciada y aborrecida, de los *parias*, hermanos de nuestros gitanos, y de los cingaros ó *gipsies*. Esta nobleza y distinción que yo noto en ellos es la nobleza característica de Oriente, cuna del genero humano, manantial sagrado de la tradición y de la historia. ¡Pobre raza oscura, dominada hoy por los bárbaros del Norte, hecha instrumento de la actividad implacable del anglosajón! ¡Pobre raza soñadora, filosófica y artística, convertida en mercado de los productos ingleses! ¿De qué le sirve á un pueblo la inteligencia sin la voluntad?

La India moderna es una prueba más de que las religiones fatalistas son la predestinación al vencimiento.

* * *

Todavía el arte indio se muestra original y encantador. Los trabajos de plata y bronce tienen la gracia del exotismo y la riqueza de detalles que llama la atención en las cúpulas y santuarios de las pagodas. Abanicos de plumas de pavo real vetiver, que parecen destinados á abanicar á la reina de Saba; paños amarillos como la luz del sol, todos recamados de plata y oro, talco y lentejuelas; jarritas de madera pintada, que semejan trozos de esmalte copiados del libro persa el *Shah Nameh*; campanillas rematadas en divinidades indostánicas, como Ganesa con su trono de calaveras, ó

la Trimurti con su cabeza triple; cucharas hechas de un reptil; teteras que son una maravilla de repujado y cincelado; juguetes extraordinarios que resuelven un problema de equilibrio; cacharros azules, de un azul de cielo, con extraños dibujos, que nosotros llamaríamos árabes, pero que en realidad son la expresión primitiva del arte oriental; collares de cuentas de granate, vidrio y perlas, á propósito para adornar la tostada garganta de una bayadera; brazaletes, broches, bandejas, rodela, cascos... todo es digno de un pueblo artista y simbolista; nada revela la infancia de una raza, sino, al contrario, su pleno desarrollo estético: el indio no es el salvaje en cuyas labores nos interesa el candor infantil; es un pueblo que elaboró completamente su cultura, y á quien esta cultura bastaba para ser dichoso, si razas del Norte, del Norte individualista y batallador, no hubiesen codiciado la riqueza y la fertilidad de su suelo paradisiaco.

CARTA XVII

LOS «TICKETS» IMPRESIONES

París 9 de Julio.

Yo no sé si el número de entradas en la Exposición baja ó subo; pero sí que los *tickets* ó billetes de ingreso están cada día más baratos.

Estos *tickets* han sido pretexto para un negocio asaz importante. Hízose una emisión de algunos millones, y al punto se convirtieron los *tickets* en una especie de papel moneda, que tiene sus oscilaciones y altibajos, y que, cotizado nominalmente al valor de *un franco*, unas veces se vende á sesenta y cinco céntimos y otras descende hasta treinta y cinco, el nivel más inferior que han alcanzado por ahora. Ya hay especulador que se ha enriquecido con semejante negocio.

Es imposible andar diez pases en París, ni entrar en establecimiento alguno sin verse asaltado por el ofrecimiento de *tickets*, que le meten á uno por los ojos. Camino de la Exposición, se abalanza al coche media docena de pilluelos que, en vez de pedir limosna, me brindan los *tickets*. Yo tengo mi tarjeta de periodista y no he menester entradas (las tarjetas de periodista se componen de un retrato, una firma y una autorización); pero mis niños necesitan un *ticket*, no tengo valor para regatearles unos cuantos céntimos á los *gavroches* que tan penosamente se los ganan correteando detrás de cuantas personas se aproximan á las puertas del Campo de Marte y la Explanada de los Inválidos. La miseria parisiense

encuentra mil modos de sacar partido de la gran feria internacional. Además de los el chicuelos revendedores de *tickets*, un ejército de vejestorios acampa al pie de cada puerta, en actitud de ofrecer su inutilidad á quien la necesito. Apenas se pára el carruaje y el viajero va á abrir la portezuela, no le da tiempo una de las indicadas estantiguas: abre, ofrece su brazo á las señoras, baja en vilo á los chicos, agarra el paraguas ó el bastón que estorba, dice dónde están los torniquetes de entrada (que los vemos perfectamente sin necesidad de que nadie nos los enseñe), ajusta á nuestro cochero para la persona que sale y que puede aprovechar el retorno de nuestro coche, nos limpia con su grasiento pañuelo el polvo de las botas... y, en suma, presta todos los servicios oficiosos ó inútiles, cuyo precia máximo puede andar entre uno y cuatro sueldos... para decirlo en cristiano, entro cinco y veinte céntimos de peseta.

Alguno de estos servidores de la muchedumbre (que los paga en *suses* ó en sofiones, según caen las pesas), luce en su raído paleta la cintita roja: es un *monsieur décoré*. ¡Quién sabe si es un veterano cubierto de gloria, como aquel *tambor mayor* del doloroso poema de Enrique Heine!

Para entrar en la Exposición se exigen dos *tickets* por la mañana, uno durante el día, dos por la noche—desde las seis de la tarde en adelante:—aumento que juzgo impuesto en interés de los fondistas y bodegoneros, á fin de que por no necesitar doble *ticket* se penetre en la Exposición temprano y se coma allí, gastando doble y triple de lo que el *ticket* representa. Pero, decimos en tierra española: hecha la ley, hecha la trampa;» el pueblo francés, que es un modelo de economía y de habilidad pura aprovecharlo todo, carga con su cestita rellena de víveres, se pasea el día entero con ella al brazo, y al sonar la hora en que los extranjeros y elegantes se sientan á la mesa del *restaurán* para dejar toda la lana del bolsillo en las garras del mozo, mis honrados burgueses parisienses ocupan algún banco ó silla al mismo pie de la torre Eiffel, destapan su cesta y acometen sus fiambres con ánimo gentil, pasando de mano en mano la botella de Maçon y la sobradamente aromática *saucisse*. A ese de las siete y media, la Exposición parece un merendero madrileño, alfombrado de grasientos papeles, de tapones de corcho, de huesos de pollo y chuleta, de migas de pan y de cazuelas ó *terrinas* rotas. No cabe

nada más popular y democrático. La parisiense primorosa remanga con desdén la falda de su fresco traje para no pringarse en los restos de la merienda, y frunce con melindre su naricilla empolvada, de velutina; pero los grupos de obreros, lavanderas y planchadoras no pierden el apetito ni el buen humor, y escarban hasta el fondo de la canasta. Si pueden eludir la vigilancia de los agentes, métense por el césped adentro, y buscan la sombra de alguna vellingtonia ó araucaria, bajo la cual, libres del sofocante polvo, creyéndose en plena campiña, les sabe mejor la refacción. Sólo que, por lo regular, los agentes los descubren, y agarrándolos del brazo, les obligan á volver al polvo de la calle. Así y todo, engullen tan orondos y satisfechos.

Cuando hay fiesta nocturna, como sucedió hace pocos días al inaugurarse la estatua de la República, el precio de los *tickets* aumenta de un modo injustificado y onerosísimo. Nada menos que *cinco* billetes exigen por el aumento de unos cuantos farolillos emboscados en la arboleda. Es opinión general que semejante aumento no tiene razón de ser.

* * *

El día que se inauguró la estatua y se añadieron los faroles, convidóme una amiga de gran talento, y que suelo equivocarse en el terreno práctico como una niña de cinco años, á comer en la primer plataforma de la torre Eiffel, en el restaurant de Bréban, sóbrela terraza, desde la cual aseguraba dicha amiga muy formalmente, veríamos á las mil maravillas el fantástico panorama de la Exposición surgiendo iluminado de las tinieblas de la noche. Con esta ilusión subimos á la torre (donde también se cobraba el ascensor á precio quintuplicado), y al llegar á la instalación de Bréban, la primer desagradable sorpresa fué que, á pesar de haber comprometido la mesa por telégrafo, se la habían dado á mortales más felices ó más madrugadores, y nosotros teníamos la nuestra á trasmano, donde no se podía divisar ni un solo farolillo. Viendo esto algunos periodistas franceses que nos acompañaban, montaron en cólera y empozaron á regañar al mozo lo mismo que si él tuviera la culpa. Como el mozo se excusase, fueron á pegar con Bréban, á quien, no sin gran indignación y sorpresa, encontraron con el sombrero puesto y comiendo en una mesita como si fuese un

parroquiano. Brébant no les hizo gran case, y entonces ellos juraron «demoler» el restaurant en tres importantes publicaciones. Antes de la demolición, sin embargo, acordaron que comiésemos; y siendo esta resolución la más grata al público, nos sentamos esperanzados de ver, ya que no la iluminación, los guises siquiera.

A despecho de que aparecieron los guises, seguimos renegando de Brébant y su casta, porque siendo uno de los mejores atractivos de la fiesta el incendio de la torre Eiffel, que en un momento dado aparece envuelta en llamas, no parecía fácil verlo desde la torre misma, y la única noche en que resultaba averiguado que no debiéramos haber comido en la torre, era precisamente aquélla. ¿Que diríamos si sospechásemos lo que después ocurrió?

Cuando empezábamos á saborear el champagne helado y el capón del Mans; cuando la gente, mas avisada que nosotros, se retiraba de las mesas y nos permitía disfrutar el espectáculo de las mil luminarias y de los encendidos surtidores, un humo espeso y acre se esparció por la salita del *restaurán* sofocándonos; una hoguera roja brilló detrás de nuestras cabezas, y entre toses y estornudos, ahogándonos, hubimos de reconocer que estábamos ardiendo, para mayor regocijo de los espectadores, y que el famoso *embrasement de la Tour* á poco nos cuesta la vida.

Aviso á los que se propongan comer en la torre Eiffel una noche de fiesta.

* * *

Siempre lo más atractivo, lo más curioso de la Exposición para los que tenemos instintos artísticos, será la calle del Cairo. La mezcolanza de caras morenas, atezadas, amarillas, bronceadas, inspira gran interés y y despierta alguna lástima hacia estos pobres emigrados de «los países calientes,» como diría Alfonso Daudet. Hay cada espolique egipcio y cada vendedor de sorbetes moros, que merecían ser fundidos en bronce. Una señorita peruana muy inteligente, que escribe con gran donaire en el *Fígaro* y en el *Gil Blas* bajo el seudónimo de *Arsène Aruss*, tuvo la espontaneidad de decir en español, viendo á uno de estos morazos cetrinos:

—¡Qué lindos ojos que tiene!

A lo cual respondió el infiel:

—Están á su disposición.

La peruana se rió cuanto puedo comprenderse, y el moro quedó tan satisfecho de la alabanza, que cuando pasamos por delante de su cafetín ó tiendecilla, salió á saludarnos cortésmente, empeñado en que tomásemos un refresco de piña ó de rosa.

Es de notar que todos los orientales, asiáticos y africanos de la Exposición entienden y hablan el castellano con más ó menos soltura. Los chinos que en la sección del Celeste Imperio venden té, monigotes, platos de porcelana, cucharas de lo mismo, teteras y acuarelas sobre papel de arroz, chapurrean nuestro idioma, los annamitas lo pían algo, y los semitas se expresan con notable pureza gramatical, y las nobles formulas de cortesía castellana adquieren en sus labios mayor realce. Son ceremoniosos, simpáticos, graves, insinuantes para vender, y ofrecen una raja de piña por diez céntimos, lo mismo que ofrecerían á una sultana un ramo de flores. Un morillo de éstos hasta me dió tratamiento de *merced*: parecíame estar viendo un personaje de la novela de Cervantes, *El Cautivo*.

* * *

Los *revisionistas* están haciendo de las suyas, El Parlamento francés se encuentra convertido en un reñidero de gallos. Cada día nuevos escándalos, mayores alborotos, incidentes más comprometidos y feos: cada día mayor desprestigio para el sistema parlamentario, harapo de la toga tribunicia que han arrastrado por el lodo todas las ambiciones y todas las concupiscencias. Ni es Francia la única que así pisotea la defectuosa é inaguantable institución en que se basan las modernas libertades.

Igual vergonzoso cuadro se exhibe en el hemiciclo de las Cortes españolas. Gritos feroces, soeces dicterios, palabrotas de esas que manchan la boca que las pronuncia, injurias horribles, que sólo se podrían lavar con sangro, acciones impúdicas, amenazas brutales... todo se agotó días atrás contra la persona del Presidente, á quien no definiendo (libreme Dios), pero á quien bien pudieran respetar los diputados, siquiera por el resto de prestigio que les conviene conservar para el cargo que desempeñan. ¡Triste farsa la del parlamentarismo! ¡Cómo y cuánto se reirán de ella nuestros nietos!

CARTA XVIII

SE ACABÓ LA HUELGA—EL DISCÍPULO

París, Julio 12.

La huelga de los cocheros ha terminado ya: otra vez pueden los innumerables extranjeros que inundan á París recorrerlo en todos sentidos y llegar pronto á todas partes, mediante unas cuantas pesetillas, ó francos, como aquí se dice. Por este lado reina tranquilidad absoluta; pero yo, reflexionando acerca de mi carta anterior, comprendo que anduve algo injusta con los infelices automedontes. Todo ha subido, todo está por las nubes: ¿cómo no han de ver con disgusto los cocheros que sólo ellos permanecen fijos e inmóviles en sus precios de siempre?

Todo está por las nubes, repito, digan lo que quieran los periódicos que insertan sueltos oficiosos enviados y pagados (*relata refero*) por el comité de la Exposición, para evitar que los extranjeros se asusten. Verdad que los *bouillons Duval* mantienen sus modestos precios de costumbre; pero las demás casas de comidas piden por cualquier cosa un ojo de la cara. No diré nada de los hoteles: de antiguo son la Sierra Morena de París.

Hace dos ó tres días encontréme agradablemente sorprendida en el mío por la visita de una amiga establecida en Marineda, pero alemana de nación; alemana legítima, berlinesa, animada de sentimientos bélicos contra Francia, y que se veía obligada, mal de su grado, á detenerse en París, porque en Burdeos se le había extraviado su equipaje y no tenía más remedio que esperar á que

llegara. Rogóme que le buscara habitación en el hotel que actualmente ocupa, y se la busqué: un zaquizamí, alfombrado todavía á pesar de la estación, sin comodidad alguna, sin armarios, sin perchas, sin nada. Dos duros diarios lo cargaron por ella, no incluyendo, por supuesto, ni medio adarme de comida, ni la candela, ni el servicio: la cama pelada, monda y lironda. Conviene saber que este hotel es lo que aquí se llama una *casa española*; es decir, una casa donde hay dos ó tres empleados que hablan español, donde se da cocido una vez por semana, y en el salón de lectura se encuentran los *Imparciales* y *Liberales* atrasados de ocho días.

También en el casillero de periódicos se ven casillas (regularmente vacías) con letreros que dicen «Venezuela—Caracas—Uruguay—Ecuador,» etc., etc.; y por estos letreritos, la casa añade al nombre de *española* el de *americana*; engañifa muy común. Lo que no se ve en casas de éstas, ni por asomo, es un baño de pies, una palangana aseada, una toalla que no parezca un pañuelo, nada, en fin, de lo que exigen los hábitos de limpieza indispensables, ya para nuestro bienestar físico, y hasta creo que para el equilibrio del ánimo.

Me dicen algunas personas (en mi opinión entienden mal el patriotismo) que yo debo callar los defectos de las costumbres é instituciones de España, y que me estaría mejor (para emplear una frase de *Miguel de Escalada*) dar gato por liebre á los americanos, si he de ser buena española. Me insurrecciono, me sublevo contra semejante teoría.

Los americanos viajan, nos visitan, tienen ojos para ver, se educan en el continente europeo muy á menudo: no hay engaño lícito, pero monos cuando ha de resultar estéril y tonto. Por ese no vacilo en aconsejar á los americanos que, case de venir á París, no se dejen alucinar por el señuelo de «Hotel español,» si quieren pasarlo medianamente. Estas casas son la carestía, el desaseo y el desbarajuste elevados ala quinta potencia.

* * *

Ayer, en un momento de vagar, leí la última novela de Bourget, el eminente *jeune maître* de la novela francesa, que ha sustituido á la psicología *externa* de la escuela de Zola una psicología analítica, tan sutil, delicada y quintesenciada, que llega á ser ¿olorosa. Hace

años que juzgando la personalidad intelectual de Zola, noté que carecía el insigne novelista de un elemento de cultura filosófico que no sé si le hubiera sido favorable ó desfavorable para sus amplias concepciones épico-dramáticas, pero que es necesario á toda cabeza bien organizada y bien amueblada de nuestro siglo.

Quien no ha leído á Aristóteles ni á Platón; quien acaso tiene á Santo Tomás por un fraile extravagante, y á Hegel por un alemanote heodo de cerveza, no es *hombre completo*, en el sentido intelectual de la palabra; y en Zola, como en todo el mundo, una ignorancia es una deficiencia. Bourget peca tal vez por el extremo contrario: por sobra de metafísica. Así como la entidad literaria de los hermanos Goncourt oscila entre el escritor y el pintor, la de Pablo Bourget permanece indecisa entre el novelista y el filósofo que ha profundizado, no sólo los antiguos textos, sino las audaces especulaciones novísimas de los Ribot, Maine de Biran, Fechner y Wundt. Por manera que las novelas de Bourget ofrecen una complicación de sentimientos y una filigrana ó red de detalles íntimos, que hacen de ellas obras maestras de relojería intelectual. Toda rueda del pensamiento de sus héroes, todo microscópico resorte de esos que, sin saberlo nosotros, hacen funcionar nuestro espíritu, determinando las evoluciones, los juicios y los actos humanos, Bourget lo coge con pinzas y lo maneja y lo pone en actividad para que nos demos cuenta de su importancia. Tales y tan complicados son sus estudios de mecánica cerebral, que á veces marea leerlos, como marea el contar despacio las estrellitas de un fino guipur, ó el mirar fijamente los rieles de la piedra en el agua.

* * *

La novela que estos días ha publicado Bourget, y de la cual se han vendido seis mil ejemplares, está llamando la atención, más que ninguna, por la minuciosidad y alcance científico del trabajo psicológico que encierra. Titúlase *El Discípulo*, y su dramático argumento es el siguiente: un joven, como de veintidós á veintitrés años, perteneciente á una nueva generación que, según Bourget, es la depositaría de las esperanzas de Francia y la única que puede resucitar á este país exangüe desde la guerra, entra de preceptor en el castillo de la noble familia Jussat-Randon, con ánimo de ganar en un año lo suficiente para terminar su carrera, aliviando á su madre,

viuda y pobre. Este mancebo, que se llama Roberto Greslou, es casi un sabio, y sobre todo un pensador, un maniático de intelectualismo. Aunque perteneciente á la clase media, desde que pone el pie en el castillo de Jussat-Radon se juzga superior á cuantos le habitan, porque él puede entenderlos y ellos no le entienden. Semejante desprecio, en que entra también algún rencor hereditario—porque Roberto recuerda cuánto sudarían sus abuelos, adscriptos á la gleba, mientras los abuelos de los Jussat cazaban con el halcón en el puño y bebían y se regodeaban—unido á un sentimiento de odio involuntario contra el conde Andrés, hijo mayor del marques de Jussat, inspira al preceptorcillo la idea de intentar lo que el llama una experiencia psicológica, y lo que en lenguaje corriente se llama una seducción sobre la hermana del conde, la señorita de Jussat, niña sensible y soñadora.

Pasan días y meses, y una mañana la señorita de Jussat aparece muerta en su cama, envenenada con estricnina. Las sospechas recaen al punto sobre el preceptor: hay vehementísimos indicios de que fuese él quien, despechado por no haber podido obtener el amor de Carlota y ver que ésta iba á contraer matrimonio con el barón de Plañe, la dió el tosigo para que otro no gozase lo que él no pudo. Roberto es preso y procesado.

* * *

Ahora bien: es el case que Roberto tiene formada su inteligencia y empapada su memoria en los libros de un insigne filósofo contemporáneo, Adriano Sixto, al cual describe Bourget como una especie de Kant parisiense. Sixto pertenece á la categoría de los pensadores que disecan el corazón y emponzoñan el alma, sin dejar de ser ellos buenos, sencillos, elevados ó incapaces de hacer daño á una mosca.

Su ciencia atea y desesperada, su negación implacable, su fría disección de todo entusiasmo y toda ilusión psíquica, son el ácido corrosivo que ha bebido Roberto Greslou, creyendo libar el néctar de la verdad y la nata de los conocimientos humanos. Amamantado en las doctrinas del maestro y profesándole una especie de veneración ó culto que raya en fanatismo, Greslou, al verse llevado al banquillo de los acusados y próximo á subir las gradas del patíbulo, escribe su confesión, la verdad acerca del crimen, y la

envía sellada á Adriano Sixto, á quien la entrega, bailada en lágrimas, la misma madre de Roberto.

Consagrado á vivir en la esfera de las ideas, Adriano Sixto (que parece un retrato novelesco de Comte, Littré ó Renán) no quiere al pronto mezclarse en el sombrío drama en que se juega la cabeza Roberto Greslou; mas una invencible atracción, la de la realidad palpitante y desnuda, le invita á leer el cuaderno de su discípulo. Al fin y al cabo, Roberto es una criatura; es el hijo engendrado sin impureza, por obra y gracia de la meditación filosófica; es el fruto de sus entrañas morales, y Adriano no puede mostrarse indiferente á la demostración positiva de sus especulaciones. El filósofo tiene demasiado talento para no comprender que al árbol se le conoce por sus frutos, y que doctrina que produzca frutos de maldición, ha de ser maldita.

* * *

La confesión de Roberto espanta al sabio. Es la de una seducción sistemática, fría, calculada, odiosa, En vez de ese impulse natural ó irresistible del amor en la edad juvenil, Roberto, en presencia de la señorita de Jussat, sólo experimenta la impresión del ave de presa, del gavián que gira en torno de la paloma. Con hipócritas fingimientos, con sentimentales embustes, con ardidés que revelan toda la fuerza del intelectual en amor, Roberto fascina enteramente á Carlota y consigue inspirarle una pasión profundísima, que altera la salud de la infeliz damisela. Mas Roberto no se contenta con ser amado: quiere profanar á la virgen, quiere hacerse dueño absoluto de la hermana del conde Andrés, humillando así á un caballero cuya superioridad moral y física le enciende la sangre en rencor. Escribe á la señorita de Jussat que si ella no va de noche á su cuarto á la mañana siguiente le encontrará muerto, y decide matarse, en efecto, si pierde la partida. La cándida señorita va, y se le entrega á todo su talante, pero con pacto exprese de que, terminada la primera y última efusión amorosa, los dos beberán la ponzoña y morirán juntos. Llegado el instante de realizar el doble suicidio, Roberto, rendido de felicidad, tiene un instante de vacilación y se resiste á la muerte, Entonces la señorita, persuadida de que la han tendido un lazo para deshonorarla, le mira con el mayor desdén, se retira pisoteándole el alma, escribe una carta á su hermano confesando lo

ocurrido, logra apoderarse del veneno, y expira rabiosamente ella sola. Como Roberto, aunque perverso y árido de corazón, os soberbio y aspira á no quedar por un rufián miserable ante el conde Andrés, determina callarse y consentir que le corten el pescuezo antes de decir la verdad; sólo pide á su maestro la sanción, el visto bueno de una serie de actos que no son sino rigurosa aplicación de las enseñanzas contenidas en la *Teoría de las pasiones*, la *Anatomía de la voluntad* y la *Psicología de Dios*; las tres obras capitales del excelso filósofo Adriano Sixto.

* * *

El cual se ve en el mayor aprieto del mundo, «No podían consolarle los razonamientos,» dice Bourget, «En su esplendente sinceridad, el filósofo reconocía que el carácter de Roberto Greston, ya por naturaleza peligroso, había encontrado en sus doctrinas terrenos preparados donde dar rienda suelta á sus peores instintos.» De esta perplejidad nace en el alma del imperturbable filósofo una cosa parecida al remordimiento. Para salvar la cabeza del discípulo, escribe dos letras no más al conde Andrés, recordándole su deber de hombre honrado; y el Conde, que es honrado sin atenuaciones, subterfugios ni psicologías, se presenta en el juicio oral, declara que su hermana no murió asesinada, sino que hubo de suicidarse después de haberse entregado al ayo de su hermanillo; y cuando Roberto Greslou sale absuelto, le espera y le levanta la tapa de los sosos de un tiro de revólver. Ante el cadáver del discípulo, que, con la frente atravesada de un balazo, yace en una cama, al pie de la cual reza una madre inconsolable, Adriano Sixto, el negador, el determinista, el hombre para quien las palabras *bueno* y *malo* carecen de sentido racional, siente derrocarse todos sus principios, cae de rodillas, se le mojan los ojos y murmura un Padrenuestro.

* * *

El último libro de Bourget es un eco más de ese *regreso al cristianismo* que se manifiesta como tendencia actual y dominante en algunos de los ingenios más selectos de Francia; en buen hora se diga.

CARTA XIX

PRO PATRIA

París, 14 de Julio.

Si todos los días, desde hace tres meses está París de fiesta, imagine el lector piadoso qué será hoy, el memorable 14 de Julio, conmemoración centenaria de aquel gran episodio de la Revolución francesa que describí en una de mis primeras cartas: la toma de la Bastilla.

Esta mañana me despertó el cañón. Retumbaba trágico y profundo, y, á pesar de que anunciaba festejos, á mime pareció que su eco debía de sonar pavoroso en el corazón de los franceses, amenazados de una segunda guerra, que, en opinión general, les será doblemente funesta que la pasada. Rumiano esta idea me vestí y me fuí á presenciar, delante del Hôtel-de-Ville, el desfile de los batallones escolares. Los pobres chiquillos iban más mojados que pollos. Supongo que habrá fricciones de aguardiente al volver á casa; sino, les auguro catarros á tutiplén. Porque llovía, llovía, defraudando las esperanzas de los parisienses, que contaban con el sol, complemento y adorno el más lucido de toda fiesta al aire libre.

La revista de Longchamps, en cambio, fué una brillante función de aparato. Tuve la suerte de obtener un billete de tribuna, y de colocarme bien, á pesar de la inmensa concurrencia, que no bajaría de quinientas á seiscientas almas. Y vi desfilarse á los *Saint Cyriens* con su tuniquilla y su kepis, á los aparatosos zapadores-bomberos, á los cazadores (tan pesados para los que tenemos el hábito de la

ligera infantería española), á los ingenieros, á la briosa y correcta artillería, y, por último, á la caballería, en la cual fundan los franceses su orgullo, asegurando que compite con la alemana en precisión y agilidad, si es que no se la deja atrás completamente. Ignoro sí es cierto esto último: pero confiese que es bollo espectáculo el ver avanzar, sobre una línea de mil quinientos metros de extensión, la caballería con el deslumbrante relampagueo de las corazas y cascos, y el estrépito formidable con que se entrechocan, y la aureola de la nube de polvo que la envuelve, y el ruido de furioso torrente que la acompaña. Y es todavía unís hermoso ver esa inmensa masa de hombres y caballos, lanzada á rienda su olía, á galope tendido, como para, desplomarse sobre algo, detenerse en un segundo, quedarse inmóvil, en perfecta línea de batalla, mientras el polvo, obedeciendo también, aunque menos de prisa, á la voz de mando, permite ver ya con claridad entera el rico arreo y los elegantes uniformes de dragones, coraceros y húsares. Vino á sentar el polvo la reincidencia de la lluvia—furiosa, torrencial, desatada—la eterna enemiga de las solemnidades al rase. Y, no obstante, la gente no se iba: abría el paraguas, alzaba la ropa para cubrir las espaldas, se ataba pañolitos por cima del sombrero, se apiñaba debajo del primer cobertizo que encontrase; pero no se iba; no quería irse de ningún modo. Esperaba á ver el desfile: y el desfile comenzaba, y las nubes seguían abriendo su seno y vertiendo arroyos sobre los espectadores, y mojando, ensopando los uniformes de la tropa y poniendo lacios los plumeros del Estado Mayor del general Saussier, que presidía el desfile. Si quisiésemos ver algún simbolismo en los sucesos fortuitos, diríamos que parece mal presagio la gran mojadura del ejército francés precisamente durante esta revista, en que la Francia revolucionaria cuenta sus fuerzas y las luce ante toda Europa, representarla aquí por los que hemos acudido á la Exposición. ¿Le esperará igual desastre la primera vez que mida sus fuerzas con los alemanes? ¿Caerá sobre la bizarría de los adornos marciales el agua de la derrota?

Hoy se han depositado coronas á montones al pie de la estatua de Strasburgo, en la plaza de la Concordia. También la lluvia las estropeó bastante, y la melancolía de las rosas deshojadas, de las perpetuas empalidecidas, de los lazos ajados y marchitos, es una

nota más de fúnebre augurio para Francia. Por la noche la lluvia cesó y las iluminaciones pudieron lucir lío notado que los edificios públicos eran los únicos que las ostentaban. En las casas particulares—salvo algún que otro *lampion* vergonzante y mísero—no había signos de regocijo ni forma de gasto de aceite. Se han abstenido, lo mismo los partidarios del levantisco Bonlanger que los del insulso Sadi Carnot.

* * *

Los españoles anclarnos estos días con las narices hinchadas y el alma, hecha un acíbar, ll causa de los desplantes de un periódico francés, *L'Echo de París*, órgano de las *cottes*, por las señas; desplantes que tomaron pretexto de las corridas de toros, mejor dicho, del simulacro de corridas que se verifica aquí. Porque el torero *Lagartija* aburrido de tanta farsa, ó incitado por el público y por la reina Isabel II que lo gritaba desde su palco «mátalo,» dió muerte á uno de los bichos que se lidiaron, con una buena estocada al cuarteo, el periódico de nuevo cunco, deseoso de meter bulla y que suene su nombre, forjó un articulazo de esos que aquí llaman *demoledores*, donde nos trata de feroces, salvajes, bárbaros, bandidos, haraganes, brutos, y por último (la gran injuria francesa contra los españoles y los sudamericanos) de *raspacueros*.

Excusado me parece añadir que el artículo infundió á varios españoles y sudamericanos deseo invencible de rasparle un poco el cuero al articulista francés. Á fin de satisfacer este antojo, fueronse á la redacción del diario, y preguntaron por las orejas del director, un Sr. Bauer Pero, como suele suceder en lances análogos, las orejas del señor Bauer no estaban en casa, y fué precisa seguirles la pista con gran asiduidad y mediana suerte. Por último, bien acorralado el Sr. Bauer, accedió á batirse á pistola: mas, sin duda, debió de parecer le que se *desdoraba* en trocar una balita con *salvajes*, y después de consultar con la almohada, optó por publicar una retractación grotesca y ridícula, como lo son todas las cosas que escriben sobre España nuestros incorregibles vecinos transpirenaicos.

* * *

Incorregibles, sí. No cabe en cabeza humana tal ceguedad ni tan crasa ignorancia respecto á una nación que se tiene inmediata, y

que las más elementales nociones de la prudencia y del sentido común aconsejan conocer á fondo, hasta para cometer la injusticia de abrumentarla con sistemático desprecio, que ese, y no otra cosa, les debemos á los *hermanos latinos*, como diría mi buen amigo Castelar, obcecado en esta cuestión por la nefanda política. Se me objetará que es un periodiquito, que son dos ó tres foliolarios los que así hablan y escriben. ¡Ah! ¡No le objetéis ese á la que, llevada á casa de Víctor Hugo por el entusiasmo y la admiración que inspira la gloria, hubo de escuchar de labios del ilustre anciano que en 1823 se celebraban en España *autos de fe*, y que en todo tiempo inedia España había achicharrado á la otra media! Víctor Hugo, el autor del Ruy Blas, el que inventó á *Gastilheza* y habló de *rosarios del tiempo de Carlomagno*, no contento con falsificar en la escena, en la novela y en la poesía á España, sostenía la existencia de una inquisición activa posterior á las Cortes de Cádiz, y deploraba amargamente la quemazón de «sabios y escritores» que por aquí habíamos realizado, quedándose atónito cuando yo le rogué respetuosamente que me nombrase á uno sólo de eses «escritores y sabios» sentenciados á la parrilla inquisitorial.

Lo repito, y creo que nunca se repetirá bastante: no puedo fiarme de cuanto escriben los franceses—que á sí mismos se llaman un pueblo cosmopolita, un pueblo humano—acerca de las demás naciones europeas. Si sobre nosotros desbarran tanto, con tan risible suficiencia y tal aparato de filosofía histórica de oropel, ¿qué harán con los romanos, los húngaros, los anamitas, los japoneses? ¿Cuánto absurdo, cuánta patraña, cuánto embuste nos darán á tragar, sobre el remoto Oriente, el Egipto y la Nubia? ¿Que será el mentir de las estrellas, aquí donde el mentir de la frontera corre tan suelto y retozón?

* * *

Entre los diarios franceses, el *Fígaro* es el que pasa por mejor informado de las cosas de España: hasta se permite el lujo de un redactor español. Pues no lo abro un día, ni por casualidad—al periódico digo—que no me salto á los ojos mi gazapo de á vara. Referí en otra ocasión cómo el fusilamiento de Torrijos era para él la insurrección de unos partidarios llamados los *Torrijos* hoy, lo primero que me encuentro es una lista de los cuatro vinos españoles más

estimados, entre los cuales figuran el *Madera* y el *Verdeilho*. Ya lo saben los portugueses; el *Fígaro*, sin pararse en barras, ha realizado la unión ibérica.

Aparte de tan burda ignorancia, tienen los franceses un género de presunción exclusivista, que sería muy cómica si no fuese muy molesta y depresiva para el resto de la humanidad. Virtudes y vicios; ingenio y genio; arte y ciencia; caracteres y costumbres, todo ha de ser á la manera gala, y si no, es puro salvajismo, barbaridad y estupidez ingleses, á fuerza cíe energía, de orgullo, de aspereza, de dinero; por virtud de aquella personalidad nacional que no pierden nunca; por viajar siempre con sus dioses lares en el baúl, son los únicos extranjeros que en París se han impuesto á la frivolidad y á la mofa, y ya se guardaría bien cualquier periodista de llamarles bandidos á pretexto del box ó de los bullfights. Pero nosotros, mansos corderos del turismo; nosotros, que entramos en Francia resueltos á dejar que nos esquilen á trueque de probar nuestra hidalguía y finura (todo español acepta toda cuenta, es tradición y proverbio), nosotros semos el Quijote reidero, el figurón internacional, la victima propiciatoria entregada á las iras de los botaratuelos corno Bauer, quien, al retractarse vergonzosamente por no colocarse ante el cañón de una pistola, se digna decir que España «no le gusta sino en ópera cómica ». ¡Lo cual ha de preocupar mucho á las generaciones futuras!

* * *

Hará tres ó cuatro días asistí á una representación en un café-concierto muy céntrico y concurrido. Después de varias canciones lúbricas é idiotas, por el estilo de aquella del Alcázar

C'est dans l'nez que ça ní chatouille,

salió á la escena una linda muchacha, que debía de ser mora, á juzgar por el tipo físico y por el traje. Muchacha la llamo, y más bien debiera llamarla chiquilla, pues podría tener de trece á catorce años á lo sumo. Sonreía con gracia púdica, y siguió sonriendo cuando el hombre que la acompañaba, forzudo tagarote vestido de beduino, la arrimó á una gran tabla puesta de pie, la hizo abrir los brazos y la dijo, en no sé qué lengua rara: «Estáte quieta.» Quieta ya la criatura el morazo sacó del cinto un cuchillo enorme, afilado, agudo, y agarrándolo por el mango y jugando la muñeca con destreza

pasmosa, lo disparó, y fué á clavarse debajo del sobaco de la muchacha. Ésta no pestañeó siquiera: la tabla, en cambio, mordida por el cuchillo á gran profundidad, retembló y vibró toda. Mano otra vez al cinto, y segundo cuchillo, que señaló el otro sobaco. La tercer arma se hincó besando la sien, y la criatura reclinó entonces la cabeza sobre el frío hierro. Cuarto cuchillo, al borde de la muñeca. Quinto, entre el dedo pulgar y el índice. Luego les tocó á los demás dedos de la mano, y en seguida, sacando un hacha cortante y reluciente, el hábil moro la envió con vigor de jayán á incrustarse entre el cuello y el hombro de la niña. Un leve temblor del pulse, un movimiento insignificante de la garganta, y la inocente cabeza hubiera rodado á tierra ensangrentada y lívida. Pero allí no estaba ningún periodista humanitario; allí no había enviado comisión alguna la sociedad Protectora de Animales; allí no se podía hablar de salvajismo español...y los que no logran arreglar con su sensibilidad exquisita el ver banderillar á un toro, contemplaron sin la más mínima emoción, con regocijo, el acuchillamiento simulado y posible de una virgencita de trece años.

Hace años que asistí á un bailo de la Opera en París. Era una saturnal romana con todos sus antecedentes y consiguientes. Mi familia, queme acompañaba y compartía mi curiosidad y mi sorpresa, se acordaba de los bailes del teatro Peal, donde este pueblo de «ópera cómica,» el pueblo español, celebra el Carnaval, se solaza, galantea, embroma y ríe, pero no convierte el espectáculo entretenido en lupanar inmundo. Cruzó ante nosotros una mujer vestida de diablesa del *Fausto* jescotada hasta la cintura, con el pelo teñido de color zanahoria. Un hombre, un hombre joven, gallardo fuerte, se acercó á la ramera, aplicó los labios al carrillo embadurnado de cosmético y bermellón, y en seguida, echando mano al bolsillo del chaleco, sacó un franco y lo deslizó en una especie de cepillo ó escarcela que la mujer llevaba á la espalda. El franco, al caer, hizo un sonido argentino que probó que no estaba solo. Preguntamos la significación del hecho á los amigos que nos acompañaban, y supimos que cada caricia se salda así, con un franco al cepillo. Este sistema, comparable al de las básculas automáticas, no se nos ocurriría á los españoles. Aun en medio de

la crápula y del vicio, el español conserva un poquitín de idealidad, unas miasmas de honrada vergüenza,

* * *

Han reconstruído, en la avenida Suffren, la torre de Nesle, novelesca madriguera de la reina Margarita de Borgoña. Dentro de su recinto se celebran procesos y diversiones populares como las de la Edad Media, de las cuales hablaré más adelante. Entre estas diversiones se cuenta la picota. Una picota construida en el siglo XIX, recibe á dos ó tres hombres que se prestan á darse en espectáculo echados sobre el vientre, con el pescuezo metido en, un cepo, las manos en dos argollas, mientras la picota gira y los entrega á las risas del pueblo, Los infelices sienten las ansias del mareo, ven con doloroso vértigo que da vueltas la torre, el recinto, el cielo, y, sin embargo, alquilados para sufrir, se aguantan hasta que cesa su martirio. Este solaz depresivo para la dignidad humana, cruel é inicuo, no le arranca á ningún Bauer ninguna protesta. Si el que da vueltas en la picota fuese un toro...

Si los individuos de la Protectora tienen tan compasivas entrañas, ¿por que no arman la de Dios es Cristo al ver en los restauranos las terrinas de *foie gras* que diariamente se engullen los piadosos franceses á quienes horroriza nuestra fiesta nacional?

Habiéndole arrancado los ojos y atravesado con un punzón las vísceras, el pobre ganso permanece días y días de oscuridad, clausura y dolor, conservado en una jaula. Así que su hígado infartado adquiere todo el volumen que pide la gastronomía y no lo cabe en el vientre, sufre la degollación, se le arranca la entraña herida, y los golosos se la comen. A nadie se le ha ocurrido tratarlos por ese de salvajes y *raspacueros*; á nadie.

¡Y aún hay en España—según me escriben—centenares de cándidos que se disponen á celebrar con banquetes, brindis y efusiones la toma de la Bastilla, y que maldecirán de los monarcas de Europa porque no han venido en masa á París á conmemorarla y bendecirla!

* * *

Me entero ahora mismo de lo ocurrido ayer al píe de la estatua de Strasburgo, donde vi las coronas marchitas. ¡Cuánto lamento no haber sido testigo ocular de la gresca!

Así que los alumnos de la Escuela Politécnica depositaron al pie de la estatua una bandera y una corona, llegaron con otra los individuos de la Liga Patriótica, y Derouléde tomó la palabra. A las primeras que pronunció echó sol e encima el Comisario de policía, con su faja tricolor, advirtiéndole que estaban prohibidos los discursos. Derouléde, alborotador como de costumbre, suelta un gran viva al «general.» El Comisario lo agarra del cuello de la levita. Los patriotas ínter vienen aporrean al Comisario, sacan á Derouléde como en triunfo, y á las once, la Liga de los Patriotas, quinientas personas, todas con el clavel rojo *bulangista* en el ojal, se re unen al pie de la columna, en la plaza de la Bastilla.

No cabe duda, y no hay nadie que no esté persuadido de ello: las elecciones del próximo Septiembre serán reñidas; los falangistas meterán toda la bulla que puedan... Pero ¿tienen fuerza para el triunfo?

* * *

Hoy leo en el periódico de los gazapos (el *Fígaro*, ya se sabe), que la iluminación de la cúpula central y de la torre Eiffel expone todos los días la vida de unas cuantas docenas de obreros que, obligados á trepar por los arcos, sin el menor sostén, con un abismo de sesenta metros á sus pies, necesitan verdaderas condiciones de acróbatas para dar cuna á su peligroso cometido. Y yo vuelvo á la carga: ¿no es esto cien veces más inhumano que una corrida de toros?

En breve se publicará la segunda colección de *Crónicas*.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**